

revista de la

universidad de méxico

diciembre 1978-enero 1979

40.00 pesos

a diez años del 68



roberto escudero, elena poniatowska,
luis villoro, leopoldo zea,
gilberto guevara niebla,



jorge carrión, gerardo estrada,
rufino perdomo, javier molina,
salvador martínez della rocca,
margarita suzan, alfonso millán



Sumario Volumen XXXIII, números 4 y 5, diciembre de 1978, enero de 1979.

Gilberto Guevara Niebla
El 68 y la Universidad, 1



Roberto Escudero*
El movimiento de 68 fue autónomo, 5

Margarita Suzan
Honestamente la verdad, 15

Javier Molina
El 68 como lección política, 19

Rufino Perdomo*
Hacia la alianza desde la intimidación, 23

Jorge Carrión
Conciencia de crisis, 27

I Luis Villoro
*1968: signo de revolución, señal
de lo que viviremos*

Elena Poniatowska
El movimiento estudiantil en 1968

Leopoldo Zea
1968 en la memoria

Alfonso Millán
Recuerdos de un tiempo, 33
Salvador Martínez della Rocca*
Movimiento hacia el presente, 35



Gerardo Estrada
Impresiones de un fragmento de biografía

Libros

Sergio Zermeno: la utopía castigada, 52
de un día difícil, 53 / Soñar la revolución
poeta, **54** / José Revueltas: juventud y resaca,
55 / Barros Sierra: legalidad contra autoritarismo,
56 / El movimiento estudiantil de 68, 58, 1968 y los
años, la cicatriz, **59** / De los orígenes de la
represión al simplismo de la proposición, 60

* Entrevistas de Fernando Castillo

Tercera de Forros
Rafael Vargas. 1968

Fotografías de Héctor García

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Secretario General Académico:
Dr. Fernando Pérez Correa

Revista de la Universidad de México

Órgano de la Dirección General de Difusión Cultural / Director General: Hugo Gutiérrez Vega

Director: Arturo Azuela

Jefe editorial: Cristina Pacheco

Jefe de redacción: Guillermo Sheridan / Asistente: Rafael Vargas

Editores: Armida de la Vara, Joana Gutiérrez y Eduardo Enríquez

Dirección artística: Vicente Rojo, Bernardo Recamier

Torre de la Rectoría, 10o. piso
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
Teléfono: 5 48 65 00, ext. 123 y 124
Franquicia postal por acuerdo presidencial
del 10 de octubre de 1945, publicado
en el D. Of. del 28 de oct. del mismo año
Precio del ejemplar: \$ 40.00
Suscripción anual: \$ 200.00 Extranjero Dls. 12.00

Administración: Pedro Parra Reynoso
Patrocinadores:
Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados (ICA)
Nacional Financiera, S. A.
Instituto Mexicano del Seguro Social
INFONAVIT

Gilberto
Guevara
Niebla

El 68 y la Universidad

El programa del Movimiento de 1968 excluía toda reivindicación relativa a la educación o al orden universitario. Las banderas estudiantiles eran banderas políticas de validez universal que no correspondían al interés exclusivo de los jóvenes combatientes y que, en cambio, resumían de alguna manera un anhelo de libertad compartido por una gran parte de la sociedad civil mexicana. En realidad, las masas intelectuales sublevadas nunca pusieron en el centro de sus debates el objeto mismo de su desempeño social: el saber, su transmisión y reproducción; las relaciones cultura-poder. La disidencia de los estudiantes mexicanos, a diferencia de los franceses de mayo, no incluyó un cuestionamiento radical de su propio status social ni incluyó un cuestionamiento explícito a la cultura dominante. Los jóvenes mexicanos no orientaron sus baterías con-

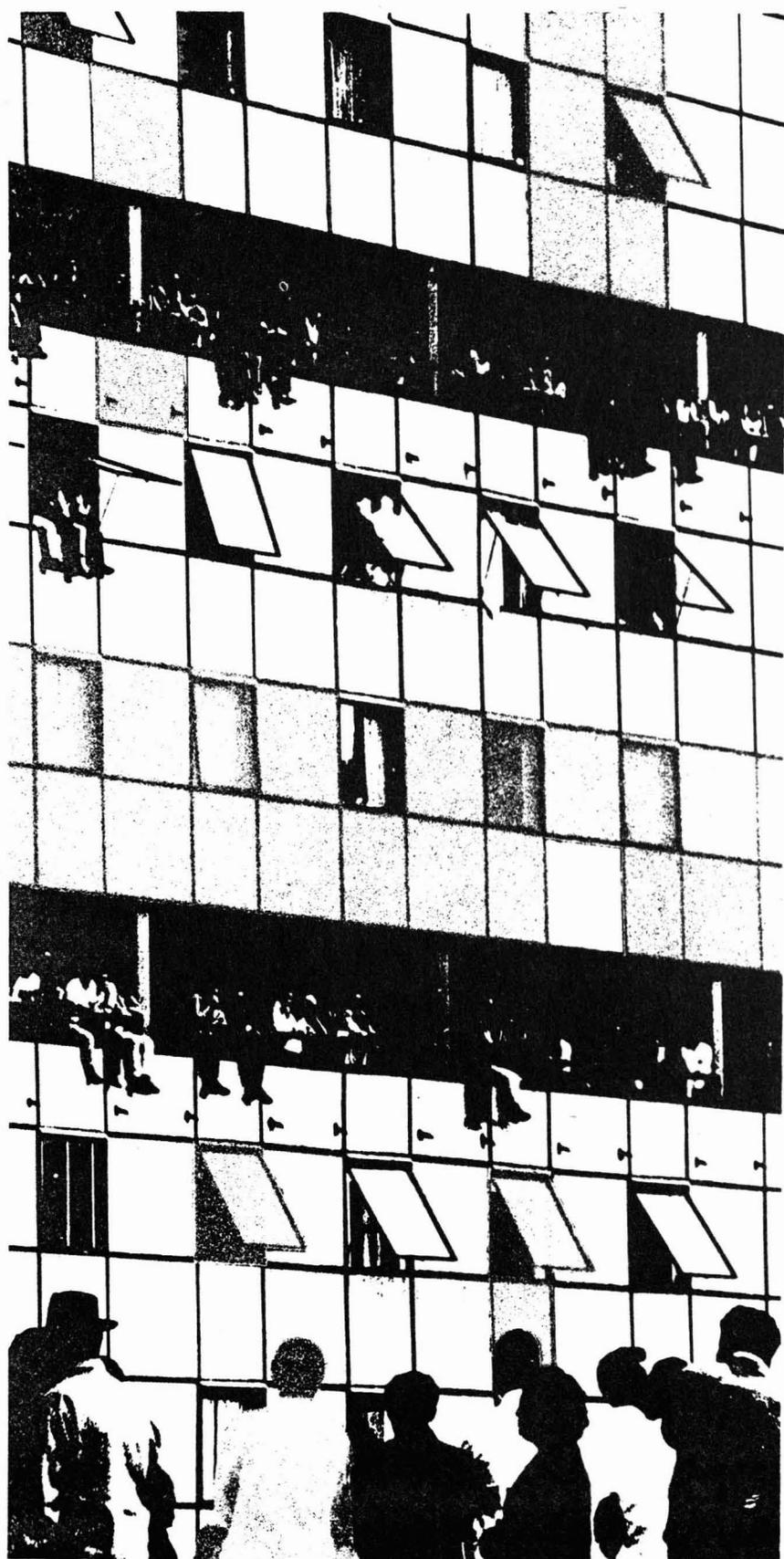


tra la división social del trabajo y el rol que en ella desempeña la Universidad. La Idea de los estudiantes se refería a un universo distinto. Era un proyecto quijotesco, utópico visto en sentido estricto: liberar al pueblo de la opresión política y conquistar una vida política democrática para el país.

El Movimiento de 68, pues, no pasó por la crítica de la Escuela, no obstante que hubo iniciativas en su interior para dirigir las acciones políticas hacia la transformación del orden universitario: algunos estudiantes de Arquitectura lanzaron la idea del autogobierno y, en Filosofía y Letras, como se sabe, José Revueltas propuso la idea de la autogestión. "La autogestión, decía, transforma a los centros de educación superior en la parte *autocrítica* de la sociedad. Es decir, si la educación superior anteriormente sólo desempeñó un papel crítico, ahora, mediante la autogestión deberá desempeñar un papel transformador y revolucionario"¹

Aunque estas iniciativas, particularmente la de Revueltas, involucraban una ruptura con las tradicionales reivindicaciones "estudiantilistas" de reforma universitaria carecieron de éxito significativo. En realidad, el movimiento estudiantil de 1968 aparece en la historia como un fenómeno *nuevo*. La naturaleza política del movimiento contradice categóricamente la idea tradicional de "movimiento estudiantil" y aparentemente también invalida históricamente el viejo programa de Reforma Universitaria que en México había sido resucitado con la huelga universitaria de 66.

Pero el carácter novedoso del fenómeno 68 se explica por la aparición en el sistema de *contradicciones estructurales* también de nuevo tipo. Entre 1945, en que la UNAM adquirió su status jurídico definitivo, y 1968 la institución universitaria se transformó radicalmente. Asociado al proceso de industrialización del país se dio una expansión de sectores medios que aparece como el primer factor de aumento de demanda por enseñanza superior. De hecho, en ese periodo la hipertrofia demo-



gráfica de la Universidad llegó a niveles alarmantes. La ideología del liberalismo educativo pasó a ser política de Estado durante la Marcha por la Industrialización y favoreció el desarrollo del cáncer poblacional en la universidad. No hubo solución posible en el marco del modelo de desarrollo puesto en práctica. La universidad devino una universidad de masas con todas sus consecuencias catastróficas: fracaso de los métodos tradicionales de enseñanza, derrumbe estrepitoso de los niveles académicos, crisis del espíritu universitario tradicional, burocratización, crisis financiera, anonimato estudiantil, malestar generalizado, etc., etc.

“La idea de una Universidad de masas,

“La idea de los estudiantes era un proyecto quijotesco, utópico en sentido estricto: liberar al pueblo de la opresión política y conquistar la democracia para el país...”

dice Juan Carlos Portantiero en una reciente publicación, implica una contradicción en sus términos. La Universidad es una institución concebida como coto cerrado, destinada a seleccionar élites; una máquina de segregación y no de integración. Cuando las presiones sociales democratizantes le hacen perder ese carácter, forzosamente degrada su condición: salvo casos excepcionales no existen recursos financieros suficientes como para asegurar la infraestructura que requiere entrenar en todas las técnicas a un alumnado que se cuenta con algunos casos por centenas de miles. Es obvio que este problema se agrava hasta la catástrofe en los países capitalistas dependientes de desarrollo económico relativamente bajo.”²

El círculo crítico se cierra en el mercado. Universidad de masas significa, en el marco de estos países, una producción de capacitaciones específicas que excede rápidamente los términos de un mercado con baja demanda de fuerza de trabajo con calificación universitaria. Tal situación implica, evidentemente, la devaluación de la calificación universitaria, derrumbe de salarios, frustraciones colectivas, etcétera.

Ahora bien, la masificación de la Universidad en el caso de países como México ha ido acompañada de otro proceso de "socialización del trabajo profesional" que junto con las condiciones de mercado configura el cuadro general de "proletarización" que experimentan los nuevos sectores intelectuales. La "socialización del trabajo profesional" ha sido un efecto social directo de la ampliación del sector pú-

blico y de la monopolización prematura que experimentó la economía mexicana con la presencia hegemónica de los oligopolios extranjeros. De hecho el sistema ya no admite más el ejercicio liberal de las profesiones y todo tipo de profesionistas —médicos, abogados, ingenieros, agrónomos, etc.— se ven hoy en día obligados a ejercer la profesión bajo la condición de asalariados. He aquí el tejido de contradicciones estructurales de donde emerge el movimiento estudiantil de 1968. En última instancia, es en el cambio de la condición estudiantil, es decir la transformación misma de la universidad —de las condiciones materiales de existencia de los estudiantes y maestros—, en la transformación del mercado y el ejercicio de las profesiones en donde debemos buscar las razones de la aparición de un movimiento estudiantil de nuevo tipo como fue el de 68. Estas condiciones estructurales persisten aun hoy en día y puede afirmarse categóricamente que en los últimos diez años se han agravado.

El hecho paradójico, notable, es que los estudiantes del 68 no hayan reparado en el tema de la Universidad sino lateralmente. La generación del 68 no era plenamente consciente de las causas estructurales del malestar que invadía los centros de educación superior. Ni lo fue con posterioridad a los acontecimientos. Las agrupaciones políticas estudiantiles durante los años inmediatos posteriores se dejaron guiar sobre todo por la experiencia de lo vivido entre julio y diciembre. El "Espíritu del 68" se proyectó en este tiempo más como actitud moral que como posición política. Tlatelolco fue tomado como hecho conclusivo, totalizador, definidor de estrategias. El balance político del movimiento salía sobrando. Tlatelolco había mostrado que todo espacio para hacer política estudiantil se había extinguido. Los hechos confirmaban la naturaleza endeble, frágil, inconsistente de los sectores universitarios, luego entonces había que abandonar los espacios escolares e ir a luchar junto al pueblo, al lado de los trabajadores, los únicos capaces de consumir el





derrumbe de este orden social injusto. Entre 1968 y 70 miles de estudiantes abandonaron efectivamente los centros de enseñanza superior y se instalaron a vivir en colonias populares, pueblos y ejidos. Si en 68 esta generación había clamado "Unete Pueblo" ahora concluía: "Unámonos al Pueblo". Durante ese tiempo en las escuelas los Comités de Lucha —antiguas representaciones de masas convertidas en facciones políticas "radicalizadas"— se afanaban inútilmente en "continuar" el movimiento reivindicando una de las seis demandas del Movimiento: la libertad de los presos políticos. Periodo dramático para el movimiento estudiantil.

Entre 1971 y 1972 se configuraron en la

*"Si en 68 esta generación
había clamado 'Unete
pueblo' ahora concluía:
'¡Unámonos al pueblo!'."*

Universidad las iniciativas políticas que han dominado en el panorama universitario: el sindicalismo y los planteamientos de Reforma Universitaria lanzados por grupos estudiantiles. La primera respondía más que nada a las condiciones objetivas que habían emergido con la universidad de masas. La segunda fue lanzada en un esfuerzo por llenar el vacío de opciones políticas que vivía el movimiento estudiantil en esos momentos.

El programa de Reforma Universitaria, centrado en las ideas clave de autonomía y co-gobierno, nació, como se sabe, de condiciones históricas radicalmente distintas a las presentes. Las transformaciones internas de la "República de Estudiantes", como llamaban los viejos reformistas a la universidad, no altera para nada la naturaleza elitista de la institución ni modifica su función de reproducción de la división social del trabajo. De hecho, el

programa reformista no da salida alguna a las contradicciones que hoy agobian a la llamada universidad de masas. No hay reforma administrativa, política o académica al interior de la universidad que represente solución al problema de la hipertrofia demográfica. En otras palabras: el programa reformista tenía como supuesto una universidad que ya no existe y daba solución a problemas que hoy en día han cambiado de forma. Plantear en la actualidad las reivindicaciones reformistas como solución a los problemas de universidades como la UNAM equivale a no reconocer la nueva realidad universitaria. La Universidad requiere, ciertamente, de transformaciones; pero estas transformaciones para que tengan sentido histórico deben apuntar a cambiar la *naturaleza* de la institución, a *desaparecer tal y como hoy existe*.

Toda posición progresista frente a la crisis universitaria actual debe tomar como referencia la idea de disminuir la distancia entre trabajo manual y trabajo intelectual, eliminar mediaciones artificiales entre estudiante y realidad, y la idea de impulsar una nueva visión del mundo, fundar una nueva cultura. "Crear una cultura nueva, decía Gramsci, no significa sólo hacer individualmente descubrimientos *originales*, sino más bien difundir de manera crítica verdades ya descubiertas, *socializarlas* por así decirlo, haciendo las bases de acción vital, elementos de coordinación, de estructuración intelectual y social. Que una masa de hombres sea llevada a pensar de forma unitaria la realidad presente es un hecho *filosóficamente* más importante y *original* que el descubrimiento por un genio filosófico de una nueva verdad que permanecería como patrimonio de círculos restringidos de intelectuales."³

Notas

1. Libro de José Revueltas, *México 68, Juventud y Revolución*, Ediciones Era, 1978, México, D. F., página 108.
2. Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina*, Siglo XXI, México, 1978.
3. Franco Lombardi, *La Pedagogie Marxiste*, D' Antonio Gramsci, Editorial Privat 1971.

El movimiento del 68 fue autónomo

Entrevista de Fernando Castillo

F.C. Existe una cuestión —el problema de la manipulación del movimiento estudiantil de 1968—, que a mi juicio no ha sido contestada de una manera satisfactoria, puesto que su respuesta no ha sido derivada de un análisis político serio. Cuando digo "manipulación", me refiero a las posibles interferencias de fuerzas gubernamentales y/o privadas al interior del movimiento, o al conjunto de medidas tomadas para encauzar al movimiento en una dirección determinada. ¿Qué nos puede decir acerca de esto?

—R.E. Bien, yo creo que el movimiento estudiantil-popular de 1968, básicamente contó con sus propias fuerzas en el proceso de su desarrollo; pienso que la "manipulación", con el contenido que encierra este concepto, no se dio en 1968. Ahora bien, el movimiento estudiantil, como todo movimiento social, no era, no podía ser un movimiento puro en el sentido de carecer de interferencias. De hecho, las principales estuvieron condicionadas por el tipo de contrincante que el movimiento tenía frente a sí, las llamaría manipulación.



Es muy probable, —no tengo porqué dudar— que hubiera elementos de la CIA, o de la extrema derecha intentando manipular el movimiento, pero el hecho sustancial es el de que los estudiantes —tanto de base como miembros de brigadas, comités de huelga o representantes del CNH procedían de una manera absolutamente autónoma. Es obvio que así fue, la prueba de la práctica lo demuestra. Las grandes concentraciones —manifestaciones y mítines—, tenían justamente esta calidad masiva, porque la gente sentía como propias las demandas que los estudiantes en su conjunto enarbolaban.

Más que manipulación, la hipótesis más convincente —y en esto estoy de acuerdo con Sergio Zermeno en el libro que ha publicado: "México, una democracia utópica", en el que analiza el movimiento—, es la de que hubo una provocación que partió del propio gobierno, quien ante la inminencia de los Juegos Olímpicos, intentó identificar y reprimir a ciertos elementos de izquierda que podían causarle problemas durante la celebración de los mismos. Como está ampliamente reseñado en los periódicos de la época, la provocación consistió en aprovechar el enfrentamiento de los estudiantes de las Vocacionales 5 y 7, con los de la Preparatoria Isaac Ochoterena, y aprovechando este pretexto, ejecutar la represión prevista. Esta es la hipótesis que me parece más adecuada.

—F.C. Sin embargo, esta provocación ¿no es en sí misma una manipulación en la medida en que con ello se generó el propio movimiento, que podía representar —desde el punto de vista del gobierno—, un peligro mayor para las Olimpiadas? ¿Piensas que esta provocación buscaba deliberadamente una respuesta masiva?

—R.E. No, yo creo que no. Al contrario. Pienso que el gobierno no midió las consecuencias de esta provocación; si hubiera vislumbrado un movimiento de tales proporciones, jamás lo hubiera provocado. Es justamente lo contrario. El gobierno pensaba que era una algarada que podía ser fácilmente contenida; no pensó que la larga historia de control burocrático, arbitrario y a veces incluso violento del pueblo de México y muy particularmente de la clase obrera, iba a posibilitar a los estudiantes, desde un principio, fraguar un movimiento de las dimensiones del 68; creo que además, subestimó la larga tradición de lucha democrática de los mexicanos: tres años antes había ocurrido el movimiento médico; también apenas diez años antes se había producido el movimiento ferrocarrilero; también se habían dado luchas estudiantiles muy importantes como la de las Escuelas Normales Rurales, apoyada por la Escuela de Agricultura de Chapingo, primero, y por el Politécnico después. El 68, como ves, no es algo totalmente inusitado en la vida del país. Creo que el gobierno subestimó esta capacidad de oposición y de ahí que pensara provocar a los estudiantes y de alguna manera manipular el movimiento.



—Cuando tú dices “gobierno”, te refieres a él como bloque? ¿O a la política del Presidente de la República, que sus ministros pueden acatar o no hacerlo? Un ejemplo: en la provocación a la que te refieres —la del 23 de julio de 1968— hubo desde luego una orden dada al cuerpo de granaderos, orden que hubo de conocer el Regente de la ciudad, en aquel momento Corona del Rosal. ¿Piensas que el Presidente conocía esta orden, o que emanó directamente de él?

—No sé, no tengo acceso a estos niveles de información.

—Pero, ¿qué piensas tú?

—No puedo responder. Cuando yo digo gobierno me refiero concretamente al poder ejecutivo en su conjunto. Ahora bien, se sabe que en México el poder ejecutivo está encabezado y en gran parte monopolizado por el Presidente de la República. Yo no creo y lo digo basado en el régimen presidencial en el que se sustenta el sistema político-mexicano, que el Presidente desconociera esta pro-

“El movimiento estudiantil, como todo movimiento social, no podía ser un movimiento puro en el sentido de carecer de interferencias, pero el hecho sustancial es que los estudiantes procedían de una manera absolutamente autónoma...”

vocación que muy probablemente montó Corona del Rosal; pero aun cuando así sea, la responsabilidad le corresponde al Gobierno en su conjunto; no tenemos por qué pensar ahora que fue una zancadilla de Corona a Echeverría o viceversa. La hipótesis más confiable, apoyada por muchos hechos, es que el Gobierno en su conjunto y específicamente el centro de decisiones del poder en México, es decir, el poder ejecutivo, realizó esta provocación.

—Veamos el problema de la manipulación desde otro ángulo. ¿Hasta qué punto pudo ocurrir el hecho de que, facciones involucradas en la candidatura a la Presidencia de la República hicieran una política tal que el movimiento requiera determinado cauce, ya sea por medio de factores externos tales como la provocación, o a través de factores internos, tal como la infiltración de elementos, incluso electos por la base

de sus escuelas al CNH?

—Definitivamente no lo hubo. Además en principio no estoy de acuerdo con tu planteamiento; yo creo que el problema de la manipulación, es para la gente enterada de lo que ocurrió en 1968, un problema falso. No hubo tal manipulación; es absolutamente claro que los principales dirigentes no respondían a los dictados de ninguna facción gubernamental y existen, para probarlo, los documentos del CNH; las acciones de los dirigentes tanto o más claras que los documentos; toda la historia del movimiento, día por día, en varios libros que señalan su cronología exacta. Definitivamente, creo que es un problema ya resuelto por la historia: en el movimiento de 1968 no hubo manipulación; fue un movimiento autónomo, estudiantil y popular.

—¿Y el llamado de Sócrates Campos el 27 de agosto?

—Es el único caso. El único que podemos citar todos los que fuimos dirigentes en aquel entonces. Yo estaba junto a él en el momento en que hizo el llamado al presidente para realizar el diálogo público en el Zócalo; creo que fue una provocación circunstancial y acaso poco pensada de su parte. De cualquier modo, no podemos encontrar otro caso similar, ni mucho menos.

—El hecho de que posteriormente algunos dirigentes del CNH se involucraran con organismos gubernamentales. ¿Indica alguna conexión anterior de dichas personas con alguna facción o funcionario gubernamental?

—Definitivamente no. Ni siquiera estoy de acuerdo con la pregunta que haces porque, como te repito, esto ya está resuelto por la historia. De hecho, las personas de quienes se dice que posteriormente ingresaron al PRI, estaban ya en él durante el movimiento y no había ninguna cortapisa para su participación en el CNH porque habían sido electos por sus propias asambleas. Se sabía de antemano que ciertas personas —Parra, de Comercio y Díaz Michel, de Medicina por ejemplo— estaban muy ligadas al partido gubernamental sin que esto implique, de ninguna manera, que nosotros siguiéramos los dictados del partido oficial. Ellos jamás provocaron, jamás manipularon y se plegaban a las decisiones colectivas. Insisto una vez más en que el Consejo Nacional de Huelga fue absolutamente autónomo en sus decisiones, de ahí su fortaleza: ningún movimiento manipulado o dirigido por provocadores tiene la resistencia y la capacidad de movilización que demostró el movimiento de 1968. Las versiones de manipulación las ubico en la negra historia de la calumnia a la que es tan dado el mexicano justamente por las largas decenas de años de despolitización que ha sufrido.

—Pasemos a otro problema. En tu opinión, ¿Qué enseñanzas dejó el movimiento estudiantil para las diferentes clases o sectores de clase que conforman



la sociedad mexicana? Específicamente para la burguesía privada, el gobierno, la clase obrera y los estudiantes.

—Creo que la burguesía mexicana siguió a distancia los acontecimientos de 1968, puesto que no fue directamente afectada por ellos como sí lo fue la francesa. Creo que la burguesía ve con hostilidad todo movimiento de este tipo porque de alguna manera cuestiona las condiciones sobre las cuales se produce y reproduce el capital; pero realmente no era el contrincante que enfrentábamos de una manera inmediata, de tal suerte que la principal enseñanza que el movimiento dejó a la burguesía fue que ésta pudo advertir, en el carácter masivo de la movilización, la posibilidad de que el movimiento llegara a la clase obrera, de la que la burguesía extrae la plusvalía, la ganancia. Esta enseñanza fue más bien indirecta, es decir, la burguesía aprendió que las posibilidades que tiene el pueblo mexicano para movilizarse, no están agotadas y advirtieron lo que podría haber ocurrido si hubiera sido la clase obrera quien hubiera mostrado su inconformidad.

Pienso que quien recibió más enseñanzas de una

manera directa fue el gobierno; en el 68 se vio claro que la oposición no tenía ningún canal institucional de comunicación con el gobierno. Luis Echeverría intentó modificar esta situación y después de él. Reyes Heróles de una manera un poco más hábil con la Reforma Política. Pienso que ésta, es justamente una enseñanza del 68; una vez que el gobierno echó mano de la inusitada represión, se dio cuenta que era necesario buscar canales institucionales para dialogar con una oposición que —se advirtió en 1968— podía deteriorar gravemente su legitimidad. No sólo los sucesivos gobiernos en cuanto administradores de la República, sino el Estado mexicano en su conjunto —en cuanto sistema político que organiza a la sociedad mexicana— intentó refuncionalizarse de tal suerte que recuperara la legitimidad tan gravemente dañada a consecuencia de la represión. Creo que las consecuencias políticas del movimiento fueron de tal magnitud, que se puede establecer un corte bastante radical entre México antes del 68 y después de él.

En lo que se refiere a la clase obrera, creo que las enseñanzas desgraciadamente no fueron todo lo profundas que pudieron haber sido. En el momen-



to en que se empezaba a manifestar una incipiente unión obrero-estudiantil, tan largamente deseada sobre todo por los estudiantes, la represión se manifestó en toda su brutalidad. Sin embargo, pienso que quedó un sedimento en la conciencia de los obreros que posibilitó el surgimiento de las corrientes democráticas dentro del sindicalismo mexicano como la de Vallejo, Rafael Galván, etc. y ello es una expresión indirecta del movimiento de 68.

Ahora bien, estas enseñanzas no son algo que los estudiantes hayan entregado conscientemente a la clase obrera. Esta observó el movimiento y extrajo consecuencias que la han llevado a organizarse sindicalmente, en sindicatos independientes que, con todo, no han logrado encontrar la manera de enfrentar la crisis económica que estamos padeciendo; pero aun contando con esta incapacidad para enfrentar la crisis y los nuevos fenómenos que se plantean en el país, creo que de una manera indi-

“Ningún movimiento manipulado o dirigido por provocadores tiene la resistencia y la capacidad de movilización que demostró el movimiento de 68...”

recta y tangencial, la clase obrera —resumo— extrajo enseñanzas del movimiento estudiantil.

En cuanto a los estudiantes, creo que desgraciadamente es el sector que menos enseñanzas extrajo del movimiento, pero hay razones objetivas para ello: fueron el sector más golpeado; literalmente les iba la vida en la defensa de lo que creían justo y muchos murieron; desde el 26 de julio comenzaron a morir estudiantes, de tal suerte que la represión cumplió con su objetivo: desorganizarlos. Los desorganizó aún más con la represión de la que a mi juicio fue una manifestación errónea, en junio de 1971, puesto que el motivo que nos impulsaba a salir a la calle había sido parcialmente resuelto por el gobierno de Echeverría al solucionar el conflicto de Nuevo León —echó hacia atrás la ley orgánica fascista, tiró al gobernador despótico y autoritario del Estado, etc. La violentísima represión del Estado obligó a muchos de los estudiantes a abrazar el camino de la lucha armada que a mi juicio, es un camino erróneo en México por multitud de razones; entre otras, la fundamental consiste en que la

lucha armada urbana —la rural es otra cosa— ha estado totalmente desvinculada de la historia real del movimiento obrero del país.

Pienso que los estudiantes deben recuperar la gran lección del 68 que consiste en que la fuerza estudiantil sigue manteniendo un enorme potencial de contestación al régimen gubernamental autoritario y tiene perspectivas de situarse dentro de una estrategia revolucionaria en donde la fuerza fundamental sea la clase obrera. Creo que lo que probó 1968, a escala internacional, es que lejos de que la perspectiva socialista tenga agotadas sus vías de realización, lo que se pone a la orden del día es el papel del movimiento obrero como transformador radical de las estructuras políticas y económicas.

El 68 actualizó la estrategia socialista y el estudiante mexicano puede y debe encontrar vías para integrarse a esta gran corriente.

—El movimiento estudiantil de 1968, en tanto uno de los más importantes en este país desde la Revolución Mexicana, indiscutiblemente definió y reubicó la línea y las políticas de una serie de organizaciones, no solamente de izquierda, sino también de masas, independientemente de su vinculación con el Estado; por ejemplo las organizaciones de comerciantes, de padres de familia, universitarias, etc. ¿Cuál piensas tú que fue la incidencia del movimiento en la política nacional a través de estas fuerzas organizadas? ¿Cómo se movieron estas fuerzas durante el desarrollo del movimiento estudiantil?

—Pienso que el movimiento estudiantil-popular básicamente contó con el apoyo de las llamadas clases medias; pienso que esto también es una enseñanza que debe ser reivindicada por la izquierda puesto que fue reivindicada por el gobierno; éste se dio cuenta que sobre las clases medias había muy poco control, o ninguno de hecho. Tan no lo había que podemos recordar, en la famosa manifestación de desagravio a la bandera, cuando sacaron a los burócratas de menor rango de todas las oficinas gubernamentales que están en el primer cuadro de la ciudad, que esos burócratas protestaron contra la manipulación —ésa sí— de que eran objeto y, como ya se ha dicho y escrito mucho en este año, se rebelaron en contra de los burócratas de más alto rango que los llevaron a esa aventura, de tal manera que también fueron reprimidos. Esto te indica que en realidad el movimiento llegó a los sectores no organizados de las clases medias, que eran una especie de “tierra de nadie” y que sin embargo, a partir de una creciente depauperización que se venía manifestando de tiempo atrás, tomaron conciencia de que en México no había un desarrollo económico que posibilitara la expansión de sus necesidades y satisfactores, de tal modo que muy gustosamente prestaron su adhesión al movimiento.

Alguien me decía, no puedo dar su nombre, que en la Presidencia de la República se hizo un estudio

para saber quiénes habían apoyado más al movimiento; resultó ser precisamente el sector de la burocracia menor que protestó, el 28 de agosto.

— *Y sin embargo esos burócratas están organizados en federaciones tales como la de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado, la CNOP y otras.*

— Es cierto lo que tú dices. Están organizados fundamentalmente en la FSTSE; sin embargo, sólo un contingente de esta organización estaba en la manifestación. Creo que el gran sector de profesionistas, de maestros, de empleados, que apoyó al movimiento estudiantil, no estaban organizados. Todos esos burócratas rompieron los marcos institucionales de control y se adhirieron al movimiento, lo que no pasó desapercibido para el gobierno. De hecho, creo que el gran problema para él, dado que mantiene un control, por desgracia todavía bastante fuerte, sobre el movimiento obrero y parte del movimiento campesino, es el de organizar a las clases medias sobre la base de sus propios inte-

reses; pero en primer lugar, las clases medias son muy amplias y en segundo, hay demasiados sectores: es muy difícil organizarlas por su situación propia de oscilación entre una clase y otra: entre la burguesía y el proletariado.

— *De acuerdo a tu respuesta, el Gobierno organizó la manifestación del 28 de agosto pretendiendo realizar una manipulación que a la postre resultó un completo fracaso. Pero si utilizó la manipulación de masas, no veo razón para no haber utilizado, por diferentes canales, la manipulación individual que, si no fructificó a causa de las razones que has dicho — el movimiento era de carácter masivo, con un programa aceptado por la base, los delegados eran elegidos por la asamblea de las escuelas, etc. — al menos intentó realizarla. ¿Hasta que punto ocurrió este elemento?*

— *¿Intentos de manipulación de las clases medias?*

— *Sí, pero no abierta, como en el caso de la manifestación, sino oculta.*

— *¿Hacia quiénes?*

— *Hacia los dirigentes del movimiento; por ejemplo mediante la corrupción, o la infiltración de agentes políticos.*

— *No, no hubo tal. Tu sigues con un problema que me parece completamente intrascendente.*

— *Sin embargo, yo veo una contradicción. Si hubo una manipulación abierta ¿por qué razón no una secreta?*

— *Porque aun contando con la posibilidad de que nos hubieran intentado manipular secretamente, el gobierno sabía que cualquier acercamiento indebido, cualquier acercamiento que se tuviera con él que no fuera el estrictamente planteado por las asambleas, es decir, el diálogo público, sería rechazado inmediatamente por la base. Aconteció justamente lo contrario; el Consejo Nacional de Huelga logró tener un gran crédito moral y político porque toda la gente que estaba inmersa en el movimiento sabía que las decisiones que se tomaban en las asambleas, eran decisiones que el CNH llevaba a cabo. Insisto que lo demás cae en el terreno de la ciencia-ficción. Si hubiera habido, vamos a suponer, algún dirigente que hubiera sido manipulado, éste habría caído por su propio peso.*

— *Sin embargo, Aguirre Palancares declara haber hecho reuniones periódicas con una serie de dirigentes del CNH.*

— *Eso ya lo aclaré y es mentira. Es absolutamente falso. No quiero detenerme mucho en la anécdota porque ya se ha hablado bastante de eso. Las tuvo con Marcelino Perelló y éste nunca lo ocultó. Con él y párale de contar; absolutamente no tuvo reunión con ningún otro dirigente importante. Tampoco Caso y de la Vega tuvieron reuniones con dirigentes importantes fuera de los que señaló el CNH para que los fueran a ver.*

— *Veamos ahora otro aspecto del movimiento.*





¿Qué enseñanzas crees tú que dejó el movimiento estudiantil a la izquierda mexicana en los planos político-programático, organizativo, ideológico y, caso de haberlas, en el militar?

—Quisiera primero contestar un poco globalmente. Parece ser que diez años son suficientes para entender todas las enseñanzas y repercusiones que pudo haber dejado el movimiento estudiantil-popular de 1968. Yo creo —y esto ya lo he dicho— que vistas las dimensiones en las que opera la historia de un país, diez años todavía no son suficientes para calibrar las verdaderas enseñanzas que dejó el 68. Te voy a poner un ejemplo, guardando las proporciones, por supuesto. La Comuna de París, un movimiento cuya importancia es indudable, es el primer intento de organización política y económica de la clase obrera realizado en el plano del Poder, en 1871; sin embargo tuvieron que pasar 46 años para que el ejemplo de la Comuna tomara cuerpo en muchas de las tesis programáticas —más

“En cuanto a los estudiantes, creo que desgraciadamente forman el sector que menos enseñanzas extrajo del movimiento.”

que tesis programáticas, en muchos de los principios— de los bolcheviques, que Lenin realizó en un país totalmente distinto.

—Pero Marx, ya desde el momento mismo de la insurrección de la Comuna, había extraído una serie de enseñanzas que justamente llevaron a Lenin a plantearse en forma distinta la toma del poder; enseñanzas ya las había, aunque su materialización debiera realizarse 46 años después.

—Si, aunque la primera enseñanza que extrajo Marx fue la de que el movimiento de la Comuna no debió haber estallado. Recuerda que lo primero que dijo Marx es que las condiciones no eran lo suficientemente maduras y adecuadas para un proceso de tal magnitud. Marx se opuso al estallido de la Comuna de París, pero como no era un simple espectador, sino un revolucionario cabal, en cuanto ésta estalló se puso incondicionalmente a sus órdenes.

Hay un desfase evidente en el proceso de la Comuna, entre el movimiento y sus enseñanzas, y este ejemplo me sirve sólo como analogía, no lo podemos tomar al pie de la letra. Si Marx extrajo toda esta serie, en efecto enorme, de conclusiones a

propósito de la Comuna en su trabajo *La Guerra Civil en Francia*, fue justamente porque era un movimiento proletario y había ya una larga tradición comunista e inclusive anarquista y blanquista que posibilitó su análisis. Ahora bien, si lo que quieres decir es que el movimiento del 68 no ha tenido, no ha contado hasta ahora con personas que reflexionen seriamente y con un análisis profundo sobre él, tienes razón; éste es un defecto subjetivo y es hasta ahora que empieza a haber realmente análisis serios de lo que aconteció. Anteriormente había crónicas, relaciones de hechos, montajes a base de declaraciones, reportajes, fotografías, etc., que son muy importantes, pero que no tienen la calidad teórica, está fuera de su especificidad tener la calidad teórica que pudieran tener otros trabajos.

—De todos modos, debe haber una crítica y conclusiones implícitas que, aún no estando elaboradas como teoría, inciden en la elaboración de los programas de los partidos políticos o inclusive en la formación de éstos, como en el caso del PMT; los cambios en los programas del PCM o del PRI a partir del 68 indican la incorporación de conclusiones nuevas.

—Relativamente. El movimiento de 1968 —esta en una idea muy personal— lo que hizo fue acabar con todas las organizaciones de tipo tradicional, excepto el Partido Comunista, demostrando su inconsistencia práctica. Lo que sigue también es un punto de vista personal: demostró, por ejemplo, que todas las corrientes grupusculares tenían muy poco que hacer en un movimiento de masas porque la realidad no se adecuaba a sus puntos programáticos; creo que se ha dado el fenómeno contrario: se han creado a partir del 68 organizaciones políticas muy laxas, muy poco homogéneas, que no son realmente partidos políticos: me refiero concretamente al PMT. Los compañeros del Partido Mexicano de los Trabajadores, en general, merecen todos mis respetos como revolucionarios que son y un gran crédito moral y político, pero no dejo de advertir que esta organización se ha situado en una perspectiva totalmente opuesta a la perspectiva sectaria del espartaquismo y también equivocada, a mi juicio, aunque no tan dañina a largo plazo como lo fue el sectarismo imperante en México previo al 68. El PMT entendió correctamente que había que hacer una política de masas, pero creo que no ha entendido correctamente que un partido debe tener condiciones de homogeneidad y de organización que está muy lejos de tener. El PMT es más bien una pugna de tendencias que no logran configurar una organización unitaria y una perspectiva que sea común a sus miembros para desarrollar una estrategia y una táctica revolucionarias. Yo pienso que el gran problema de la izquierda mexicana sigue siendo —y en esto estoy totalmente de acuerdo con algunos espartaquistas de la vieja guardia— el de formar el partido de la clase obrera, que era la idea central de Revueltas. Pero la formación del partido de la clase obrera debe tener en

cuenta que los movimientos de masas, sean o no movimientos de la clase obrera, deben ser organizados con el propósito estratégico de que llegue un momento en el que haya un punto de ruptura y la clase obrera tome en sus manos el proceso histórico. Para resumir y ordenar mis ideas un poco dispersas, tal vez, en las palabras anteriores, me parece que la gran enseñanza del 68 consiste en la proposición del partido de la clase obrera. Han surgido también organizaciones comunistas como el Partido Revolucionario de los Trabajadores que son hijos legítimos del 68.

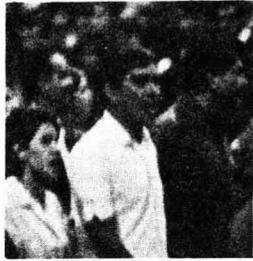
En lo que se refiere al plano militar, las enseñanzas son escasas. Es verdad que la defensa del Casco de Santo Tomás fue verdaderamente heroica; habla mucho y muy bien de los compañeros del Politécnico, pero la potencia de fuego no tenía ninguna comparación y simplemente fueron aplastados. La lección más bien tiene ver con otra situación que es la del nivel de combatividad; la Ciudad Universita-

“Diez años todavía no son suficientes para calibrar las verdaderas enseñanzas que dejó el 68.”

ria, con miles de gentes, fue tomada por el ejército sin que hubiera un solo disparo; el Casco, por el contrario, fue tomado después de una batalla más o menos prolongada, sobre todo teniendo en cuenta la bajísima potencia de fuego de los compañeros del Politécnico. Pienso que la enseñanza militar se reduce a lo anterior. Ahora bien, la violentísima represión, que contó desde un principio con el apoyo del ejército, nos enseñó que el papel estratégico de éste debe ser tomado cada vez más en cuenta. El movimiento ferrocarrilero de Vallejo fue aplastado por el ejército, pero en el 68, su intervención fue mucho más violenta; acarrió más muertos y una serie de consecuencias políticas que se han vivido en los años posteriores; una de ellas se materializó en el Colegio Militar, realmente fabuloso, que Echeverría construyó para ellos. Desde el 68 para acá, los gobernantes han advertido que el papel estratégico que el ejército mexicano jugará en el desarrollo político y social del país, será quizás mucho más importante de lo que lo fue en el pasado anterior a 1968. Durante ese año, los conflictos que se plantearon en otros países fueron resueltos no por la vía represiva, aunque también hubo represión, sino por la vía política de una manera más amplia.

—¿Te refieres a Francia?





—Me refirió a Francia, y a Alemania.

—*Porque en otros países, como Argentina, hubo una represión también muy violenta.*

—En efecto, me refirió más bien a los países europeos. En Italia hubo también una violenta represión en 69, pero no llegó a los niveles mexicanos. De todas maneras, esos gobiernos jugaron cartas políticas, el gobierno mexicano no. Este desde un principio reprimió y de hecho dejó escondidas sus cartas políticas. Esto implica, que el ejército, desde 1968, juega un papel muy digno de tomarse en cuenta para cualquier elaboración de un programa de izquierda, desde su estrategia y su táctica.

—*¿Quieres decir con esto que dentro de la estrategia de la izquierda estaría la penetración política y la politización del ejército?*

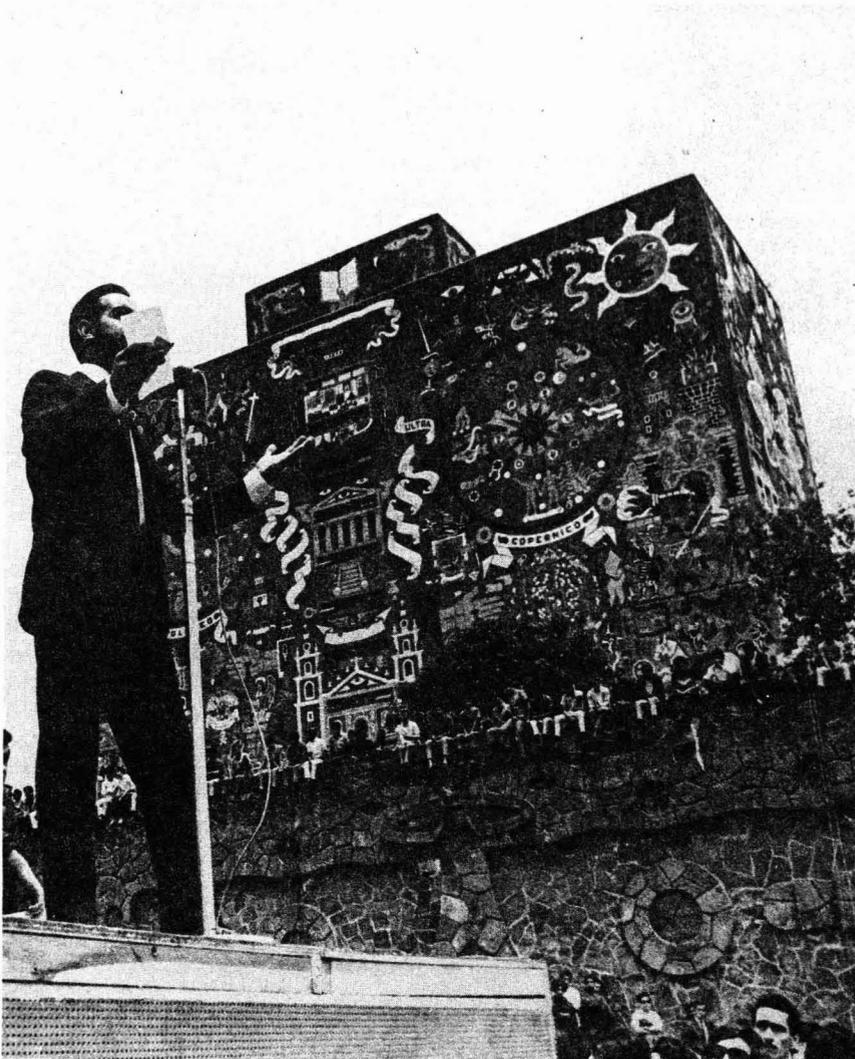
—No de manera inmediata. En este momento sería dispersar fuerzas, puesto que no las hay suficientes para lo fundamental, que es la posibilidad de que la izquierda en su conjunto se convierta en el intelectual orgánico de la clase obrera y se acer-

que a ella; que vea como tarea impostergable e ineludible el ligarse a la clase obrera; en este sentido la actualidad del marxismo, para mí está fuera de toda duda; no es un problema de política cultural en abstracto; muchos intelectuales que apoyaron al movimiento estudiantil en 68, justamente por los excesos del régimen, le han dado la espalda a los movimientos populares que se dan en el país; pero lo verdaderamente importante para los intelectuales y para la izquierda en general, es que antes de penetrar al ejército o a otro sector de la sociedad mexicana, se debe elaborar un programa que contemple a la clase obrera como la clase revolucionaria por excelencia. Evidentemente, todo movimiento revolucionario ha triunfado cuando el ejército ha sido dividido, pero plantearnos estos problemas en este momento de México me parece bastante abstracto y, pues ya lo dijo Marx, hay que plantearse sólo los problemas que se pueden resolver y como se van presentando.

“Yo pienso que el gran problema de la izquierda mexicana sigue siendo el de formar el partido de la clase obrera, que era la idea central de Revueltas...”

—*¿Piensas que un programa como el que tuvo el movimiento estudiantil, convenientemente ampliado, podría unir a la clase obrera y al campesinado para desembocar en una revolución socialista?*

—No, evidentemente no. El programa, el pliego petitorio del movimiento estudiantil, era muy limitado. Lo que sí pienso es que las reivindicaciones planteadas por el movimiento estudiantil, sobre todo la derogación de los artículos 145 y 145 bis, y la libertad de los presos políticos, se condensan en una sola frase que se repitió mucho durante aquel año: *libertades democráticas*; pienso que la historia de un país dependiente y subdesarrollado como lo es el nuestro, demuestra que las reivindicaciones democráticas, que el movimiento estudiantil sintetizó en la frase “libertades democráticas”, por ejemplo el derecho a la salud, a la educación y en general a las prestaciones sociales que garantizan el desarrollo físico e intelectual de los individuos, solamente podrán ser logradas con el socialismo. En este sentido, la perspectiva del 68 es una perspectiva socialista aunque sus demandas fuesen reformistas. Creo que todo movimiento que exija demo-



cracia en México, si es consecuente, necesariamente lleva inscrita una estrategia plenamente socialista, es decir, una estrategia en donde se plantea que los problemas de insalubridad, de falta de educación, de alimentación, etc., solamente podrán ser barridos radicalmente por el socialismo, sólo podrán encararse seria y fructíferamente por un régimen socialista.

—¿Tú piensas, entonces, que serían los principales puntos programáticos de un programa socialista?

—No los principales, tal vez, sino que deben ser necesariamente incluidos en un programa socialista.

—¿Cuáles serían, a tu juicio, los puntos principales de un programa que llevara a la revolución socialista?

—No sé, no es el momento de plantárselo. Yo pienso, como mucha gente en Europa y América Latina, que la estrategia debe ser comunista, en última instancia; que nuestra voluntad revolucionaria debe tender hacia el comunismo, pero de una

manera práctica, no abstracta. Esto significa empezar por plantear las reivindicaciones democráticas que han estado postergadas a lo largo de la historia del país; no puedo siquiera especular sobre el programa socialista; lo que puedo decir es que toda forma reivindicativa sindical o partidaria, toda noticia o información que parte de la prensa revolucionaria —hablo de ella porque como se sabe, estoy incluido en el proyecto de Punto Crítico, revista elaborada por compañeros que tuvimos la experiencia del 68— debe tener una estrategia comunista; pero si lo es, ésta no debe ser especulativa sino consistente. Una estrategia comunista no implica que en este momento sepamos ya cuál es el programa que conviene a un régimen de orden socialista, a un régimen de transición para el país, pero sí implica que toda reivindicación que intente realizar la izquierda mexicana, debe contemplar a largo plazo y en perspectiva la instauración del socialismo en México. Los puntos programáticos surgirán de las condiciones mismas de la lucha.

—Quisiera que ahondaras un poco más acerca de las enseñanzas que el movimiento estudiantil dejó a la clase obrera, desde un punto de vista más concreto, es decir, desde la perspectiva programática.

—Te repito que indirectamente y de una manera parcial, el movimiento obrero actual es consecuencia del 68, pero tiene una dinámica totalmente distinta a la del movimiento estudiantil.

—Sin embargo también su programa contempla las más amplias libertades democráticas y en ese sentido quizá ha recogido una de las demandas del movimiento estudiantil.

—Sí, sólo que, a mi juicio, la estrategia que el movimiento sindical independiente se plantea es de tipo estrictamente reivindicativo, estrictamente sindical; y no puede ser de otra manera. El movimiento obrero, a través de los sindicatos, no se puede plantear el problema de la revolución, no se puede plantear una estrategia de orden comunista. Necesariamente son y por definición, de una u otra manera, lo que Marx decía: tradeunionistas.

—A pesar de todo, la Tendencia Democrática del SUTERM, en un momento dado de su lucha, logró aglutinar a una serie de sindicatos, de organizaciones populares, que la conformaban como tendencia nacional.

—Lo que ocurre es que la Tendencia Democrática del SUTERM tenía tras de sí la carga, el lastre ideológico del nacionalismo revolucionario; el pensar que las libertades democráticas se pueden lograr en México actualizando a la Revolución Mexicana, indica una limitación del movimiento sindical; no puede ser de otra manera. Es una limitación en el sentido de que pretendiendo transformar la estructura del país en su conjunto, se quedan en una perspectiva estrictamente sindical. Esta limitación no la veo como defecto, sino como limitación objetiva de todo sindicato. De lo que se trata es, una vez más, de formar el partido de la clase





obrero contando para esto con las experiencias que dejó el 68, que ha dejado ahora el movimiento sindical independiente y con las enseñanzas que dejó el vallejismo y la historia contemporánea de México. Dejar en manos del movimiento sindical independiente la posibilidad de una revolución socialista en México, es pedirle peras al olmo por la propia condición de los sindicatos. En este sentido es en el que hablo de las limitaciones objetivas de los sindicatos.

—Pero en principio tú te referías a una limitación ideológica, que es el nacionalismo revolucionario.

—Claro, por una razón que también es objetiva: en países de tradición democrática los sindicatos de hecho no hacen política, en el sentido estricto de la palabra; la hacen los partidos de la clase obrera, como en Francia, como en Italia. En el caso de México, los sindicatos se han visto obligados a desarrollar política, en el sentido estricto de la palabra, justamente debido a la ausencia de partidos de clase. La ideología del nacionalismo revolucionario, implica que la Revolución Mexicana tiene todavía posibilidades de actualizarse para resolver los graves problemas que afectan a la población mexicana en su conjunto, cosa que yo niego. La Revolución Mexicana, la revolución "institucional", está agotada, no posibilita la solución de los graves problemas que hay en México y no es un proceso que lleve al socialismo. El concepto ideológico del nacionalismo revolucionario que sostenía la antigua Tendencia Democrática, era totalmente erróneo para las condiciones del país.

Las vías para realizar movimientos cada vez más partidarios y revolucionarios permanecen inéditas. Los grandes revolucionarios lo han sido porque encuentran vías que no se localizan en el pasado; en ese sentido 1968 ha servido de estímulo y de impulso, pero las vías programáticas prácticas para llegar al socialismo están inéditas y deben ser encontradas por los revolucionarios mexicanos.

—¿Quieres decir, entonces, que el proceso que lleve al socialismo contempla al factor subjetivo como factor de importancia capital?

—Por supuesto, el factor subjetivo es un factor central. De hecho, el problema del partido de la clase obrera es el de cómo subjetivamente ésta toma conciencia de la necesidad de un cambio histórico radical. En ese sentido las enseñanzas del 68 son casi nulas. El movimiento tenía una organización muy laxa; el Consejo Nacional de Huelga era muy amplio; no tenía homogeneidad. Programática y organizativamente no hay mucho que aprender del 68. Este demostró más bien que había una gran capacidad de movilización del pueblo. De lo que se trataría desde el punto de vista revolucionario, sería de actualizar la vieja consigna de que la emancipación de los trabajadores es obra de los trabajadores mismos y de caminar en este sentido.

Para terminar, yo quisiera hacer notar la transformación cultural, de la palabra, en lo que se re-

fiere al modo de vida de la juventud a raíz del movimiento de 1968. Este no fue solamente una expresión política en el sentido limitado de la palabra, sino también una explosión de política cultural que posibilitó a los jóvenes un desarrollo más amplio en todos sentidos, incluyendo el aspecto sexual. México era un país propiamente para adultos antes del 68; la juventud tenía pocas posibilidades de desarrollarse. En una sociedad tan reprimida como la nuestra, que manipula tanto a los jóvenes como a los niños y ancianos, me parece de una importancia radical el que haya una especie de corte entre la juventud anterior al 68 y posterior al mismo; de hecho variaron las costumbres, los hábitos, los modos de presentarse. La transformación atendió no sólo a los valores tradicionales, sino también —de una manera muy espontánea e ingenua— a los patrones culturales. Digo de manera espontánea e ingenua porque no se transforma mucho vistiendo de una determinada manera o hablando de una mane-

“Para mal y para bien, los jóvenes, en todos los aspectos de su vida, son más autónomos de 68 a la fecha; pienso que esto no debe ser pasado por alto.”

ra más libre que antes; pero sí me parece que se introdujo una especie de modernidad que antes le estaba vedada a los jóvenes. Como contrapartida los jóvenes, al intentar imitar el lenguaje del lumpen —que es lo que ha hecho la clase media a partir del 68— cayeron en un empobrecimiento del mismo verdaderamente lamentable. Por así decirlo, fue una especie de revancha histórica de Tepito y Peralvillo sobre las colonias Narvarte y Nápoles. Los jóvenes intentaron llenarse de un lenguaje que en realidad estaban reduciendo a un vocabulario básico que evidentemente era poco apto para la comunicación de conceptos. De todos modos, el hecho de que los jóvenes intentaran crear un mundo en el que tuvieran algo que decir, me parece sumamente importante. Este no es más el mundo de los adultos que imponen a los jóvenes sus normas y pautas de conducta, de lenguaje, de modos de divertirse, etc.

Para bien y para mal, los jóvenes, en todos los aspectos de su vida, son más autónomos de 1968 a la fecha; pienso que esto no debe ser pasado por alto.

Honestamente la verdad

Cuando fui invitada a participar en una mesa redonda cuyo tema era "La clase media y el movimiento estudiantil de 1968", me puse a reflexionar sobre lo que yo podría decir al respecto. Consideré que para hoy día ya se han dicho y escribo muchas cosas que relacionan ambos conceptos: análisis sociológicos, artículos periodísticos, libros, testimonios, en fin, que en el terreno de la interpretación de este fenómeno político, poco sería lo que yo tuviera que aportar. Otros antes que yo lo han hecho con muy buenos resultados y aunque estoy convencida de que los acontecimientos que tuvieron lugar en nuestro país en 1968, deben seguir siendo estudiados y profundizados y de que cuanto más se discutan, mayor claridad habrá sobre ellos, no estaba en mi capacidad ni en mis circunstancias actuales empeñarme en la tarea de redactar una intervención teórica que pudiera haber sido poco afortunada.

Así que tomé la decisión, a riesgo de aburrir por la impertinencia de utilizar la primera persona, de hablar sobre mi propia experiencia como participante en el Movimiento Estudiantil.

Debo decir, antes que nada, que para mí no es nada fácil presentarme hoy ante ustedes a hablar, recordar, situaciones que yo sí quise olvidar y esto por dos razones: la una, que nunca fue mi intención quedarme en la actitud de "yo fui parte de un acontecimiento histórico allá en mi juventud y por lo consiguiente ya tengo algo que

contar", y la otra es que los momentos duros, amargos vividos entonces fueron muy difíciles de asimilar y hube de pelear mucho conmigo misma para que no se convirtieran en rencor estéril y frustración vana.

Yo soy hija de la clase media, prototipo de sus limitaciones y dudas, de su conciencia a veces visceral, en ocasiones racionalizadora y le tengo mucho miedo a la violencia, pero ninguno al compromiso. Sé ahora, sabía entonces y aún desde antes que hay cosas que se deben hacer y otras que como ya dije, mi formación en el seno de la clase media liberal, me impide en todo momento llevar a cabo. Y en el Movimiento había que participar. No era ni siquiera una alternativa, simplemente había que hacerlo. Y de esa manera, como estudiante universitaria estuve presente desde las primeras asambleas y tomé parte en las tareas iniciales.

La lluvia. Siempre llovió, en los momentos de mayor tensión y también en los de la alegría. Por eso, ¿cómo agradecemos los plásticos y periódicos que los habitantes del Multifamiliar Juárez nos arrojaban desde las ventanas, durante aquella primera manifestación encabezada por el Rector Barros Sierra! Aquella manifestación en la que participamos todavía con un poco de azoro, indignados ya, pero como si de alguna manera las circunstancias nos arrastraran a las situaciones de las que sólo había indicios premonitorios. Aún así, nos enorgullecía como tantas veces después



nos fortaleció, la firme posición del Rector y su discurso a la llegada a Ciudad Universitaria.

Después se creó el Consejo Nacional de Huelga y el Movimiento se empezó a desarrollar como un todo orgánico, con sus demandas, sus líderes, sus trabajos repartidos y su amplia base decidida, entusiasta, disciplinada.

De esa base quiero hablar, sin idealizarla, pero tampoco, de ninguna manera caracterizando peyorativamente su origen pequeño-burgués.

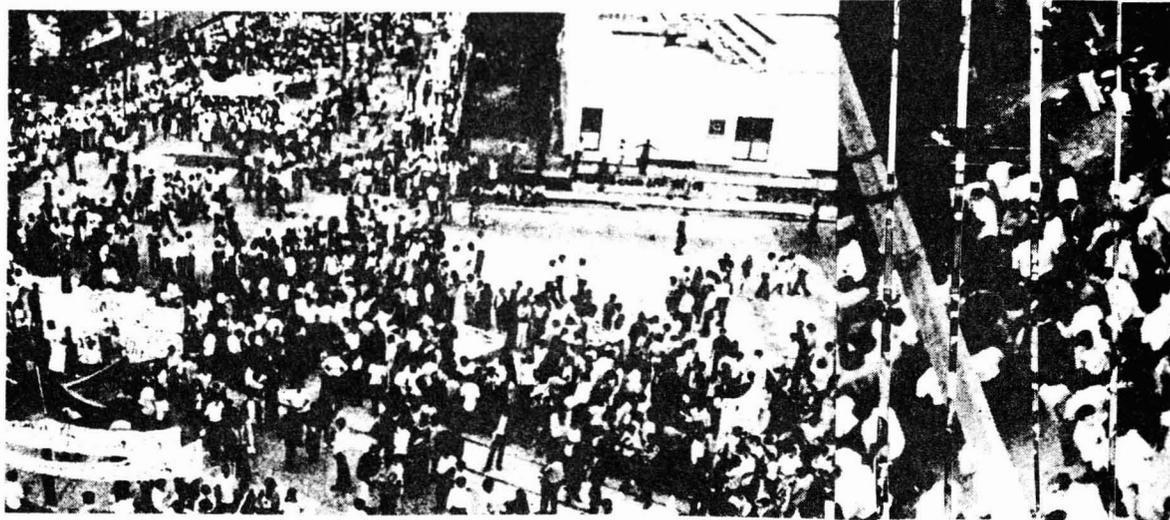
Se estructuraron las brigadas y salíamos a la calle. Y explicábamos a quien deseaba oírnos lo que estaba sucediendo y qué queríamos y por qué no estábamos sentaditos y juiciosos ante el profesor en turno. Y al principio nuestro auditorio nos miraba con sorpresa o con molestia, en muchos casos con franca oposición. Pero después, poco a poco, al paso de los días, los usuarios del camión, los traseúntes, los obreros que salían de la fábrica nos rodeaban, hacían preguntas, nos alentaban. Colmábamos interminables cestas de comestibles donados por los locatarios de los mercados, el bote que circulaba al tiempo del mitin-relámpago, se llenaba con las aportaciones del ama de casa, de la secretaria, del burócrata que oía en nosotros, su propia voz, tan silenciada. Regresábamos a nuestra casa, la Ciudad Universitaria o el Politécnico, o cualquier otra escuela, eufóricos, plenos de esa dicha producto de la

relación directa con aquellos que nos apoyaban porque sabían, con un conocimiento más brutal que el nuestro, que en México las libertades democráticas estaban canceladas. Aquellos días de ascenso del Movimiento significaron para mí una experiencia que sólo volvería a reencontrar en Cuba y con esto me refiero a la concreción del manido concepto: solidaridad.

¡Qué entendimiento tan cabal hubo entre los estudiantes! ¡Qué forma tan honesta de tratarse! ¡Qué desprendimiento de individualismos o actitudes acomodaticias! ¡Qué deseos de cooperar que tenía el pueblo! Y así era el trabajo en el mimeógrafo, en las pintas, en los mítines. Y así era durante las noches en que recorríamos en pequeños grupos, las escuelas de la Ciudad Universitaria, cantando canciones revolucionarias, visitando a los compañeros, "dando una mano" a quien requería de ella.

Así nos sorprendió la represión y por eso tuvimos valor para enfrentarla, porque nos cuidábamos unos a otros y porque siempre estábamos vigilantes de las salidas a la calle, de las tareas peligrosas.

Mientras tanto el Comité Nacional de Huelga deliberaba, las asambleas enviaban sus iniciativas, los comités de lucha organizaban. Se sucedían las manifestaciones y cada una era más exitosa que la anterior. Pero el enemigo no descansaba y los amagos provenían del poder estatal en su conjunto, de los organismos estudiantiles



manipulados, de la prensa, de los cientos de agentes infiltrados en el Movimiento, y las detenciones policíacas se hacían más frecuentes.

El 27 de agosto después de la manifestación gigantesca, después de la alegría con la que habíamos recorrido calles que sentíamos nuestras, después de un intento porque los compañeros ya reclusos en la cárcel de Lecumberri nos oyerán —les gritábamos a coro desde la puerta del presidio— tuvimos frente a frente esa cara oscura, pétrea en su inconciencia, del soldado mexicano. Nos rodearon y nos desalojaron del Zócalo, algunos nos insultaban, el que yo tuve tras de mí, por algunos instantes mientras corría, gritaba: ¡Putá! ¡Putá!

“La relación con quienes nos apoyaban nos llenaba de dicha. Ellos sabían, con un conocimiento más brutal que el nuestro, que en México las libertades democráticas estaban canceladas.”

Los signos se fueron haciendo más ominosos. La presencia del ejército en las ca-

lles, ese vago temor indefinible y concurrente en todas nuestras acciones, las amenazas constantes de la entrada de los militares a los planteles educativos.

Luego volvimos a ver a los soldados, estaban allí, en nuestra casa, revisando nuestros escritos y profanando los sitios que con tanto empeño mantuviéramos limpios y cuidados. La desorganización cundió, muchos de nosotros ya no teníamos un sitio fijo en el cual ser encontrados, las bases se desvincularon, las brigadas disminuídas continuaron trabajando aisladas y mucho más vulnerables.

Nos reuníamos en la Casa del Lago. De aquí una mañana partimos profesores y estudiantes, ante la llegada inminente de las fuerzas represivas, al domicilio particular del Rector, donde fuimos rodeados por la policía. Barros Sierra trató de hablar con alguna autoridad para exigir el retiro inmediato de los “Guardianes del orden” y ante sus infructuosos resultados, nos dijo que allí permaneceríamos hasta que pudiéramos salir sin peligro alguno, aunque esta situación se prolongara por el tiempo que fuera necesario. Horas más tarde los contingentes policíacos desaparecieron y nosotros salimos a continuar la compleja tarea de reunirnos y mantener vivo el Movimiento.

Otra noche, Gerardo y yo oímos por el radio de su automóvil que había un enfrentamiento en el Casco de Santo Tomás; hacia allá nos dirigimos y entonces, todavía



entonces, confundimos con cohetes los disparos. La batalla había comenzado, nada podíamos hacer, sin saber combatir y sin tener con qué sólo pudimos alejarnos a alertar a quienes encontráramos, en un estado de verdadera conmoción.

En los días posteriores el Ejército devolvió las escuelas y el CNH reiteró la decisión de permanecer en huelga y conminó a las bases a reorganizarse y continuar las acciones.

Los actos de masas se hacían necesarios, el mantener viva la atención popular en el carácter intransigente y represivo con que el aparato estatal había dado respuesta a las demandas estudiantiles, era la táctica a seguir y por ello continuaron los mítines. Del último, del que definiera finalmente a un individuo fríamente capaz de masacrar a sus gobernados, seguido por su corte de tristes comparsas, sólo tengo pocos recuerdos que afortunadamente se van borrando de mi memoria. Tengo presente una carrera ciega, instintiva, un temblor constante, la cara húmeda de lágrimas, los sonidos: las descargas cerradas y el ruido de las botas claveteadas subiendo por una escalera, un grito de dolor por encima del tiroteo y la deuda infinita con la mujer que abriera su departamento para que nos escondiéramos y salváramos la vida.

Salimos de la ciudad, pero a los pocos días el estupor ya no nos servía de excusa y regresamos a participar en esos dos últimos meses, los más dolorosos, los de la angustia constante. Nuestros compañeros habían sido aprehendidos, otros estaban

desaparecidos y otros más habían muerto.

Las calles, en esos meses más solitarias que de costumbre, eran caja de resonancia de nuestras tenues voces cuando acompañamos, en la noche, ya tarde, a José Revueltas al departamento donde horas más tarde sería hecho preso: y en esa noche, él se preocupaba por una compañera que tenía gripa y como en tantas otras ocasiones nos animaba, decía chistes, contaba anécdotas, haciendo presente la calidez de ser humano íntegro y generoso que fuera una de sus muchas cualidades.

Se iniciaron las pláticas con los representantes gubernamentales, por lo general diálogo de sordos, las largas e incoherentes asambleas de lo que quedaba del CNH, el forcejeo por encontrar una salida viable a lo que era objetivamente, un movimiento deshecho, unas escuelas vacías y un Estado dispuesto a seguir reprimiendo. El Movimiento se mantuvo casi artificialmente hasta la elaboración del *Manifiesto 2 de octubre*. Más tarde se iniciaron las clases.

Hoy, diez años después hay que afirmar que hubo un derrotado: este sistema cuya inoperancia hubo de valerse en años posteriores de la apertura que las exigencias estudiantiles plantearan, como una válvula de escape de la presión política que las masas ejercen cada vez con mayor apremio.

Quedan pues estas líneas como testimonio personal y pálido reflejo de aquellos días, de aquella generosidad, de aquella entrega que caracterizaran una más de las batallas que el pueblo ha dado y seguirá dando en el camino hacia su liberación.



El 68 como lección política

La manifestación del silencio fue el 13 de septiembre. La noche del 15, hubo en Ciudad Universitaria una verdadera fiesta popular.

Yo participaba en el comité de lucha de Ciencias Políticas.

Por alguna razón, la tarde del 18 de septiembre consideré que ya había permanecido bastantes días *viviendo* en la Facultad y decidí ir a un cine del centro, con una amiga, para ver una película de Polansky.

A la salida nos dieron la noticia: el ejército había ocupado la Ciudad Universitaria. Ahí aprehendieron a algunos miembros importantes de nuestro comité: Romeo González Medrano, quien al estallar el movimiento fungía como presidente de la Asociación de Alumnos; Jaime Goded, poeta, sociólogo, pintor que poblaba de carteles las paredes de la Facultad. Y también Antonio Alonso, quien luego escribiría una tesis excelente sobre el movimiento ferrocarrilero.

En el comité también participaba Sergio Zermeño, que el año pasado publicó su libro acerca del movimiento de 1968, donde por cierto lo caracteriza como *estudiantil-popular*, y coincide con lo que se consideró en su momento en el mismo comité de lucha, cuando se refiere a la manifestación del 27 de agosto como "el punto cúspide del movimiento". Cosa que deja bien clara en el texto a la magnífica foto de Héctor García, con la multitud en el Zócalo.

"Aquel 27 de agosto fue el punto cúspide, en el que la alianza de este actor colectivo mostró su mayor identidad, su más alta consistencia, su coherencia leviatánica, pero también, al final del acto, su desarticulación y su desmoronamiento".⁽¹⁾

Para todos nosotros —estudiantes de la facultad de Ciencias Políticas y Sociales— el movimiento de 1968 constituyó una lección política excepcional, una experiencia definitiva para el conocimiento de nuestra sociedad y una oportunidad invaluable para participar en el cambio democrático del país.

La mayoría estábamos conscientes de que, en tanto *movimiento estudiantil*, tenía-

mos algunas limitaciones: fundamentalmente la carencia de una organización permanente cuya orientación política estuviera ligada al proletariado, idea derivada de la concepción de José Revueltas, acerca de la inexistencia de un partido de la clase obrera. Estábamos conscientes de nuestras limitaciones pero también seguros de nuestros principios, y aquéllas siempre, en todo momento estuvieron por debajo de las del poder público, que siempre respondió con la maniobra, la represión, que nunca pudo ofrecer una salida *política*.

En la Facultad se le concedía bastante importancia a la discusión teórica. De los documentos elaborados por las brigadas

"Estábamos conscientes de nuestras limitaciones, pero también seguros de nuestros principios, y aquéllas siempre, en todo momento, estuvieron por debajo de las del poder público que siempre respondió con la maniobra, la represión y la incapacidad de ofrecer una salida política."

encargadas de ello surgían los lineamientos fundamentales que luego se planteaban tanto en las asambleas como en el Consejo Nacional de Huelga, y que también se difundían en los volantes. En los buenos momentos, sin embargo, llegaron a salir numerosas brigadas de la Facultad a la calle, y la participación en las manifestaciones era de prácticamente toda la población estudiantil.

Con todo, el comité de lucha de Ciencias Políticas era conocido por su tendencia al "teoricismo": se insistía en la discusión



política, en el análisis constante de la situación, y se condenaba el “practicismo”, que emprendía, una tras otra y sin consideración alguna, las acciones.

La mayoría de los integrantes del comité habíamos participado en el movimiento estudiantil desde, cuando menos el año de 1966, cuando terminó la rectoría de Ignacio Chávez, y en cierto modo éramos herederos del Partido Estudiantil Socialista, fundado a principios de los sesenta en torno sobre todo del apoyo a la revolución cubana.

Bastante politizados, formábamos —junto con Ciencias, Filosofía y Economía— el sector más avanzado de la izquierda estudiantil universitaria. Destacada era la participación de una minoría socialista, que integraban algunos miembros, más que de los partidos, de los pequeños grupos políticos de entonces, como la Liga Comunista Espartaco, y algunos estudiantes sin organización, que veían en las brigadas y en las bases el punto de apoyo fundamental de sus acciones.

Si los estudiantes de Ciencias Políticas fuimos los primeros de la Universidad en participar con la huelga en el movimiento, en el comité hubo quienes fueron asimismo pioneros en plantear, en un momento dado, la “retirada táctica”, aunque había desde luego los que sostenían el mantenimiento de la huelga *ad infinitum*.

A la siguiente semana del martes 27, se consideró que con la manifestación de esa fecha el movimiento había llegado a su máxima expresión. Se consideraba, asimismo, un error táctico la permanencia de guardias en el Zócalo, y se procuró, en adelante, promover ese “retiro táctico” para preparar y organizar al movimiento estudiantil para una segunda fase. Se pensaba, como lo expresa Gilberto Guevara Niebla, que “en 1968 el elemento espontáneo domina sobre el elemento consciente, si suponemos que este último lo representan los partidos políticos”.²

Fuimos los primeros en participar con la huelga porque cuando se reprimió la manifestación del 26 de julio nuestra Facultad se encontraba ya en huelga, en solida-

ridad con Demetrio Vallejo, quien se había declarado en huelga de hambre a los nueve años de estar encarcelado.

“Al solidarizarnos con Demetrio Vallejo, —decía el manifiesto firmado por los comités de Ciencias Políticas, Economía, Filosofía, Ciencias y la Escuela Nacional de Antropología, escuelas en donde un grupo de estudiantes efectuaba una huelga de hambre de solidaridad— los estudiantes mexicanos hacemos un llamado a todas las tendencias revolucionarias del país a fin de que redoblen la lucha por la creación del socialismo en México”.

“La represión —como la “Revolución”—, decía el manifiesto, ha sido institucionalizada en nuestro país. Cientos de pre-

*“Hoy, como ayer, la
represión sigue
enseñoreándose en las
fábricas, en los sindicatos, en
el campo y en las escuelas.
Hoy, como ayer, se sigue
luchando por las libertades
democráticas. Pero hoy no es
ayer...”*

sos políticos llenan las cárceles del cuerno de la abundancia. Frente a esta situación, los grupos revolucionarios han recurrido cada vez más a la clandestinidad. El gobierno ha violado sus propias leyes, ha violado y viola constantemente la Constitución de 1917. Negó a Valentín Campa la libertad preparatoria. Ha negado a Demetrio Vallejo su solicitud de confinamiento obligándolo a declararse en huelga de hambre a los nueve años de estar encarcelado.”

“Demetrio Vallejo representa a la clase obrera que lucha política e ideológicamen-

te en contra de la burguesía mexicana, Demetrio Vallejo es un combatiente por la independencia sindical, representa la lucha más firme y decidida en contra del control que ejerce esta burguesía sobre el trabajo y la conciencia de los obreros mexicanos.”

Fuimos los primeros en plantear un “retiro táctico”, y nos unimos con todos en la decisión de continuar el espíritu libre, independiente y democrático de aquel movimiento a lo largo de toda nuestra vida.

Nos entusiasmaba la unidad de los estudiantes y su tendencia a unirse con los sectores populares. Nos entusiasmaba luchar por la libertad de los presos políticos, demanda sostenida desde hacía muchos años

por los movimientos democráticos. Estar viviendo la verdad política de nuestro país. “En tres meses de movimiento he aprendido más que en toda la carrera”, comentó un compañero de generación.

Y efectivamente, el movimiento de 1968 constituyó una invaluable lección: la lección de no transar, la lección de la independencia política, la lección que se desprende de la presencia de cientos de miles de mexicanos ocupando literalmente las calles y el Zócalo para exigir, frente a Palacio Nacional, el respeto a las libertades democráticas.

El poder —como en 1958-59— respondió con la violencia represiva y aniquiló al movimiento. La matanza del dos de octu-





bre y el encarcelamiento de los dirigentes provocó la rápida dispersión y el rápido desmantelamiento.

Los estudiantes estuvimos entonces más conscientes que nunca del poder que representa, en la lucha contra esta violencia, la fuerza de los trabajadores.

Vino la dispersión y el aislamiento, en algunos incluso la amargura, y fue una realidad *la noche de Tlatelolco*.

Muchos continuaron sus actividades políticas en la guerrilla urbana, otros en el exilio, otros en la cárcel: Heberto Castillo, José Revueltas, Gilberto Guevara, Raúl Alvarez. El ingeniero Javier Barros Sierra continuaba como rector de la Universidad.

En 1970, los miembros de la generación 1965-1969 de Sociología decidimos que aquella llevara el nombre de José Revueltas, y le enviamos una carta a Lecumberri, donde le decíamos que nuestra decisión era también una "disidencia con todo lo que ha hecho posible la paradoja de un hombre libre encarcelado: una situación económica caracterizada por la injusta distribución de la riqueza, producto de la explotación del trabajo asalariado; un panorama político en el que privan la ausencia de libertades ciudadanas, el monopolio del poder, el control vertical de los sindicatos y la represión cotidiana". En la carta le pedíamos unas palabras, no sin recordarle que él había escrito a quienes participamos en el movimiento estudiantil popular de 1968. "Son hombres antes de recibir un título de lo que sea".

El maestro Revueltas nos regaló con un texto que fue leído en el acto de graduación y en el que nos dice, entre otras cosas: "Agradezco mucho su designación, aunque la palabra "padrino" esté tan dañada por la politiquería oficial y haya servido tan lamentablemente en el proceso de enajenación de la independencia política de los estudiantes en el pasado más próximo. El movimiento de 1968 superó, por fortuna, tales prácticas. Cuando ustedes designan a un preso político para que simbólicamente presida su generación, no hacen sino reafirmar los principios de nuestro

Movimiento y establecer de modo radical las fronteras que los separan del *status* de corrupción política y falsa democracia que nuestro país vive desde hace muchos años".

También nos dice: "La Revolución —la *nuestra*— no es actividad de un día, de un año, sino de toda la vida. La biografía de cada uno de ustedes está marcada, en forma imborrable, por la señal esperanzada y llena de promesas de 1968. No sólo nadie podrá hacer que esta señal desaparezca, sino que lo que contiene y significa se hará realidad objetiva, social e histórica, tarde o temprano, y es a ustedes a quienes corresponde llevar a cabo tal tarea".

En 1972 aparece la revista *Punto crítico*, diciendo en su portada "el turno es de los trabajadores". Luego surgirían los partidos Revolucionarios de los Trabajadores y Mexicano de los Trabajadores (PRT Y PMT).

Hoy como ayer, la represión sigue enseñoreándose en las fábricas, en los sindicatos, en el campo y en las escuelas.

Hoy como ayer se sigue luchando por las libertades democráticas.

Pero hoy no es ayer. La fecha del dos de octubre de 1968 marcó el inicio de una etapa políticamente distinta. Una generación aprendió que la libertad y la dignidad políticas son posibles en nuestro país y que es necesario luchar por ello.

Y cuando un movimiento político conserva la vigencia de sus planteamientos fundamentales y la pureza de sus principios, es posible continuar y es posible decir entonces: Hasta la victoria siempre.

Yo recuerdo que una vez concluido el movimiento, a finales del año, tenía muy presentes los versos que también ahora recuerdo, de Saint John Perse: *Pero de mi amigo el poeta se han tenido noticias, ha escrito de nuevo una cosa dulcísima y alguien de ello tuvo conocimiento*.

Enero de 1979.

¹ Zermeño, Sergio. *México: Una democracia utópica* (el movimiento estudiantil del 68). Siglo veintiuno editores, 1978.

² Guevara Niebla, Gilberto. *Antecedentes y desarrollo del movimiento de 1968. Cuadernos Políticos* No. 17, julio-septiembre de 1978.

Hacia la alianza desde la intimidación

—*¿Cuál es, a tu juicio, el rasgo principal del movimiento de 1968 como expresión de la lucha de clases?*

—Lo principal es que fue un movimiento surgido de los sectores medios y apoyado, promovido y dirigido por ciertas capas radicalizadas de la pequeña burguesía ligadas a los sectores intelectuales. Estas capas, aunque son asalariadas, se colocan como parte de la pequeña burguesía debido a su ideología y a sus intereses políticos.

—*¿Cuál es la relación que los estudiantes, en general no asalariados, guardan con los asalariados vinculados ideológicamente a la pequeña burguesía?*

—El vínculo fundamental se da en la comunidad de intereses y aspiraciones, producto básicamente del deseo de movilidad social hacia el ascenso de mejores posiciones y condiciones de vida; esto está reforzado por la orientación y estructuración del sistema educativo, que a la vez, ofrece algunos elementos que el estudiante puede pensar de una manera crítica y aplicarlos a una práctica social vinculada a los obreros y campesinos. Por esa razón, el movimiento estudiantil fue una expresión de la lucha de clases, pero no al grado de poderse caracterizar como un movimiento estudiantil-popular. Indiscutiblemente el 68 tuvo una influencia importante en muchos sectores, incluso en la clase obrera o en ciertas capas del movimiento campesino, pero no hubo una estructuración orgánica, una van-

guardia que encabezara el proceso en su conjunto, por lo que no puede llamársele popular. El 68 fue, desde el punto de vista de la lucha de clases, la expresión de capas medias de la población que movilizan a los estudiantes, llegan a los medios masivos de comunicación, cuestionan las viejas prácticas de control de la clase obrera, etc., pero no provocan una respuesta popular organizada —en el sentido estricto de la palabra— al Estado, al gobierno.

—*Sin embargo, si el movimiento estudiantil no hubiera sido popular, sería difícil imaginar una manifestación tan numerosa como la del 27 de agosto de 1968.*

—Desde luego, pero hablo de popular en un sentido histórico, es decir, de la movilización obrera y campesina consciente que hubiera cuestionado como clase al régimen mexicano. El apoyo popular fue circunstancial, producto de la agitación de miles de brigadas estudiantiles, pero ya para el mitin de Tlatelolco había sufrido un considerable desgaste.

—*¿Qué papel le atribuyes al gobierno en este desgaste?*

—Esencialmente un papel de intimidación y provocación. Después de la manifestación del 27 de agosto, se generalizan los actos represivos y vandálicos por parte de los agentes del gobierno, se aplica la táctica de desprestigiar al movimiento y de provocar su desvinculación de sectores amplios de la población presentándolo como un movimiento de perturbadores del orden público que alteraba la vida de las instituciones y pretendía importar concepciones que no correspondían a nuestra realidad. El Estado cumple así el papel de promotor anticomunista en defensa de una pretendida mexicanidad.

Además de la represión generalizada, provocación y actos vandálicos, sistemáticamente atribuidos en los medios masivos de comunicación al movimiento estudiantil, se produjo una represión más directa, más selectiva, como los anónimos enviados a las casas de los familiares de los estudiantes, o cartas enviadas por comités fantasmas, algunos de ellos anticomunistas, o la provocación directa de la amenaza terrorista al poner cruces rojas en casi todas las casas de quienes teníamos una responsabilidad directa en el CNH o participábamos activamente en el movimiento.

—*¿Hubo, entonces, manipulación hacia la opinión pública?*

—Pienso que la manipulación es cotidiana, aunque se agudiza en estos acontecimientos históricos. Esta no consiste simplemente en cambiar la opinión de una asamblea a través de agentes, sino que está presente en la televisión, en la radio, en el cine, en libros, en todo lo que es la "cultura" burguesa. Esta es esencialmente manipulación porque es la introducción en las mentes de los oprimidos, de



una falsa conciencia que tiene como fin enajenarlos a la ideología burguesa, a una idea del mundo que no les pertenece. Habría que pensar hasta dónde hubo manipulación, en el movimiento estudiantil, por parte de los aparatos del Estado. Pienso que el gobierno no tenía capacidad de manipulación, porque las masas estudiantiles en las asambleas de las escuelas rebasaron todos los mecanismos de funcionamiento del aparato gubernamental, desde los intentos de Cebrero, líder de la FNET, hasta los tradicionales mecanismos de control estudiantil representados por las federaciones de sociedades de alumnos; inclusive desaparecen algunos grupos de izquierda estudiantil como el "Miguel Hernández", donde yo militaba. Es cierto que muchos de los acontecimientos que ocurrieron se debieron a la actuación del gobierno, pero esto demuestra que el movimiento estudiantil era un movimiento democrático que enfrentaba a las viejas estructuras burocráticas y rígidas del aparato del Estado. Una

“El movimiento estudiantil fue una expresión de lucha de clases, pero no al grado de poderse caracterizar como un movimiento estudiantil popular.”

de ellas, el PRI, aprovechó y asimiló esta experiencia porque los estudiantes no han logrado, en nuestro país, crear condiciones organizativas capaces de plantear alternativas, en una perspectiva histórica que contemple la fusión con el proletariado, porque tampoco existe, como todos lo sabemos, un partido proletario que asimile estas experiencias y a la vez, a los cuadros más lúcidos surgidos de estas coyunturas históricas, para proyectarlos en una estrategia que haga posible un avance de la lucha revolucionaria.

—¿Crees que existe la posibilidad de formar organizaciones de masas a partir de la experiencia de las brigadas políticas del movimiento estudiantil?

—Pienso que no sería correcto ni aconsejable pensar en la organización brigadista como una salida a determinados problemas de organización, de lucha política, ideológica, de difusión programática, etc.; en 1968 estas brigadas cumplieron esencialmente el papel de agitadores políticos y sería especular el considerar las posibilidades que tiene hoy esta organización brigadista. Pienso que

cada hecho histórico significativo en una sociedad determinada adopta, en las circunstancias de la lucha, formas populares de expresar, difundir y defender los puntos programáticos por los cuales el pueblo lucha en determinado momento.

Organizativamente, el movimiento de 1968 se caracterizó por las brigadas políticas, los comités de lucha por escuela y el Consejo Nacional de Huelga, cuyo concepto mismo era el de ser una especie de congreso en donde se debatía, desde la acción cotidiana, hasta la línea política nacional y los pronunciamientos a propósito de coyunturas políticas internacionales. Pienso que en todo movimiento histórico de las características y la magnitud del de 1968, tendrá que darse una estructura de agitación similar a la de las brigadas políticas, pero esto depende también de circunstancias imposibles de prever, como el grado y el carácter de la represión, el mayor o menor acceso a los medios masivos de comunicación, el avance en la construcción de un partido revolucionario, etc. Las brigadas políticas eran el alma del movimiento; sin ellas, éste no habría tenido la posibilidad de ser apoyado espontáneamente por el pueblo; pero en realidad, el movimiento de masas avanza ahora en condiciones nuevas, sobre nuevas bases; los que fuimos militantes del movimiento, las organizaciones —viejas y nuevas—, nos orientamos a construir una línea política independiente por el socialismo, fundada en el conocimiento riguroso de la realidad nacional y en una concepción que sea capaz de enfrentarse a la ideología burguesa y pequeño-burguesa. Con ello, enfrentaremos con éxito al enemigo principal de nuestros días.

—¿Quién es el enemigo principal?

—Este es un problema muy complejo, que implicaría una entrevista por separado. Lo que puedo decirte, esquemáticamente es que este enemigo está formado por el capital monopolista nacional y extranjero, y por una oligarquía cuyos intereses están estrechamente ligados al capitalismo monopolista de Estado.

—¿Qué relación encuentras entre el programa del movimiento estudiantil y una posible revolución socialista en México?

—Ninguna. El programa del movimiento expresaba puntos de vista democráticos, de crítica a los aparatos del Estado, pero no había textos programáticos o proyectos que llevaran una orientación propiamente socialista. Es cierto que Rosa Luxemburgo afirmaba que luchar por la democracia era luchar por el socialismo, pero en este caso debe hacerse una distinción entre una lucha democrática burguesa y una lucha democrática popular; ésta trata de rescatar los valores del nacionalismo e internacionalismo proletario, la lucha anti-imperialista etc. Las banderas democráticas del movimiento del 68 tienen que ver con el socialismo en un sentido histórico, pero no en un sentido

concreto, es decir, al nivel del programa concreto que conduzca al socialismo.

— *A tu juicio, ¿qué influencia tuvo el movimiento de 1968 en el movimiento campesino?*

— Bien, en ese sentido hay muy poco de qué hablar. Evidentemente influyó en la medida en que el movimiento tuvo alcances de carácter nacional; pero es el campesinado mexicano la parte de la población que sufre de una manera más directa el embate de la manipulación de los medios informativos. El 68 no caló entre los campesinos del mismo modo ni en los niveles en que influyó en sectores proletarios urbanos. A los ojos de los campesinos, los estudiantes constituían más bien un grupo de mitoteros, revoltosos y enemigos de la Patria, debido a la influencia masiva de los medios de comunicación, que tienen un gran peso en la población rural debido a la incapacidad de ésta — dado su atraso ideológico y político — de comprender conceptos globales. Claro que hay excepciones, pero fueron poco numerosas y están localizadas en las incipientes organizaciones de aquella parte de los campesinos que tienen una situación propiamente proletaria, como los casi cinco millones de jornaleros. Aún ellos, hace apenas unos cuantos años empezaron un proceso de sindicalización; en 1968 era muy rara la existencia de organizaciones campesinas independientes.



— *¿Crees que el movimiento estudiantil creó condiciones para la formación de una alianza obrero-campesina?*

— Pienso que el movimiento contribuyó en cierto modo a que se enriqueciera y estimulara el propósito de una alianza obrero-campesina y estudiantil, agregaría yo. De hecho esta alianza tiene algunos antecedentes importantes, como por ejemplo la lucha campesina de Rubén Jaramillo en 1961 y la lucha de las normales rurales en 1967, apoyada por los estudiantes del Politécnico. Después de 1968, se organizó la lucha de la Asociación Cívica Guerrerense, dirigida por Genaro Vázquez y el levantamiento de Lucio Cabañas, en el mismo Estado de Guerrero; ambas luchas fueron apoyadas por ciertas facciones del movimiento estudiantil.

— *Quisiera precisar un poco. Sabemos desde Lenin, que una alianza obrero-campesina se produce a través de un programa común a ambas clases y de*

“El programa del movimiento expresaba puntos de vista democráticos, de crítica a los aparatos del estado, pero no había textos programáticos o proyectos que llevaran una orientación propiamente socialista.”

una estrategia unificada por un partido. ¿Crees que el movimiento de 1968 contribuyó a acelerarla?

— Evidentemente un movimiento de las proporciones del de 1968 tiene repercusión sobre toda la nación y necesariamente tuvo que ver con los intereses de aquellos en quienes cae el peso de la explotación capitalista: los obreros y campesinos. Sin embargo, el problema de la alianza obrero-campesina es un problema histórico más profundo, en el que una aportación decisiva sólo puede basarse en la conjunción de un movimiento de masas y el programa de un partido enraizado en los obreros y los campesinos; el movimiento del 68 tuvo una trascendencia mayor que otros movimientos de su tipo, en la formación de esta alianza, pero no una trascendencia definitiva, debido a la carencia de un programa específico para el campesinado y la clase obrera que hubiera provocado su movilización consciente.

—¿Cuáles crees que son las enseñanzas generales del movimiento estudiantil?

—En el plano político, como nunca antes proliferan las fuerzas políticas organizadas que luchan por el socialismo, que tienen claro que el sistema ya no da para más, y no será capaz de resolver los grandes problemas y necesidades de las masas. La influencia que en ese terreno tienen las fuerzas de jóvenes, particularmente aquellas que se expresan en las organizaciones sindicales universitarias, en los nuevos partidos políticos de izquierda, en los sindicatos independientes de diferentes ramas de la gran industria, es significativa. 68 no definió estos cambios, pero en esas fuerzas, en esos organismos y en la conducción política de ellos, hay numerosos cuadros surgidos del movimiento estudiantil que ya no pretenden mejorar el sistema, sino cambiarlo. En el plano organizativo bastaría enumerar más de una docena de partidos, decenas de pequeños grupos, y numerosas publicaciones de izquierda; yo mismo soy productor del 68 y participo de esta "explosión demográfica" de la literatura de izquierda, como colaborador de una revista.

Ideológicamente, creo que hay mucho que hacer todavía tanto en el movimiento obrero, como en las capas de asalariados del campo, y, entre los estudiantes y los intelectuales en general, debido a que estas capas de la población oprimida sigue bajo

el control ideológico de la burguesía. La ideología es un fenómeno no sólo político o de estructura de ideas; es un fenómeno comercial, un modo de vida, un proceso que se materializa en todos los aspectos de ésta y es evidente que en ese sentido todavía hay un gran lastre en la sociedad mexicana.

—¿Cuáles han sido las principales transformaciones del país —política y económicamente— a consecuencia del movimiento?

—Es difícil de calibrar, pero vayan algunas reflexiones en ese sentido. Hubo una serie de modificaciones en los aparatos burocráticos de control estatal; Echeverría puso en marcha la "apertura democrática" como un medio de crear una imagen distinta, como una alternativa al control casi corporativo del Estado mexicano hasta ese momento; por otro lado, los intentos de acercarse a los intelectuales tenían como fin "curar" las heridas abiertas con la represión del movimiento. Esta maniobra la calificó José Alvarado como el paso del camión de redilas al avión de redilas, aunque lo cierto es que muchos intelectuales subieron a él. Ahora bien, ningún gobierno como el de Echeverría dio tanto impulso a la educación en el terreno propiamente cuantitativo: más de 80 000 escuelas construidas en su periodo, es decir, que seis años de ejercicio presidencial se construyeron más escuelas que en los treinta años anteriores. Los presupuestos de las universidades se triplicaron o cuadruplicaron, etc. Pienso que las medidas tomadas por Echeverría han surtido efecto; el movimiento estudiantil está disperso; la telesecundaria, la enseñanza abierta, los cuantiosos presupuestos y otras concesiones educativas, han permitido a la burguesía manipular a su favor a las capas medias. En el aspecto económico, el régimen de Echeverría trajo consecuencias graves: somos campeones del tercer mundo en la deuda exterior, se produjo una devaluación, el crecimiento económico cayó a menos del 3%, etc. Con respecto a este último punto, un estudio de Fernando Carmona publicado recientemente en la revista *Estrategia*, demuestra que la economía burguesa muestra una cierta recuperación.

—¿Piensas que estos sucesos económicos son consecuencia directa de los acontecimientos del 68?

—Evidentemente no. Quizá el incremento del gasto público en la educación haya provocado presiones, pero la causa fundamental reside en la crisis profunda que sufre el capitalismo a nivel internacional que, en una economía como la mexicana, ligada estructuralmente a la norteamericana, aparece con mayor agudeza. Desde luego que el gasto hecho en la contención del movimiento y en la preparación de los Juegos Olímpicos —de varios miles de millones— contribuyó al deterioro económico del "milagro mexicano", que ya iniciaba su curso, pero son todos los factores internos y externos de esta crisis general capitalista la causa principal del desempleo creciente, subempleo, y miseria de las masas.



Conciencia de la crisis

Cuando luces de bengala dieron desde helicópteros artillados señal verde para que el batallón "Olimpia" (especialmente adiestrado y así conocido para escarnio de los juegos olímpicos de 1968) apoyado por agentes policíacos cuya identificación y estigma represivo consistía en usar un guante blanco, iniciaron la matanza en la plaza de las "Tres Culturas"; cuando en la semana siguiente terminó la peregrinación de padres y parientes por los hospitales y morgues de la ciudad en inútil búsqueda de sus hijos y familiares muertos o heridos; cuando al pasmo horrorizado y al llanto sucedió la conformidad inhibitoria y comenzó el proceso de disolución del movimiento estudiantil por los cauces dispersivos de la cárcel, el destierro, la vacuolización de líderes, estudiantes e intelectuales por el aparato estatal y en fin la concentración de aquél en bastiones minoritarios pero firmes de lucha estudiantil; cuando todo ello se hubo cumplido al modo de un ritual en que lo hierático de una cultura (la indígena) se mezclara con lo esperpéntico de otra (la hispánica) y se manifestara en grotescas formas híbridas de lo peor de ambas, enmascaradas en el cinismo e hipocresía "políticos", la hora de la catarsis y la parálisis empezó a ser desplazada por la de reflexión y experiencia. Pero hasta ahí, y sólo como metáfora formal, llega la hibridez de las "tres culturas".

Un punto de observación, para el entendimiento y el análisis del agudo fenómeno social, quedó establecido. Los hechos mismos, el proceso en el cual se inscribieron los participantes en ellos y los simpatizantes que los acompañaron quedaban por virtud decantadora del derramamiento de sangre limpios de la plétora de emociones, racionalidades sicologizantes, y de extravasación del carácter de clase de los estudiantes como del contenido burgués de la que define al Estado. Las ilusiones y fantasmagorías acerca del alcance revolucionario del movimiento y sus logros en el terreno, no rebasado, de la "democracia mexicana" se sometieron a la corrosiva pero necesaria acción de la crítica.

Los diez años transcurridos desde entonces permiten situar el otro punto de paralaje para la observación de las posiciones aparentes y reales del movimiento de 1968. En una década, la diáspora de los participantes (los principales sobre todo) y su ubicación en el seno del Estado o en algunos de los aparatos que lo componen, evidencia mejor

* Con la consecuencia metodológica característica del ocultamiento y desinformación de hechos resultantes de la actividad represiva, el Estado y el gobierno repitieron la argucia empleada en 1959 contra los ferrocarrileros: la muerte de muchos de éstos a manos de granaderos y policías habría sido causada por accidentes de tránsito. Muchos padres agobiados por el dolor y la impotencia aceptaron, bajo amenaza, certificados de defunción hechizos: "Principal enfermedad causante de la muerte: contusiones internas por atropellamiento... (o) hemorragia intestinal consecutiva a fiebre tifoidea" (o) la muerte titiritera de Posada movida con hilos de la ocultación, la infamia y el poder, burlándose sin gracia de gentes del pueblo.

que el origen de clase de cada uno, el lugar ocupado en las relaciones de producción que los definía y define como parte del variado espectro social: desde la pequeña burguesía hasta estratos medios apodados "clase media" por el Estado en afán de confundir.

La ambivalencia de las situaciones de clase del movimiento y de la base principal en la que se apoyó quedó así demostrada por los dos puntos distantes de aquella paralaje. Durante el auge del movimiento radicalización verbal e intransigencia, voluntarismo y rigidez táctica, fe ciega e ilusiones idealistas en la "democracia" la "libertad" y los "derechos constitucionales" entendidos no como deslinde y definición de su carácter y parte de una fase de la lucha de más lejano alcance, sino como objetivos estratégicos —casi últimos— de aquélla. A los diez años, la ilusión de un ascenso social negado por la realidad proletarizante, pero sostenida por la inserción de algunos de los participantes en el *establishment*, en el gobierno mismo y, lo que es más significativo en las posiciones ideológicas y los principios "revolucionarios" del Estado y, su brazo de poder político (PRI), y los respectivos aparatos de control, reformistas o coercitivos. El juego político de reformismo e infición oportunista, resumido en la llamada "apertura democrática" del gobierno" del gobierno de Echeverría, precisando su alcance reformista/represivo, no obstante los límites que lo jalonaron el 10 de junio sangriento de 1971, demostró su eficacia en la atracción de la pequeña burguesía coincidente con las ilusiones acerca de la libertad y la democracia de ésta y su repetida y frustrada táctica de lucha "desde dentro".

Ya desde "dentro" muchos intelectuales, algunos de bien ganada fama literaria, no sólo con la acaso legítima obtención de fuente de trabajo personal, sino con flamantes posiciones (antirrevolución de Cuba y antisoviética, sobre todo) empezaron a desenmascarar el rostro real del anticomunismo en cuyos rasgos difícilmente —sin riesgo de calumnia— se puede determinar la proporción de ingredientes oportunistas, de ilusión idealista, de necesidad humana o de aceptación del soborno oficial. Desde fuera es ilustrativa al respecto la fundación de partidos "socialistas" o menos pretenciosamente mexicanos, que no ofrecen alternativa revolucionaria y si acaso emprenden la crítica de los lados oscuros del sistema capitalista y sus contradicciones secundarias, alimentándola formalmente con la apología "negativa". En última instancia implicada ésta en la creencia de la perfectibilidad de la democracia burguesa y en la práctica confirmada por la colaboración dentro del sistema político dominado por el Estado.

Parece justa así, tanto por demostración de los hechos y del movimiento, como por el destino de muchos de sus principales participantes, la aseveración de Roberto Escudero y Salvador Martínez Della Roca: "El movimiento estudiantil sacó su



principal base social de ... las "clases medias", incluidos los estratos bajos y medios de la pequeña burguesía así como los trabajadores de ingresos medios, como profesores, empleados del gobierno y médicos." Justa afirmación en cuanto se trata sobre todo del espíritu pequeño burgués del movimiento y no propiamente de una pequeña burguesía caracterizada por la explotación de fuerza de trabajo ajena, y en cuanto la expresión trabajadores de ingresos medios aluda —según el tácito propósito de los ensayistas— a personas con sueldos fijos y no a la clase obrera y a los trabajadores asalariados.

¿Movimiento estudiantil-obrero? ¿estudiantil-popular? ¿estudiantil-revolucionario?

Eso por lo que hace al carácter de clase de la base social y los dirigentes del mismo. (La mayoría de éstos por supuesto, lo que excluye a aquellos bas-

"Lo hierático de una cultura (la indígena) se mezcló con lo esperpéntico de la otra (la hispánica) y se manifestaron en grotescas formas híbridas de lo peor de ambas, enmascaradas en el cinismo y la hipocresía 'políticas'."

tiones que consecuentemente con otros principios hoy integran lo mejor y más lúcido del movimiento cuya reducción cuantitativa redundó en mayor claridad de los objetivos de la lucha, en exactitud del lugar excentralizado de las universidades y centros de estudio, sin desdén de lo que esos lugares, como reflejo de la estructura del país, significan en ella, y en el aumento de la potencialidad para fundirse con la lucha obrera y proletaria en general. Pero, ¿cuál fue el grado del apoyo logrado por el movimiento entre los obreros organizados y la mayoría de los trabajadores que no lo están? ¿Las patéticas "pintas" que como sangre escurrida en las bardas y paredes impetraban "únete pueblo" lograron la gracia de éste y su solidaridad? ¿El aparente despertar de los "ciudadanos" reputados como apáticos y fríos del Distrito Federal en uno u otro modo privilegiados o al menos en sus mayorías semiproletarias, lumpen o de "arrimados" en la condición

de tuertos de un sistema cuya inmensa mayoría es de ciegos, fue de tal índole que certificara la validez del apresurado calificativo "movimiento estudiantil-popular"? ¿La estrategia y la táctica del movimiento correspondía a la fase de lucha revolucionaria, a la discordancia entre situación objetiva y subjetiva, y su programa de demandas por las libertades democráticas enlazaba estos, de indiscutible orden legítimo, con objetivos de mayor alcance: la lucha por el poder y la fusión del socialismo con el movimiento obrero? ¿Hubo siquiera, más allá de lemas aislados de ciertos grupos, concepción clara de lo que el antimperialismo significa en esta fase de la actividad revolucionaria de la izquierda? ¿y más aún de lo que es el imperialismo y el país como parte estructural de él?

Antes de responder a esas interrogantes es necesario restablecer, aunque sea con la estilización por fuerza prescindente y esquemática impuesta por el espacio, el escenario económico, social y político de los acontecimientos.

El escenario del (año de) 68

El "milagro mexicano" de los años 68 empezaba a deslustrarse como esos "milagros-mandas" de parroquia, enmohecidos y desnudos del oropel, deplorables muestrarios del cobre sobre bastidores de paño empolvado. Durante las postrimerías de la década la política del "desarrollo estabilizador" (estabilidad y aun aumento de la explotación de las masas con profundización de su miseria, y estabilidad y aun aumento de las ganancias del capital monopolista y los poseedores de los medios de producción) se había mantenido inflexiblemente por todos los recursos a la mano de la clase dominante, el capital monopolista extranjero y nacional, y el Estado, estrechamente vinculados en esta etapa del sistema capitalista.

Pese a todos sus desequilibrios y desigualdades el crecimiento industrial era grande y daba pretexto publicitario para sobredorar el "milagro". Concomitantemente la emigración rural hacia las ciudades, la concentración en ellas de las industrias y la actividad económica y financiera de los servicios, desde el comercio hasta la educación, las instituciones nacionales y estatales de la administración pública con su pareja lumpenización, semiproletarización, "arrimadismo" de familias que pesan (y lo merman) sobre el fondo social de la clase trabajadora, contaminaciones varias (desde las fecales y de monóxidos y humos industriales hasta las de los estrépitos medibles en decibeles, o de prostitución, mariguana y drogadicción, "jipismo" y delincuencia sin vara de medir) revelaban hasta qué punto la imitación extralógica del "recordismo" norteamericano ("la más grande ciudad", "la más poblada") escondía inútilmente la irracionalidad del sistema y a la vez la imposibilidad histórica y factual de la burguesía para resolver esos problemas.

Muchos otros subyacían a aquellos. Desempleo y subocupación (rural y urbano) éxodo por falta de tierra y de trabajo de masas campesinas empobrecidas, incapacidad de la agricultura para producir según las necesidades, y al mismo tiempo boato y consumo suntuario de la burguesía: corrupción y despilfarro de la clase dominante, el gobierno y el Estado; capitalismo explotador en el campo; desequilibrio entre productos dedicados a la exportación y los de consumo nacional; exportación de materias primas no o apenas elaboradas y regreso de muchos de ellos ya industrializados y encarecidos; atraso rural y aun residuos de explotación agrícola precapitalistas, pero insertados y parte de la estructura con predominancia del modo de producción capitalista, y funcionalmente útiles para la pervivencia y sobreexplotación de éste.

Esos eran algunos pasos en la azotea de la crisis que se escuchaban en las postrimerías (1968) de la década. Otros se empezaban a escuchar. Déficit de la balanza comercial; mayor importación que ex-



portación de mercancías con consiguiente saldo desfavorable que en el periodo de 1967-1968 suma 8 914 millones de pesos; exorbitante deuda exterior gubernamental que ya desde entonces se justifica en que "mientras el cuerpo aguante..." en una resurrección de la imagen de México como cuerno de la abundancia), fugas de divisas por "repatriación" de dividendos y regalías de los monopolios extranjeros principalmente de los EUA, con el consecuente aumento de la dependencia; marchitamiento de la industria sin chimeneas del turismo que no logra compensar los *déficit* de la balanza comercial y que si bien no contamina con humos lo hace en las costumbres, la cultura y la ideología de los mexicanos, y para terminar lo que sólo son toscas pinceladas de una situación harto más compleja, la balanza en cuenta corriente que arroja *déficit* creciente en los tercios bianuales que van de 1961 al de 1967-1968 ascendientes consecutivamente a 2 429 millones de pesos, 4 494 millones y en aquel último bienio a 6 936 millones un incremento respecto a los dos anteriores de 185.5%.² (Menos aún pueden aliviar la situación los braceros, unos atrapados sin salida y perdidos sus dólares para México. Otros en el creciente cinturón de miseria que al lado de las alambradas ya existentes) forman los trabajadores mexicanos en las ciudades fronterizas en los EUA, en la esperanza de que los vaivenes de la agricultura norteamericana y los ciclos de necesidad de la misma de mano de obra barata, les abran las puertas que en esos casos están francas y sin patrullas fronterizas ni kuklux klanes.

Ante este ciclorama (apenas abocetado) la correspondiente *misa en scène* social y política. Sobre la agravada contradicción fundamental entre el trabajo cada vez más socializado y los medios de producción cada día más concentrados en pocas manos de propiedad privada, los actores de uno y otro de los términos de ese antagonismo más duramente enfrentados. La contradicción principal proletariado/capitalismo, agravada por la intensificación de la explotación, por el programa de austeridad que ya desde entonces se agazapaba en el lema "orden y progreso" y se hacía tragar como el necesario sacrificio de "todos" en aras de la "unidad nacional" y del "nacionalismo...burgués". Las numerosas luchas de los años finales de la década de los cincuenta (telegrafistas, maestros y ferrocarrileros) y la de 1965 de los médicos, si no produjeron algo que como incorrectamente suele pensarse por simple suma aritmética o yuxtaposición constituya una fase de lucha revolucionaria superior, si descubrían la verdad oculta en el "milagro" el endurecimiento de las condiciones económica, laboral, social y política. Al mismo tiempo la exacerbación de la lucha de clases no conduce al incremento de la contradicción en formas de actividad política a causa entre otros factores de la dispersión del proletariado no organizado, de su heterogénea composición y del peso y el control de la



ideología burguesa al través del PRI y el sindicalismo charro en una red semicorporativa.

Lo que no quiere decir que la lucha de clases no se hubiera intensificado tanto como respuesta a la real situación, como producto del mosaico de desigualdades, contradicciones secundarias antagónicas y que mostraba el "modelo" del desarrollo estabilizador, cuanto porque dado el triunfo de la Revolución cubana y la irradiación de su ejemplo, vista la intensificación de la lucha de clases en América Latina y casi a punto de lograrse la victoria del pueblo vietnamita, el descontento tuvo que labrar otros cauces de actividad de la lucha política.

Pasos de crisis en el sistema capitalista en general

Los pasos no sólo se escuchaban en el traspatio, en México. Los movimientos estudiantiles abarcan en 1968 gran parte del mundo. Como signos coincidentes con las primeras señales que ponían fin a la expansión económica de la posguerra, hubo rebeliones estudiantiles en 1968 en Francia, los Estados Unidos (en California y la Universidad de Columbia), Alemania y Japón. En Italia, concretamente en Turín, fue anterior la agitación estudiantil. Pero como las de los Estados Unidos coincidió con la elevación de la lucha de clases manifestada en huelgas obreras de ese centro industrial italiano. Únicamente en 1968, en los EUA, más de veinte sindicatos de trabajadores del cobre hicieron huelga; los trabajadores agrícolas recién sindicalizados fueron a ella también y por primera vez se advirtió inusitada y creciente militancia de los empleados públicos, todo lo cual hizo "que la burguesía contemplara lo que ocurría en el terreno del trabajo con renovada ansiedad".³

El movimiento obrero no era la única preocupación al mundo burgués de los países altamente desarrollados. En 1968 se hace notoria la crisis del dólar, descendiendo en cifras diversas la producción industrial de los tres grandes (EUA, Alemania del Oeste y Japón). La burguesía norteamericana siente ya con alarma el descenso de la tasa de ganancia y la inflación, que hasta ciertos límites y controlada es una de las fuentes de beneficios del capital monopolista, empieza también a desmandarse.

América Latina y México por ello —que "cuando los EUA estornudan padecen pulmonía"—, en lo que se refiere a crisis económica reaccionaban de acuerdo con las modalidades del subdesarrollo y la dependencia estructural. En Perú, Argentina, Uruguay, Colombia en el año de 1968 o en meses cercanos hubo sacudimientos estudiantiles con características propias, pero en el marco arriba apenas esquematizado.

Educación para todos. Trabajo para pocos

Para el campo de observación de este artículo, y

explicación de cómo una contradicción secundaria puede pasar al primer plano, es ilustrativa la fuerza del movimiento de 1968. Y ulteriormente pone en relieve la capacidad de la burguesía para responder al descontento y sus manifestaciones, en junio de 1971, cuando el aperturismo del gobierno "intentaba (...) sustituir ciertas armas gastadas (...) y ganar a los sectores pequeñoburgueses inconformes a través de una política que, tras de emplear la mayor violencia, debía manifestarse en nuevas formas de seducción, ramozamiento de algunos mecanismos e instituciones y creación de otros (...) que permitieran reintegrar al *establishment* a cientos y aun a millares de personas que habían mantenido posiciones críticas, y que de no ser cortejadas por la burguesía, podrían provocar situaciones más graves (...) incluso evolucionar hacia el marxismo".⁴

El enorme crecimiento de las ciudades —monstruosamente ejemplificado en el Distrito Federal—

"El juego político de reformismo e infición oportunista demostró su eficacia en la atracción de la pequeña burguesía coincidente con las ilustraciones acerca de la libertad y la democracia..."

apareció, entre otras cosas, el aumento de los estratos pequeñoburgueses y acentuó sus rasgos de heterogeneidad. Así la contradicción no antagónica burguesía/pequeña burguesía se expresaba ya desde 68 en múltiples formas: campesinos/gobierno/terratenientes; estudiantes, intelectuales, profesionistas, técnicos y algunos grupos de empleados enfrentados fundamentalmente a la política del Estado, al sistema de falso parlamentarismo y pluripartidismo antidemocráticos; la negación de los derechos más elementales; la polarización de la riqueza en unas cuantas manos y miseria mayoritariamente distribuida. Además: la contradicción pequeña burguesía/proletariado (empresarios medianos y pequeños que se enfrentan a la crisis aumentando la explotación del reducido número de obreros desorganizados que ocupan cada uno de ellos).

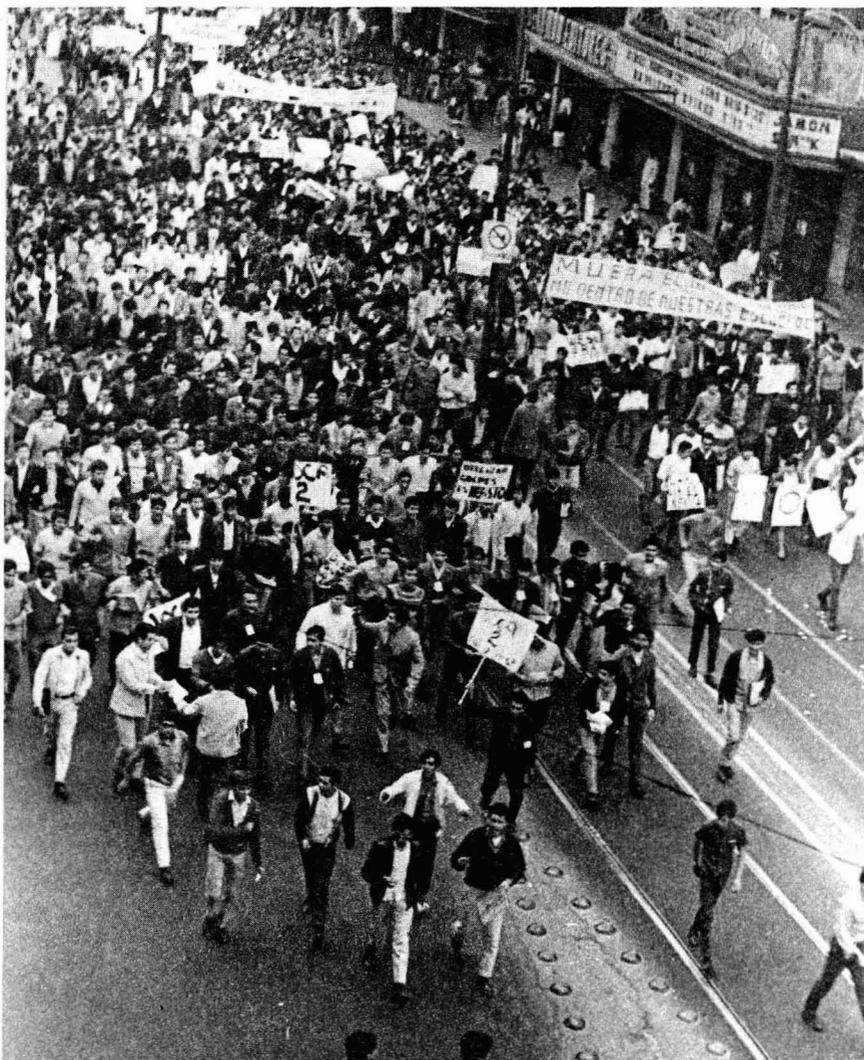
Antes del "aperturismo" y después por supues-

to, las bolsas de trabajo en perspectiva para estudiantes y profesionistas (el mercado donde se pudieran emplear), se habían angostado y roto. La expansión del sistema de educación superior, universitaria y técnica, provocaba una dicotomía. Universidades, tecnológicos e institutos privados para la preparación de una élite, por un lado, y por el otro el sistema nacional, autónomo y del gobierno, de tal modo congestionado que algunas de las primeras luchas estudiantiles consistieron en exigir el pase automático en los diversos niveles de la enseñanza. (En este último sistema, la dicotomía tendría efecto en el proceso que selecciona a una minoría para puestos clave y superiores del aparato productivo, mientras a la mayoría la sitúa en estratos inferiores de él, degrada a profesionistas incluso formando un ejército dedicado con evidente desperdicio a trabajos de escritorio, de ventas, de relaciones y promociones muy distintos a los que anuncian sus "títulos" de ingenieros, médicos, zootécnicos ... reducidos a papel tapiz decorativo). El obvio aumento de trabajadores intelectuales, al

mismo tiempo —un fenómeno que habría de indagarse con mayor profundidad y detalladamente—, ha operado otra escisión: la de los que se otorgan a sí mismos, como un signo axiológico de superioridad el calificativo, encerrándose en torres de marfil supuestamente creadoras e inobjectables, y los de la legión de técnicos, profesionistas, maestros, etcétera que no son considerados intelectuales "puros", sino si acaso, como artesanos del hacer intelectualizado.

"Los recuerdos del porvenir"

Establecido así (somera y esquemáticamente) el tablero de contradicciones en que el movimiento se produjo, ahora que el porvenir es ya presente respecto a 1968, conviene volver a las interrogantes planteadas antes. Sería erróneo determinar el carácter pequeñoburgués del movimiento exclusivamente por la diáspora de muchos de sus dirigentes.



"¿Movimiento estudiantil-obrero? ¿estudiantil-popular? ¿estudiantil-revolucionario?"

Pero ésta, sumada a la situación social de las capas que en él participaron, permite afirmar la naturaleza pequeñoburguesa del movimiento. Los llamados al pueblo para que se uniera ¿produjeron una adhesión cualitativa y durable que permite afirmar, como se suele hacer, que el movimiento tuvo el carácter de estudiantil-popular? Sin duda, a la distancia es comprobable afirmar que no. Las jornadas muy emotivas, las manifestaciones multitudinarias, las protestas de capas medias ("no venimos, nos acarrearán como borregos" dijeron en un acarreo ordenado por el gobierno, para después, el 1o. de mayo de 1969 asistir al "zócalo" sin chistar, a pesar de la represión sufrida), prueban la participación, dicho sin ánimo de paradoja, masiva-individual, atraída por una lucha en exigencia de libertades democráticas que han sido siempre genuina aspiración del pueblo mexicano al que la democracia se ha negado históricamente.

Del mismo modo individual, disperso en suma, participaron los miembros de la clase obrera, salvo unas cuantas pequeñas organizaciones independientes. Lo que comprueba que una clase obrera

* En solidaridad con el movimiento publicaron desplegados el Sindicato Revolucionario de trabajadores de la Fábrica de Loza "El Anfora" La Comisión Organizadora de Telefonistas, el Consejo Nacional Ferrocarrilero, la Sección 35 del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana, un grupo

como la mexicana que siente el peso de la explotación directamente y desde hace muchas décadas es mediatizada por el control charro y el apartamiento del ejercicio político que no sea el semicorporativo que la unce al PRI, difícilmente puede ser seducida por movimientos más o menos espontaneístas cuya lucha se centra en torno a las llamadas libertades democráticas.

Excluidos así el pueblo y sobre todo inhibida la clase obrera, el movimiento menos podría calificarse de estudiantil-revolucionario.

Caer en cualquiera de esas definiciones es hacer el juego de los espejos ante quienes dan a los sucesos de 1968 el carácter de "crisis de conciencia". Eso es propio para envolver la lucha de clases en un ropaje hurtado al psicoanálisis —extraterritorializado de su objetivo científico bien parvo— para soterrar así la naturaleza de la sociedad capi-

de trabajadores de la Comisión Federal de Electricidad, la Central Campesina Independiente, un grupo de Sindicatos Independientes. El Sindicato Mexicano de Electricistas atribuyó a los estudiantes el rechazo a la infiltración extraña y llamó a sus dirigentes a "conversar" con las autoridades. El sindicalismo charro no sólo acusó a los estudiantes de provocadores y "malos mexicanos" sino que dio su apoyo" al señor presidente de la República, licenciado Gustavo Díaz Ordaz". (Manifiesto a la Nación. Confederación de Trabajadores de México).

talista dividida en clases antagónicas. Espectacularmente hay una porción de la crítica que al año de 1968, y como producto del movimiento estudiantil, atribuye al punto de inflexión histórica, que todo lo cambió. Criterio que no resiste el más sucinto repaso de lo que el terreno de las libertades democráticas —incluida la reforma política— no ha hecho sino confirmar que el reformismo burgués ese que cambia todo lo necesario para no cambiar, afianzar y, si es posible, reproducir el sistema.

Lo anterior no quiere decir que el movimiento no haya dejado huellas ni experiencias manifestadas en nuevas formas de organización estudiantil y desaparición de sociedades de alumnos corruptas y obsoletas. Muchos trabajadores universitarios de

“Caer en cualquiera de esas definiciones es hacer el juego a quienes intentan dar al 68 un carácter más psicológico que político.”

todo el país, los profesores en organizaciones, unas incipientes y algunas ya fortalecidas, recogen con correctos exámenes críticos el lugar que a todos, a los manuales, los intelectuales, a los estudiantes y a los profesionistas corresponde en la ardua tarea de forjar la vía mexicana hacia el socialismo. Ahora son pocos. Un trabajo libre de ilusiones libertarias dentro de un sistema en que la "libertad" general no existe, los hará muchos en unión de la clase trabajadora.

1 Roberto Escudero y Salvador Della Rocca. México: generación of '68. *Nacla*. Report on the americas, vol. XII, no. 5, sept-oct 1978. Por lo menos discutible —o sujeto amayor análisis y precisión— es decir, como lo hacen los autores, que la mayor parte de los estudiantes del Politécnico proceden de la clase de los trabajadores aunque la mayoría en conjunto viene de la "clase media". El ingreso mismo a un sistema de educación superior en explosiva expansión desubica de su clase de origen a los estudiantes, los homogeiniza en un estrato medio si no como pequeñosburgueses, si atrapados en la ideología pequeñosburguesa. Mas tarde operará la diferenciación de los que en diversos niveles de las relaciones de producción se deslizarán por el plano de la proletarización

² Datos tomados de Fernando Carmona, "La situación económica" en *El milagro mexicano*, con otros autores, Editorial Nuestro Tiempo, México, D.F. pp. 44-45.

³ Ed MacCaughan, "1968-1978. Contours of crisis", *Nacla*. Report on the americas, vol. XII, no. 5, sept-oct 1978.

⁴ *Estrategia*, México 74, "Problemas, obstáculos y contradicciones de clase". No. 1, diciembre-enero de 1974. p. 27.



Luis Villoro

1968: Signo de revolución, señal de lo que viviremos...

1. *¿Cuál fue su participación en el Movimiento del 68?*

Fui elegido, junto con el maestro Arturo Azuela, por los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras, como delegado ante la Coalición de Maestros. Participé activamente en mítines, asambleas, manifestaciones, etcétera.

2. *Formación y funcionamiento de la Coalición de Maestros*

La Coalición se formó con delegados de distintas escuelas y facultades, de varias universidades, electos democráticamente por sus correspondientes colegios o asambleas de profesores. Tenían una representación efectiva de los profesores de sus escuelas y la mayoría les rendía cuentas de su actividad con regularidad. En la Coalición se discutían, a menudo por largas horas, la situación, estrategias y perspectivas del movimiento; sus resultados se llevaban y proponían al Consejo Nacional de Huelga. A la vez que apoyaba el movimiento estudiantil, la Coalición trató de darle mayor racionalidad y coherencia; en varias ocasiones, previno con certeza los peligros que acechaban al movimiento y propuso cambios de política para evitarlos. Con todo, su influencia real fue escasa. La verdadera dirección estaba en el Consejo Nacional de Huelga. Los estudiantes tenían una gran prevención a ser manipulados y eventualmente "transados". Y no les faltaba razón. Por ello, escuchaban, pero raras veces atendían las recomendaciones de los profesores.

3. *Como profesor, ¿cuáles son sus puntos de vista en torno al Comité de Huelga?*

Después de tantos años de represión, de inhibición política, de los jóvenes, la actuación del Consejo de Huelga era una gran fiesta. Por fin un grupo de jóvenes se atrevía a hablar de asuntos que afectaban a la comunidad, con espontaneidad y libertad plenas, por fin eran dueños de sí mismos y lo sabían. El resultado fue una eclosión de valor cívico, de generosidad, de inteligencia que se extendió, como un viento fresco, sobre la universidad, sobre el país entero. En un momento sentimos que todo el conformismo, la cobardía, el egoísmo en que habíamos vivido las generaciones anteriores no valían nada. El Consejo de Huelga, todo el movimiento, fueron el experimento más osado de una democracia directa. Asambleas interminables que, después de jornadas agotadoras de discusiones, tomaban decisiones a menudo a destiempo. El descubrimiento de la libertad colectiva se pagó a un precio: la ineficacia ejecutiva, la falta de una dirección coherente y continuada. El espontaneísmo democrático de los jóvenes les impidió fraguar una organización eficaz.

4. *Antecedentes y consecuentes del Movimiento en la formación de Cuadros Políticos.*

Creo que las actitudes ante el movimiento fueron muy distintas entre quienes eran ya "cuadros políticos", por una parte, y quienes participaban por vez primera en una acción cívica, por la otra. Para los primeros, el movimiento rebasó sus esquemas y categorías mentales, nunca supieron cómo caracterizarlo ni pudieron encuadrarlo. Porque era, en realidad, algo diferente a lo que preveía su catecismo "revolucionario". Para los segundos, el movimiento cobró dimensiones imaginarias; su falta de práctica política, la fiesta de la libertad conquistada, los llevó a una euforia que impedía ver la propia debilidad;

quien ha podido vivir la utopía difícilmente percibe la realidad. La síntesis del entusiasmo libertario y el realismo político era muy difícil de lograr. La tragedia con que terminó el movimiento fue también un despertar de la conciencia de la realidad. Y tal vez quienes vivieron tanto la euforia de la libertad como su sangriento asesinato, estén ahora en situación de lograr aquella síntesis de entusiasmo y realismo, que entonces no fue posible.

5. *El Movimiento y su repercusión en la clase media.*

Si el movimiento tuvo una repercusión tan grande fue justamente porque los estudiantes supieron expresar frustraciones y anhelos reprimidos de una amplia clase media urbana; no en los cinco puntos del Comité de Huelga, sino en todas las actitudes, eslogans, panfletos, consignas del movimiento. Los cinco puntos sólo eran un símbolo. Detrás de ellos estaba la indignación ante la corrupción, la mentira, las palabras huecas; la exigencia de participación, de libertad auténtica; el anhelo confuso de encontrarse de nuevo con el pueblo. No era posible, en el vértigo de la acción, expresar todo eso en un programa razonado. Pero se encontraron otras vías de expresión más espontáneas y, por ello, más auténticas: los eslogans —teñidos de imaginación y humor— coreados por mil bocas, la música, el rito impresionante de las acciones concertadas en las manifestaciones tumultuosas. Todo el mundo sintió y comprendió el mensaje libertario del movimiento. Por eso la clase media y aún algunos grupos obreros lo siguieron.

6. *¿Considera el Movimiento como reformista o como revolucionario?*

La distinción me parece falsa. Puede haber "reformas revolucionarias" y "revoluciones reformistas". Todo depende del sentido que demos a los términos. El movimiento fue "reformista" porque no se planteaba —ni podía hacerlo— una transformación radical del sistema. Sus exigencias de cambio estaban en el campo de la moral social (contra la corrupción y la mentira oficiales) y de una reforma política (contra la represión y por la democracia). Pero fue "revolucionaria" en otro sentido: como irrupción, en una sociedad estática y enajenada, de la fuerza —por un instante liberada— de las masas, cuya presencia de testimonio de acto revolucionario. Esta irrupción de la masa de los ciudadanos no fue prevista ni encuadrada por ninguna organización o aparato de partido. El instante de la liberación que vivieron los habitantes del Distrito al adueñarse por breves horas de su ciudad fue una imagen, un signo, de lo que es una revolución auténtica (Hoy vemos en señal lo que luego viviremos en realidad).

7. *La Constitución y el Movimiento del 68.*

Enarbolar la Constitución como una de las banderas del movimiento era una forma de subrayar su exigencia de terminar con la farsa que vivía el país: la separación entre las palabras y los hechos. Que el cumplimiento de la Constitución tuviera que ser exigido por un movimiento tachado de "subversivo" ponía al descubierto toda la mentira ideológica en que vivía el régimen. Es curioso observar que ningún otro movimiento estudiantil en el mundo reivindicó su propia Constitución, porque en ningún otro país existía ese divorcio entre el discurso y la realidad, como en México.

8. *La contribución al Movimiento de los partidos políticos ya existentes en aquel entonces.*

No tengo suficientes datos sobre ese punto. Con todo, creo no engañarme si afirmo que el movimiento de masas rebasó todo partido. Sin duda algunos partidos y grupúsculos trataron de intervenir en el movimiento y había dirigentes estudiantiles que pertenecían a algunos de ellos, pero ninguno de los partidos alcanzó una dirección real. Justamente esa fue una de las carencias que reveló el movimiento: la ausencia de un partido organizado de masas capaz de darle un cauce, una orientación política que asegurara su permanencia posterior.

9. *La contribución del Movimiento a la formación de partidos políticos.*

Después del crimen final, algunos dirigentes cayeron en el desencanto y la frustración políticos; unos pocos (muy pocos) se "asimilaron" al régimen. Pero muchos más aprendieron la amarga lección: comprendieron la necesidad de dar el paso, de la acción espontánea, basada en la democracia directa, a la acción organizada, encuadrada en un partido; comprendieron la urgencia de salir del recinto cerrado de las universidades y unirse realmente a los trabajadores; entendieron que los cambios sociales no pueden ser obra de los universitarios sino de las clases explotadas. Con la contribución de muchos dirigentes del 68, nacieron nuevos partidos independientes: el Partido Mexicano de los Trabajadores, el Partido Revolucionario

de los Trabajadores, y grupos políticos como "Punto Crítico". Ninguno de ellos hubiera sido posible sin el movimiento. No puede sostenerse, por lo tanto, que el movimiento del 68 haya fracasado políticamente; por el contrario, creo que fue el punto de partida de una acción política más eficaz que, tal vez, llegue a transformar al país.

10. *Repercusión y contribución del Movimiento a obras de diversos géneros (literarias, sociológicas, económicas, políticas).*

La irrupción de un movimiento de masas como aquél, por breve que haya sido, no puede dejar igual nuestra imagen del país. La cultura mexicana no puede ser la misma después de ella. Es como si, de pronto, hubiera estallado una hoguera que revelara los verdaderos perfiles de las cosas, para apagarse en un instante. La visión que nos deja, después de extinguirse, no es la misma. El cambio no puede precisarse en fórmulas. Consiste más en una actitud ante la realidad que en un punto de vista doctrinario. Se refleja, tal vez, en una capacidad para no dejarse engañar por los mitos en que la cultura mexicana había vivido, recelo ante los ídolos, afán de mayor autenticidad, que llevan a repensar críticamente muchos supuestos ideológicos de nuestra cultura. Creo que muchas de las mejores obras de autores jóvenes, en literatura, historia, sociología, ciencia política, de los últimos diez años, no pueden entenderse sin ese cambio de actitud.

Entrevistó Concepción Ruiz Funes



Elena Poniatowska

El movimiento estudiantil en 1968*

Del movimiento estudiantil de 1968 y de su desenlace, el 2 de octubre, no salieron sólo actitudes independientes aisladas. No sólo hubo actitudes ni cambios individuales, quizá lo más importante por su condición colectiva y organizada fue el nacimiento de nuevos grupos de izquierda. El PMT (Partido Mexicano de los Trabajadores) de Heberto Castillo y Demetrio Vallejo y la construcción de la sección mexicana de la cuarta internacional: el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) así como la LOM (Liga Obrera Marxista) son los ejemplos más serios (aunque los últimos trotskistas sean sistemáticamente soslayados por los medios "informativos"). En segundo término y con líneas que van desde lo difuso hasta lo turbio está el PST (Partido Socialista de los Trabajadores). El PPM (Partido Popular Mexicano) etcétera. La revista de oposición *Punto Crítico* hecha por Raúl Álvarez Garín y Adolfo Sánchez Rebolledo es otra consecuencia inmediata del 68. Hubo otros cambios o "radicalizaciones" personales: la de Carlos Monsiváis en el suplemento cultural de *Siempre!*, Cosío Villegas en *Excelsior*, Gastón García Cantú en *Excelsior*, José Emilio Pacheco en el *Diorama*; Paz y Zaíd en *Plural*, Fuentes en *Tiempo Mexicano* pero el que más conmueve es sin lugar a duda la de Heberto Castillo. El ingeniero Heberto Castillo era un hombre dedicado fundamentalmente a la investigación, al quehacer científico, a la docencia. Destacaba además en su campo, como destacó durante toda su carrera. Hubiera podido dedicarse al quehacer político en la universidad, en el periódico, en una revista. Sin embargo escogió luchar como político al lado de la gente más desamparada del país. En general, los intelectuales no renuncian al privilegio de serlo, Heberto Castillo canjeó ese privilegio por escuchar durante horas en reuniones interminables a hombres y mujeres que solemos llamar "palurdos", quienes vuelven machaconamente una y otra vez a lo mismo. Como individuo, Heberto Castillo tenía la opción de ser o de parecer revolucionario. Podía escribir, dar conferencias y reservarse el derecho de participar de acuerdo a su conveniencia. (Esto en México, suele darles muy buenos resultados a los intelectuales). Asumir la obligación de cumplir un acuerdo colectivo, he aquí la piedrita en que tropiezan todos. Heberto Castillo se la jugó, el 68 le enseñó desde luego a ver fuera de su clase y a reconocer que si bien él sabía más de matemáticas que un obrero ferrocarrilero, éste podía descubrirle qué significaba ponerlas en práctica. En la Universidad hay profesores de izquierda que dan clases revolucionarias. Lo más que les puede suceder es que les quiten el trabajo. A alguien como Heberto Castillo que lucha al lado de los trabajadores, de los campesinos, lo que le puede suceder es que le quiten la vida. Otros jóvenes también se han dedicado casi por completo a militar dentro de un partido: Gustavo Gordillo, Eduardo Valle Espinoza "El Buho", José Tayde Aburto, Salvador Ruiz Villegas, Manuel Aguilar Mora, dirigente del PRT, y la actividad de Gilberto Guevara, Raúl Álvarez Garín, Félix Gmundi, Luis González de Alba, Romeo González Medrano, Pablo Gómez, Eduardo de la Vega, Salvador Martínez della Roca es eminentemente política. El movimiento estudiantil del 68 suscita aun hoy en día, un interés apasionado, a pesar de que la población juvenil vive un cambio constante al ser lógicamente promovida. La fluctuación en las aulas, el arribo de nuevos jóvenes podría condenar el movimiento al olvido, pero no es así. La consigna: "No olvides el 2 de octubre" flota en el aire. Aunque los muchachos ya no sean los mismos, el deseo de información sobre el mo-

vimiento permanece. Sin embargo yo nunca he visto en los dirigentes del 68, en los encarcelados, una actitud de plañidera. Gilberto, para acabar pronto *jamás* habla del 2 de octubre. Raúl tampoco. Luis González de Alba sonríe, todos caminan con los ojos hacia el 79, el 80, el 82, Luis participa activamente en las luchas sindicales del STUNAM; ninguno tiene los ojos vueltos hacia atrás, El Buho cuenta chistes, El Pino los hace, no hay en ellos nostalgia alguna, ninguna actitud de señorita quedada del 68. Sólo en una ocasión escuché a un estudiante decir: "¡En el 68, yo fui alguien".

En 1968, de pronto estalló en la calle, en el Paseo de la Reforma, en el Zócalo la voz que había permanecido callada durante tantos años, al grado de que se hablaba del mutismo del mexicano, la dejadez del mexicano, el "ni modo" mexicano, la indiferencia del mexicano. En 1968, miles de mexicanos salieron de sus casas a gritar su coraje, su inconformidad. De pronto, no sólo demostraban su repudio al gobierno sino que estaban dispuestos a exigir que se cumplieran sus peticiones, clamadas bajo el balcón presidencial. El movimiento estudiantil actuó como detonador. El rencor de años transmitido de padres a hijos salía a la superficie. Los hijos empezaron a asfixiarse en esa atmósfera de cuchicheos, de "mejor no", de "al fin que no podemos hacer nada", "las cosas no van a cambiar porque tú hables", etcétera. Al menos podían gritar a voz en cuello y formar esa masa crítica, intencionada, móvil que atemorizó al gobierno a tal grado que lo llevó al enloquecimiento trágico y criminal que escindió nuestra vida pública.

El repudio al gobierno se hizo aún más patente en las elecciones presidenciales de Echeverría. A pesar de los continuos discursos, de la propaganda masiva, el abstencionismo fue de un 36%. Alcanzó un porcentaje superior a la tercera parte de los ciudadanos empadronados. Mario Moya Palencia los llamó el partido de los abstencionistas y habló de su profunda decepción en el sistema democrático. El número de boletas anuladas fue enorme: 26% de votos anulados y esto sí pensamos que el número de empadronados fue de 21,700,000 en 1970, resulta para el PRI desalentador, y poco halagüeño para el candidato cuya campaña sobrepasó todas las posibles conjeturas en cuanto a esfuerzo, dinamismo y actividad. Un 36% de electores que se niegan a votar es un trago amargo para un futuro presidente.

Si el lema estudiantil fue ganar la calle, el de Echeverría pareció ser ganar estudiantes.

Dos años más tarde las consecuencias del movimiento estudiantil y de la noche de Tlatelolco habrían de aflorar en la actitud del gobierno de Echeverría (1970-1976). Si el lema estudiantil fue ganar la calle, el de Echeverría pareció ser ganar estudiantes porque a eso dedicó mucha de su energía. En *La Ideología del Movimiento Estudiantil en México*, Abelardo Villegas escribe: "Lo más grave, el máximo enemigo del movimiento estudiantil no es la represión violenta sino la asimilación gubernamental". En ello gastó mucho de su valioso tiempo el presidente Echeverría, en conquistar a intelectuales que a una edad relativamente temprana tuvieron acceso al poder. Entre los líderes estudiantiles el caso más sonado fue el de Sócrates Campos Lemus que pasó a formar parte de la nómina nada menos que de la Secretaría de Gobernación, pero Sócrates ya había sido desenmascarado por los líderes del CNH y jamás compartió las crujiás de los presos políticos.

—Elena Poniatowska es una de nuestras más importantes escritoras. El texto que aquí presentamos forma parte de un libro sobre el movimiento estudiantil de 1968, que próximamente publicará la editorial Joaquín Mortiz.

La violencia con que se reprimió el movimiento del 68 lo convirtió en el punto neurálgico de la acción política posterior.

El problema de los estudiantes es un problema de clase media y, por lo tanto, tiene un carácter reducido al ámbito de las instituciones de cultura superior. Hay infinidad de problemas distintos: el del hambre, la salud pública, el desempleo, la dependencia económica de los Estados Unidos pero la violencia con que se reprimió el movimiento estudiantil lo convirtió en el punto neurálgico del cual se parte para iniciar cualquier acción política. El gobierno de Echeverría, además de co-partícipe recogió el estigma de Tlatelolco y trató de borrarlo a toda costa. Era difícil que Echeverría repitiera lo que le respondió a Pearl González reportera de *The News* en su conferencia de prensa con los corresponsales extranjeros a principios de su gestión. Pearl le preguntó, en forma pertinente: "¿Por qué no se usaron gases lacrimógenos en vez de armas para detener a los estudiantes?" Y Echeverría dijo: "que los muchachos nada tenían que andar haciendo en las calles pues su lugar estaba en las aulas frente a sus libros". Tal parece que el gobierno de Echeverría funcionó en torno a Tlatelolco y con razón, pues un nuevo Tlatelolco —según los observadores políticos— hubiera significado la instauración de la dictadura. (Frente a la matanza del 10 de junio, por ejemplo, la actitud del gobierno fue absolutamente distinta. Los mexicanos *todos*, pueblo y gobierno, eramos víctimas de una conjura; debíamos unirnos en torno a nuestro dirigente para rechazar al enemigo. Los estudiantes no eran los malos, los malos eran las fuerzas *oscuras* infiltradas dentro del mismo gobierno). Si el gobierno había perdido credibilidad ante el público, trataba de recuperarla allegándose a los jóvenes. Gabriel Zaíd me contaba que un presidente de Guatemala o algo así, cada vez que atisbaba una manifestación en contra suya bajaba hecho la mocha desde el balcón presidencial y encabezaba la oposición. Con Echeverría sucedió un poco lo mismo; el presidente en persona salía a la conquista del estudiantado con una vehemencia impensable sin Tlatelolco. Aunque este ejemplo parezca nimio, refleja sin embargo la actitud del mandatario. En Baja California, los estudiantes solicitaron dos camiones. Echeverría les dio seis. Un muchacho, Dionisio Hiraes Morán le obligó en Tijuana a guardar un minuto de silencio por los muertos de Tlatelolco. Cuando Echeverría quiso agregar a los soldados muertos, el estudiante se opuso: "No señor, aquí somos nosotros los que ponemos las condiciones". (Son tres los hermanos Hiraes: Dionisio, Gustavo y Sergio). Uno de ellos se reportó desaparecido, otro está en Cuba y otro preso en México a pesar de que los guaruras de Echeverría se encargaban siempre de golpear y vejar a los que el propio Echeverría toleraba públicamente. ¿Lo hacían con el conocimiento del mandatario? ¿Eso no lo sabremos nunca).

¿Cambió nuestro país? Si, el gobierno se hizo más fuerte, el ejército más temible, la policía más brutal, los fines diazordacistas se alcanzaron victoriosamente. El ultraizquierdismo como desviación política, el esquematismo como enfermedad endémica tal como lo analizó la revista *Punto Crítico*, dieron lugar a fenómenos tan aterradores como el de *los enfermos*, en la Universidad de Sinaloa, muchachos delirantes que se dedicaron a punta de pistola a sacarle las tripas a "las mierdas burguesas". El PRT, en un documento titulado: "Hablan los presos políticos" caracterizó el proceso de descomposición de la *Liga Comunista 23 de septiembre*. A partir de la impotencia, la gente se organiza o enloquece. *Los Enfermos y Los Hal-*

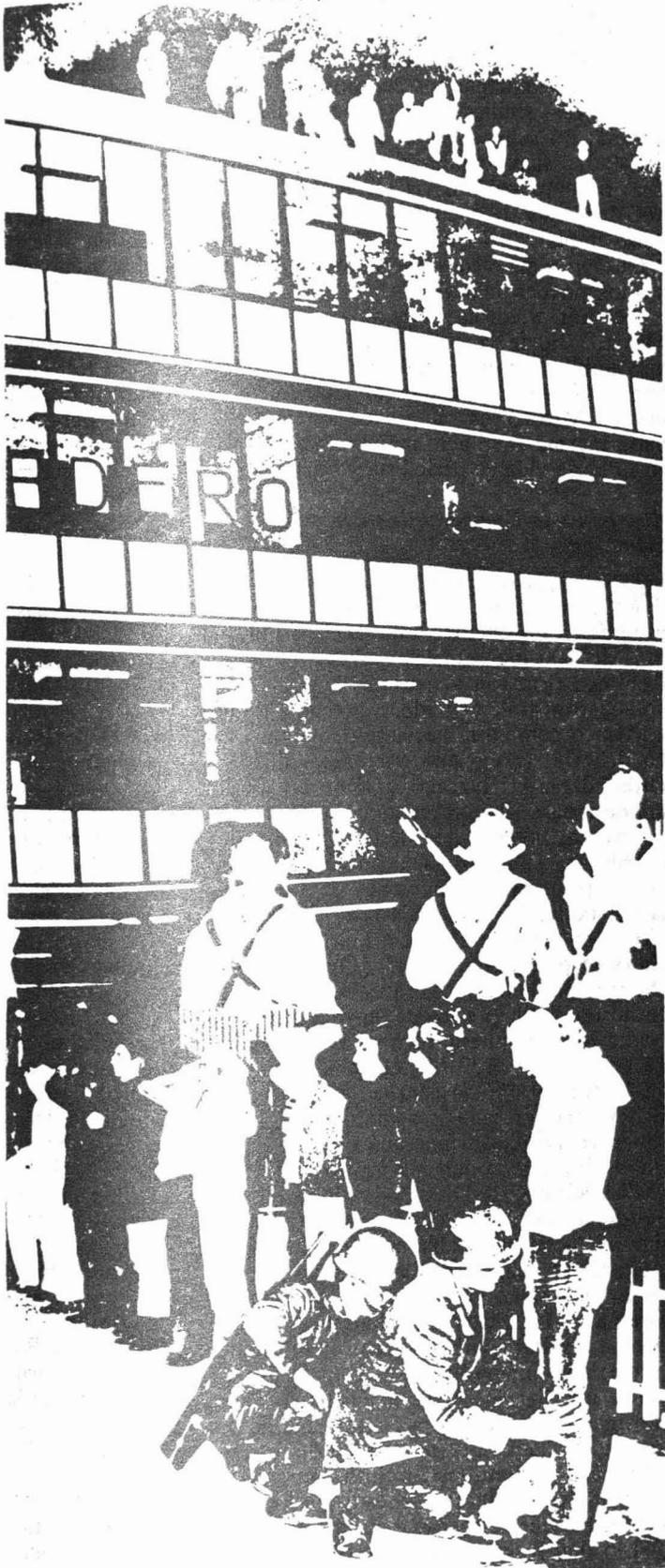
cones son dos caras de la misma moneda; hasta ahora, los actos de represión en nuestro país sólo han favorecido al fascismo y uno de los mayores aliados de la CIA en México ha sido la llamada *Liga Comunista 23 de septiembre* en sus actuales manifestaciones.

En México es posible movilizar a grandes sectores del pueblo al margen de los controles oficiales.

Una gran parte de la atención de Echeverría se centró en los jóvenes; jóvenes en su gabinete, jóvenes en las gubernaturas de los estados, jóvenes en puestos políticos y administrativos; que se oiga pues la voz de los jóvenes aunque ésta se oficialice capturada en el engranaje gubernamental. El gobierno de Echeverría reconoció que el movimiento estudiantil con todas sus fallas y sus virtudes, era una fuerza muy importante, vital dentro de nuestro país. ¿Hubiera sido posible gobernar de otro modo? Quizá sea esta la mayor victoria del movimiento estudiantil de 68, la presión ejercida día a día, a corto y largo plazo sobre las autoridades gubernamentales. El propio Demetrio Vallejo declaró que su libertad —una de las banderas que enarbó el Movimiento estudiantil— se debió a la acción de los estudiantes. La discusión pública, el surgimiento de actitudes críticas, la demostración de que en México, "es posible movilizar a grandes sectores del pueblo, al margen de los controles oficiales", el interés puesto en las universidades, tanto en la nacional como en las de provincia, parecieron en el sexenio pasado otra victoria estudiantil. *Excélsior*, a pesar del boicot en su contra de las grandes tiendas llegó a publicar en sus páginas editoriales y en los informes y crónicas de sus reporteros críticas muy claras al gobierno, a los altos funcionarios e incluso al presidente de la república. *Excélsior* informaba de conflictos obrero-patronales que tenían poca o nula posibilidad de divulgarse en los grandes medios de comunicación y que por su carácter en un momento dado, parecieron constituir el embrión de un gran proceso de movilización popular. Se hacían análisis del sindicalismo independiente, del universitario, de despidos arbitrarios, denuncias campesinas, marchas de protesta e imposiciones priistas. La mayoría de los políticos en el poder, temerosos de que una bomba de tiempo les estallara en las manos, comenzaron a moverse. Había que preveer un posible *Watergate*. La señora Echeverría hablaba de "nuestro gran amigo Julio Scherer" y Daniel Cosío Villegas recibió de Los Pinos una máquina de escribir eléctrica cuando la suya se descompuso como lo publicó en su editorial, a pesar de sus renovados sarcasmos y sus despiadadas "puntadas" en torno a la sucesión presidencial. Echeverría guardó la compostura casi hasta el final. El día en que la perdió "asesinó a *Excélsior*" y así lo escribió el corresponsal del Washington Post, Terry Shaw.

El 10 de junio, jueves de corpus de Echeverría.

Si Gustavo Díaz Ordaz dijo en su quinto informe de gobierno, el 10. de septiembre de 1969: "Por mi parte, asumo íntegramente la responsabilidad personal, ética, social, jurídica, política e histórica por las decisiones del Gobierno en relación con los sucesos del año pasado", Luis Echeverría culpó a fuerzas opuestas a su gobierno, por la nueva matanza del 10 de junio de 1970. "Lo del 10 de junio fue una agresión en contra del Gobierno, fundamentalmente; quien no lo entienda así, no está entendiendo lo que está sucediendo en México. Estábamos pre-



cisamente luchando por el respeto a la autonomía de las universidades cuando sucedió esto". El mismo 10 de junio en la noche cuando lo visitaron periodistas dijo con esa intensidad, esa sí subrayada, que es uno de los rasgos de su carácter y de su fisonomía: "Si ustedes están indignados, yo estoy más indignado". A partir de ese momento, Luis Echeverría no cesó en su afán de explicarse ante el público. El 15 de junio de 1971 le concedió una entrevista a Jacobo Zabłudowsky y cuando éste le preguntó si serían castigados los culpables respondió: "Categoricamente sí, Jacobo". Todo el aparato publicitario del país, la televisión, la prensa, los órganos de difusión, se dedicaron a condenar airadamente los sucesos del 10 de junio. Pero no por eso hubo mayor claridad respecto a los muertos que en Tlatelolco. Primero fueron cuatro, después once, después siete cadáveres procedentes del Rubén Leñero quienes fueron identificados por sus familiares, entre ellos un niño de 14 años: Jorge Calleja Contreras. En los periódicos se habló del grupo paramilitar: los Halcones, fornidos como gimnastas, de zapatos tenis, entrenados en kendo, que con sus bastones o varas "chang" atacaron a los manifestantes. Se habló incluso de su campo de entrenamiento en la Cuchilla del Tesoro, San Juan de Aragón y de que los halcones habían bajado de camiones pintados de gris que más tarde regresaron a los patios del Departamento del Distrito Federal. Si no se precisó el número de muertos ni el número de heridos, el tono de la información periodística, el tratamiento al "respetable público" cambió. Juan Miguel de Mora, testigo presencial hizo un relato clarísimo. El Gobierno era víctima de una conjura, el pueblo de México debía apoyarlo. El día 12 de junio salieron a un recorrido-inspección ocular por el lugar de los hechos, el jefe del estado mayor de la policía, coronel Ángel Rodríguez García, el procurador Sánchez Vargas, el secretario de educación Bravo Ahuja. Lo recuerdo especialmente por la noble actuación del periodista de *Novedades* Enrique Alfaro quien interrumpió al coronel y lo acusó de estar desvirtuando los hechos y de haber apoyado a los grupos agresores al dejar pasar los vehículos grises de los cuales descendieron los grupos de choque con varas que agredieron a los manifestantes. Cuando el coronel respondió: "Teníamos instrucciones de no intervenir, la policía nunca ha intervenido en las manifestaciones estudiantiles" Enrique Alfaro se indignó y con él muchos oyentes ya que su firme actitud rompió la sempiterna pasividad de los mirones.

Para el 16 de junio, el PRI preparó una magna concentración de unidad nacional en torno al *Presidente agraviado*. Contingentes de Puebla, Tlaxcala, Morelos, Hidalgo darían su apoyo. Gerardo Medina Valdés relata cómo en el Centro Médico se interrumpió una de las sesiones para anunciar a los congresistas de Seguridad e Higiene que mañana era la concentración de respaldo al ciudadano presidente de la República. Un delegado de Los Mochis pidió la palabra: "Oiga y ¿para qué es eso? ¿Se trata de una orden o de una invitación?" "Compañero, claro que se trata de una invitación y el acto se debe a lo del 10 de junio, hay que ir a apoyar al señor Presidente". El sinaloense entonces respondió: "Pues yo por mi parte, no vine a cazar halcones pero tampoco vine a ser pichón".

Ese mismo día, en la noche, fueron destituidos el jefe del Departamento del Distrito Federal Alfonso Martínez Domínguez, y Rogelio Flores Curiel de la Policía, ambos buenos amigos y compañeros del presidente de la República que necesitaba que no hubiera "una sombra de duda respecto a las investigaciones". Julio Sánchez Vargas fue sustituido por Ojeda Pau-

llada. Ahora sí, no habría sombra alguna, se descubrirían los halcones y las fuerzas opuestas al gobierno de Echeverría. Transcurrió el mes de junio, los periódicos hablaron cada vez menos de la matanza, las investigaciones pasaron a planas interiores, hasta que con el tiempo el interés público se fue perdiendo (con sólo no fomentarlo) y Echeverría pudo repetir en su primer informe de gobierno en la Cámara de Diputados:

"En su oportunidad reprobamos categóricamente los sucesos del 10 de junio. Ante la representación nacional reiteramos hoy al pueblo de México que habremos de mantener la autoridad legal de los poderes democráticamente constituidos y la fuerza moral de su investidura.

"Conocemos los obstáculos y las fuerzas que se oponen a nuestro propósito. Sabemos a quiénes benefician nuestras eventuales discordias. No estamos dispuestos a permitir que intereses ajenos, facciones irresponsables o ambiciones egoístas de poder comprometan los objetivos que el pueblo comparte y está decidido a conseguir".

¿Y los halcones? ¿y las fuerzas? ¿y los nombres? En eso quedó. Nunca se aclaró nada, nunca apareció halcón alguno, nunca por lo tanto se castigó a uno solo de los culpables. ¿O puede considerarse castigo el rostro ensombrecido de Alfonso Martínez Domínguez? Meses más tarde si uno se atrevía a preguntar qué había pasado con la investigación, resultaba sospechoso, un aliado de "las fuerzas", un saboteador de la magna, la sacrificada labor presidencial. Echeverría siguió acercándose a las universidades y a los grupos estudiantiles, remontando tenazmente la cuesta del 68, la del 70. Pero la gente del pueblo cansada de tanto esperar bautizó al grupo de bailarinas del folklore "Las Palomas", de la compañera María Esther con el nombre de "Las Halconas de San Jerónimo".

Casi diez años después, resulta que Gustavo Díaz Ordaz también es una víctima y que su país le debe la vida.

Si Luis Echeverría, el 10 de junio de 1971 resultó víctima de fuerzas opuestas a su país, Gustavo Díaz Ordaz concedió el 12 de abril de 1977 en Tlatelolco la más insolente conferencia de prensa al ser nombrado por el nuevo presidente López Portillo embajador de México ante el Rey Juan Carlos de España. Allí nos enteramos de que Gustavo Díaz Ordaz también era víctima del 68 y sobre todo del sexenio echeverrista en el que tuvo que guardar un duro silencio a pesar del ostracismo y de los ataques. Ahora, reivindicado por López Portillo, limpio de polvo y paja, podía abrirnos su corazón y contamos hasta de sus amantotas, las que la prensa pendiente de su vida erótica le achacaba. Curiosamente él fue quien habló de la sangre, de sus manos limpias de sangre (explicación no pedida...) mientras resonaba en medio de los flashazos, el diminuto tableteo de la cámara de cine, recordando a otro tableteo en esta misma Plaza de las Tres Culturas. Metió sus manos de nuevo en la herida de Tlatelolco y retó groseramente a sus interlocutores: "¿Dónde están los cientos, los miles de muertos, señores periodistas?".

Sólo Díaz Ordaz lo sabe, porque el 2 de octubre legalmente murieron dos soldados en Tlatelolco: Constantino Corrales Rojas y Pedro Gustavo López Hernández, los únicos dos que tienen actas de defunción. Si uno relee la prensa de aquellos días verá que los muertos son mencionados con cifras, nunca con nombre y apellido. A los padres de familia que fueron a buscar a sus muertos, ya fueran transeúntes, vecinos, estudiantes, curiosos o alborotadores, se les trató como si fueran los padres

o los hermanos de traidores a la patria y se les obligó a firmar declaraciones de conformidad a "muerte por accidente" sin investigación, ni derecho a reclamación alguna. Esta fue la condición para entregar los cuerpos. En la Procuraduría, algunas madres de familia se presentaron días más tarde para pedir justicia; no sólo no se les hizo sino que se les dijo que serían arrestadas si pretendían divulgar o continuar sus pesquisas. A fines de octubre, el CNH (Consejo Nacional de Huelga) organizó brigadas de encuesta en la casa de desaparecidos. Nadie quiso hablar. "¿Ya para qué?" Una madre de familia reveló: "¿Qué no ven ustedes que todavía tengo otros hijos y también me los pueden matar?".

Del horror, de la barbarie de la persecución estudiantil en México, dio fe la periodista Oriana Fallaci que apenas pudo hacer pública su protesta diciendo que en Vietnam por lo menos había refugios anti-aéreos al anuncio de un bombardeo, pero que en México las ráfagas de ametralladoras caían sobre una masa inerte en el acto más inmoral y más terrible presenciado en su larga vida de periodista y hasta de corresponsal de guerra.

Al-pueblo-de-España-no-le-manden esa-araña

Si la gran prensa recibió el nombramiento con unanimidad elogiosa, la vuelta a la vida pública de Gustavo Díaz Ordaz causó estupor en los círculos estudiantiles, universitarios, académicos. Más de 700 intelectuales, artistas, periodistas, maestros, investigadores firmaron una carta de protesta. Varios editorialistas enfatizaron su desacuerdo. Se trataba de una provocación tanto a México como a la naciente democracia española. Díaz Ordaz no debería ser enviado como embajador a país alguno, Díaz Ordaz debía ser juzgado. ¿Cómo era posible que López Portillo designara al hombre que lanzó al ejército en contra del pueblo, al hombre que desde 1968 es sinónimo de represión, de ruptura entre los mexicanos? ¿Qué emisario era ése? Una de las primeras declaraciones de López Portillo cuando accedió al poder fue acerca de la crisis del 68, que según él escindió al país ¿por qué nombrar entonces al hombre que se declaró responsable de ella? ¿Quién diablos podía entenderlo? ¿Se trataba de nuevo de la unión de fuerzas oscuras y enemigas en torno a un presidente cuya posición se veía amenazada? Nadie tenía respuesta alguna. La concentración estudiantil del 26 de abril de 1977 fue silenciada a pesar de sus casi diez mil asistentes. El *Sol de México*, por ejemplo, periódico ligado a Echeverría consignó una manifestación que desquició el tránsito pero no dijo ni por qué era. En sí, la marcha fue bonita. En el cine *Latino* daban *King-Kong* y los muchachos se dieron vuelo: King-Kong-Díaz Ordaz-King-Kong-Díaz Ordaz / España-socialista-Díaz Ordaz-fascista / Díaz Ordaz-yu-juuuu-tan-simpático-tan agradable-tan fascista-el-hijo-de-su-madre /" y algunos estribillos regocijantes que de plano invitaban a bailar como este hallazgo: Al-pueblo-de-España / no-le-manden-esa-araña. / La gente en la banqueta también reía y muchos se ponían a saltar como canguros en el asfalto del Paseo de la Reforma: "El-que-no-brinca-es-Díaz Ordaz". Los periódicos guardaron un silencio sepulcral. Tal parecía que todos seguían la consigna enunciada en la conferencia de prensa del propio Díaz Ordaz: "¿Cuáles muertos, cuál 2 de octubre, cuál noche de Tlatelolco?". Allí murieron treinta o cuarenta nunca más, treinta o cuarenta entre alborotadores y curiosos, de esos que van pasando, los que se caen por asomarse, los que no tienen nombre o si lo tienen no puede asociarse a rostro alguno, los que mue-

ren en las inundaciones, en los temblores, los fregados, la carne de cañón, los muertos de hambre a quienes siempre les toca lo malo y a quienes les tocó la bala el 2 de octubre, ni modo aquí les tocó, por andar de babosos, de revoltosos, porque no importan, porque bien pueden ser cuarenta o cuatrocientos o cuatro mil, porque no son nadie, como tampoco son nadie estos diez mil que andan ahora brincoteando mientras corean: "Aplaudan - aplaudan - no dejen de - aplaudir - que - el - pinche - gobierno - se - tiene - que - morir!".

Denuncia en contra de Díaz Ordaz en la oficialía de partes de la Procuraduría.

El 20 de noviembre de 1971, Emilio Krieger, Juan Manuel Gómez Gutiérrez, Carmen Merino Millán, Guillermo Andrade y Carlos Fernández del Real citaron a los periodistas en la antecámara del procurador Pedro Ojeda Paullada. Iban a entregar en la Oficialía de Partes una denuncia en contra de Díaz Ordaz. Los delitos oficiales de que lo acusaron: *Violación de Garantías Individuales, Infracción de Leyes Constitucionales que cau-*

sa trastorno en el funcionamiento normal de las Instituciones según el Art. 29 Constitucional. Los delitos comunes: Homicidio y Lesiones. Se adjuntaron a esta demanda, pruebas, copias fotostáticas, nombres de algunas de las personas muertas en la Plaza de las Tres Culturas, procesos, libros testimonios de los siguientes periodistas que aceptaron ser citados a declarar: Jesús M. Lozano, Miguel Ángel Martínez Agís, Félix Fuentes, Jorge Avilés R., José Luis Mejías, José Antonio del Campo. El Procurador de la República, Pedro Ojeda Paullada, recibió a los abogados, tomó la denuncia, las actas, las pruebas, los libros, etcétera y les dijo —sonriendo— a los abogados al meter todo el material en el cajón de su escritorio: "Ahí se va a quedar".

Y ahí se ha quedado.

También en el cajón del Procurador quedaron los nombres de algunas de las personas víctimas en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. Los abogados Fernández del Real y Krieger dijeron que aunque existe la certidumbre de que las per-



sonas asesinadas ascendieron a varias decenas —algunas versiones hacen llegar el número a varios cientos— sólo hacían referencia en su denuncia al delito de homicidio cometido en perjuicio de personas cuya identidad y causa de su muerte pudiera ser plenamente comprobada y casos en los cuales podía acompañarse en copia fotostática la documentación correspondiente. Esto nombres son:

Carlos Beltrán Maciel	(29 años)
Luis Gómez Ortega	(23 años)
Jaime Pintado Gil	(18 años)
Antonio Solórzano Gaona	(42 años, ambulante de la Cruz Roja)
Agustina Matus de Campos	(60 años)
Guillermo Rivera Torres	(15 años)
Cecilio León Torres	(19 años)
María Regina Teuscher (la edecán)	(19 años)
Fernando Hernández Chantre	(20 años)
Gloria Valencia Lara de González (la mujer embarazada: portada del <i>Paris-Match</i>)	(30 años)
Rosa María Maximina Méndez González	(19 años)
Leonor Pérez González	(19 años)
Cuitlahuac Gallegos Bañuelos	(19 años)
Ramón Horta Ruiz	(20 años)
Cornelio Benigno Caballero Gardulfo	(18 años)
José Ignacio Caballero González	(26 años)
Jorge Ramírez Gómez	(18 años)
Rosalino Marín Villanueva	(18 años)
Juan Rojas Luna	(15 años)
Petra Martínez García	(15 años)

Y los dos soldados mencionados con insistencia: Pedro Gustavo López Hernández de 22 años y Constancio Corrales Rojas cuya edad no aparece.

Los abogados consideraron obligación de la Procuraduría General de la República investigar los otros casos de homicidio cometidos el 2 de octubre, en la Plaza de las Tres Culturas, al reprimirse con la fuerza armada el mítin del Consejo Nacional de Huelga.

*Al pueblo de España
no le manden esa araña*

Diez años después, la única voz oficial que rompió la unidad del coro es la de Carlos Fuentes.

Tal parece que no hemos aprendido. Casi diez años después la única voz oficial que rompió la unidad del coro fue la de Carlos Fuentes. Su renuncia fue buena. En lo que se equivocó es en insistir en que Luis Echeverría nada tuvo que ver en los sucesos del 68. Esto no es posible ni creíble porque si Echeverría se hubiese tan sólo opuesto levemente o una sola vez al entonces presidente de la República jamás hubiera sido su sucesor. Además Luis Echeverría, Corona del Rosal y Julio Sánchez Vargas desde el primer momento declararon compartir la responsabilidad por igual, el 30 de julio de 1968, día del bazuko cuando a las 2.30 de la madrugada los soldados hicieron volar la puerta de madera del Colegio de San Ildefonso y hubo 400 heridos y 1,066 detenidos. Ellos fueron los que solicitaron la intervención del ejército en ausencia del presidente de la República de gira por Jalisco. Más tarde, los mismos: Echeverría, Corona del Rosal y Sánchez Vargas fueron consignados por la Coalición de Maestros ante la Cámara de Diputados por haber violado el artículo 29 de la Constitución al suspenderse de he-

cho las garantías constitucionales, y el artículo 129 de la Constitución que dispone que en tiempo de paz ninguna autoridad militar puede ejercer más funciones que las que tienen exacta conexión con la disciplina militar y el 89 en su fracción VI que dispone que sólo el Presidente de la República puede utilizar la fuerza armada para la seguridad interior de la nación. Por lo general, los miembros del gabinete, los secretarios de estado mexicanos se subordinan al jefe. Son cesados —entre otras razones personales— por incapaces o porque pasan a ser una tuerquita o tuerkota útil dentro del formidable engranaje gubernamental. Por eso también reaparecen. Nunca o casi nunca actúan en forma autónoma. Al menos así ha sido en los últimos sexenios y el único miembro de gabinete que se recuerda por su personalidad —por cierto detestable— es Ernesto Uruchurtu. Los demás ya no tienen ni rostro ni palabra. Ni pintaron ni dieron color. Por eso tiene razón Octavio Paz cuando afirma que el Señor gobierna con sus criados, con su familia. El erario público es también patrimonio familiar. Durante seis años, todos pueden disponer de él: el señor, la señora y los niños de la casa. Por algo en México se es presidente de la República. Por algo se llega al poder.

De la represión de 1968 a la depresión de 1978.

Han pasado diez años después de Tlatelolco. Muchos de los jóvenes del 68 son ahora luchadores en un partido político: Taide Aburto, El Búho, Gustavo Gordillo, Salvador Ruiz Villagas, Manuel Aguilar Mora y otros. Trabajan al lado de los obreros. Su afán revolucionario no se ha gastado; ha crecido. Heberto Castillo es mejor de lo que era, Vallejo también. Entre los intelectuales de la Coalición de Maestros, Luis Villoro pasó a ser un filósofo militante. Gilberto Guevara y Raúl Alvarez llevan a cabo investigaciones y denuncias semejantes a las que los vincularon a los campesinos: la nutrición, el maíz, los ingresos del obrero, el sindicalismo independiente. Raúl lo hace en *Punto Crítico*, Gilberto en su calidad de maestro universitario en biología. Algunos artículos políticos de "El Buho" son notables. Martín Dosal Jottar corrió a Bravo Ahuja (Secretario de Educación Pública) del entierro de José Revueltas: "¿Qué no entiende, señor, que no lo queremos oír?". El Pino planea acciones que harían palidecer al hombre biónico. Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca es el mismo niño héroe que se tiró frente a un bull dozer para que no le quitaran un terreno a su bienamada Chapingo. Ninguno se toma demasiado en serio. Los he visto encontrarse en los camellones y reírse y mirar hacia el Paseo de la Reforma que alguna vez fue suyo. ¿Cuál es nuestra imagen ahora? Nuestra fachada sigue siendo apantalladora. Pulular los Sanborn's, los Denny's, los Linny's, los Burger Boy, los Tom Boy, los Hollyday Inn, los Sheraton, los Ramada Inn, los supers. Las flores ya devaluaditas se cambian constantemente en los camellones y en los parques citadinos, el vidrio reemplaza el tezontle, México sigue siendo uno de los países con la más alta tasa de natalidad, el 3.7%, el PRI muy bien gracias, Fidel Velázquez robustísimo, la clase rica muy poderosa a pesar de o quizá por la devaluación. Aparentemente todo ha quedado igual y sin embargo el aire a veces trae el rumor de las manifestaciones, el júbilo que se oía en las calles, el ímpetu que a todos nos deslumbró y entonces uno siente que todavía subsiste en los jóvenes el arrojo del 68 pero ahora con una mayor reflexión, un sentido más profundo y una proyección en la que quisiéramos adivinar el rumbo terco y decidido para salvarnos históricamente.

Leopoldo Zea 1968 en la memoria

I. 1966. Dolor de cabeza.

1968. Han pasado diez años y el recuerdo de esos días resulta imborrable. La matanza del 2 de octubre, en Tlatelolco de los sacrificios, se ha transformado en leyenda. Leyenda que oculta a los culpables y hace imposible la justicia. Porque no basta que el Presidente de la República en esos días, haya asumido la responsabilidad de los hechos, ya que al hacerlo ha impedido que se señale y castigue a los responsables. La autotanización, que parece caracterizarle, imposibilitó la aclaración de tales hechos dejando, tan sólo, complejos de culpa y un sordo rencor que la provocación suele hacer explotar de cuando en cuando. Pero lo cierto es que 1968 no puede ser borrado con otro 1968. No se pueden olvidar esos días y, por lo mismo, no se pueden repetir. A la inmolación de tantos jóvenes no debe agregarse la de otros. Queda el reflexionar y el tratar de aclarar, el racionalizar lo que allí sucedió para que no vuelva a suceder. Arturo Azuela, que en esos días fue uno de los jóvenes que vivió la tragedia con indignación pero sin rencores, me pide los recuerde. Que recuerde mi experiencia por haberme tocado participar en ellos como universitario y en mi carácter de Director de la Facultad de Filosofía y Letras. Una experiencia dolorosa, pero que no cambiaría por ninguna otra, una experiencia viva de esta nuestra historia. Trataré de recordar y exponer esta experiencia; la experiencia de un universitario en esos malos días.

Para mí, entonces y ahora, los orígenes de la tragedia y lo que ella significó para la vida del país están en 1966. En 1966, acababa de hacerme cargo de la Dirección de la Facultad. El rector, el Dr. Ignacio Chávez, me había convencido de que mi obligación, como universitario, era la de regresar a la Universidad. Pocas semanas después el Rector era objeto de brutales violencias. Violencias encaminadas a desplazarlo, como se logró, para que la política, la política oficial, pudiese hacer de la Universidad un instrumento para la sucesión presidencial que, como siempre, se debatía ya en ese afán "madrugador" de nuestros políticos. Un alto funcionario comentaría, años después que el Dr. Chávez no había entendido el mensaje cuando se le ofreció la Embajada de México en Francia. El Dr. Chávez había, por el contrario, aceptado su reelección, la cual se consideró un inconveniente para la manipulación política de los universitarios. Se hacía esto mucho antes de que los franceses hablasen, en 1968, de los estudiantes como "detonador político": nuestros políticos más sabios ya lo habían decidido en 1966.

La política entraba así brutalmente en la Universidad, ya lo había hecho otras veces, pero en esta ocasión iba a tener, en un par de años, mayores consecuencias. En abril de esos días de 1966 tanto el Rector como los Directores de Facultades e Institutos eran vejados por un grupo tumultuario de tales estudiantes cuyo origen oficial no se intentó, siquiera, disfrazar. Varios de ellos se encuentran ahora colocados en puestos, si no claves, sí de política o administración del sistema. El Dr. Ignacio Chávez, hablando poco antes de su renuncia con el Presidente de la República, haciéndole ver lo grave del caso y, con palabras que serían proféticas, le agregaba: "Hoy tengo yo un fuerte dolor de cabeza, pero mañana, tendrá usted una fuerte jaqueca".

Aceptada la renuncia se empezaría la auscultación para designar al nuevo rector, auscultación en la que fui considerado y, para que no hubiese dudas, respecto a lo que en mi opinión consideraba debía ser la Universidad, escribí el 30 de abril de



1966, en *Novedades*, el artículo que titulé, ¿UNIVERSIDAD O SELVA? En él exponía que la autonomía de que gozaba la Universidad, no era, ni podría ser instrumento político; ya que su fuerza dependía del respeto que entre sí, debían de guardarse los universitarios. "Un respeto sin más coerción que la moral, esto, la que cada universitario se imponía a sí mismo para hacer posible esta situación", "acatamiento autónomo, personal de sus leyes, y con ellas de sus penas cuando estas leyes hubiesen sido infringidas. Situación única, ideal, que en el resto de la Nación sería imposible aplicar, pero que era una condición imprescindible en el campo de la cultura y el espíritu. Una situación expuesta, desde luego, a la invasión e interferencia de fuerzas que no eran ya espirituales y que pondrían en peligro desde luego, esa autonomía. Estas fuerzas son las que han creado otro concepto de autonomía, confundiéndola con impunidad". Por ello agregaba, "ha bastado una minoría audaz, practicando todas las formas de violencia, atropellando todas las normas legales de la Universidad e, inclusive, las más simples de la convivencia social, para poner en crisis todas esas formas de convivencia e ideas que significan la legítima autonomía. Atropellos sin castigo posible, porque se deja la posibilidad de este castigo a una institución que, por su naturaleza, carece de fuerza material para hacerlo". "Por un lado la autonomía considerada como la ley de la selva y por el otro como ley del espíritu". Los ochenta mil estudiantes y los profesores

e investigadores de esos días, agregaba, "se han encontrado no en la Universidad sino en una selva rodeada por una Nación, una selva para la cual no cuentan las leyes de ésta. Creer en la Universidad y no en la selva, fue también el gran error de ese gran rector que será siempre el doctor Ignacio Chávez". "Por cometer este error fue vejado y, con él, la autonomía universitaria, en que creía, al igual que la mayoría de los maestros y estudiantes universitarios". Todo frente a una mayoría silenciosa, que nada pudo hacer ni nada hizo. Poco tiempo después, los directores nos enterábamos que las expulsiones que había hecho el Dr. Chávez antes de su renuncia, y la de los individuos que lo habían vejado con los directores, quedaban sin efecto. La autonomía seguía siendo esa selva aislada de la Nación.

El 10 de mayo, en el mismo *Novedades*, escribiría el artículo titulado, **SOBRE LA CRISIS UNIVERSITARIA**. Había ya sido designado el ingeniero Javier Barros Sierra, rector de la Universidad. Prometía escuchar y orientar, ¡buena postura! "¿Pero —me preguntaba— se detiene allí el movimiento? ¿La caída del rector, su vejación y la de las autoridades que lo acompañaban pone fin a la revuelta supuestamente universitaria? ¿Caído el rector se grita, viva el nuevo rector? Los hechos posteriores demostraron que no. La huelga artificial prendió en muchos jóvenes, a los que no se había tomado en cuenta, para transformarse en un movimiento de reforma universitaria. Es lo que muchos de ellos se plantean ya como una revolución. El cambio de rector para estos jóvenes resulta secundario. Repudian las vejaciones, pero están conformes en que es necesaria una reforma. Y vemos a continuación el espectáculo de los líderes cuya misión había terminado, tratando de restablecer un orden cuya meta había sido alcanzada. Como el aprendiz de brujo, habían sido desatadas fuerzas con las cuales no se había contado. Fuerzas juveniles, terriblemente desorientadas, pero anhelando algo, algo que no sabían expresar". Allí estaban escuelas como las de Arquitectura y Filosofía, antes apolíticas y que ahora se empeñan en "participar en la revolución que sentían se estaba gestando en la Universidad". "Y, por lo mismo, llamando a sus maestros y profesores que, por desgracia, parecemos igualmente desorientados".

Pero, al lado de esta inquietud, se hacían ya presentes otras fuerzas. Fuerzas formadas por otros intereses no universitarios, tanto de la política nacional no oficial, como trasnacional. Muchas de las fuerzas que se hacían ya presentes en otras universidades del mundo, como las que hicieron explotar la revuelta de Mayo en Francia en 1968. En México la política oficial había dado el primer paso para manipular a los universitarios, ¿por qué no iban a hacerlo otras fuerzas y otros intereses? A ellas me refería también, en mi artículo en 1966, diciendo: "Y aquí la aparición de otra fuerza extraña a la Universidad. Una fuerza ajena, también, a las metas inmediatas del simple cambio de autoridades universitarias. Fuerza empeñada en canalizar el descontento, la rebeldía, el ansia de reformas despertada en la juventud universitaria. Con metas más allá de los intereses de la Universidad y los de la nación misma. ¿Demandas de reformas? Por supuesto, pero demandas que resultan irrealizables, inaceptables. Lo que en la jerga revolucionaria se llaman "provocaciones". "¿Fuerzas de extrema izquierda? ¿Fuerzas de extrema derecha? De las unas y de las otras paradójicamente unidas. Combatiéndose entre sí, pero haciéndose el juego en una meta que les es común: la alteración del orden que no es el de ninguno de ellos". "Algo de lo que vemos pre-

sentándose en nuestra Universidad ante la desorientación de una juventud que busca, legítimamente, una transformación, un cambio, que hay que darles". En otras palabras, empezaba la jaqueca de 1968, para el mismo gobierno que había dado, en 1966, un fuerte dolor de cabeza al rector de la Universidad.

2. 1968. Jaqueca.

Entre 1966 y 1968 se haría aun más patente la manipulación de la Universidad por la política enfilada a la sucesión presidencial, pero, también la que se originaba del descontento de jóvenes y maestros, inconformes con una situación, tanto universitaria como nacional que se quería ver cambiar. En las reuniones de directores de las Facultades y Escuelas de la Universidad con el Rector, no faltó la voz que propusiera fuertes medidas frente a los descontentos. Propuestas que, por supuesto, fueron rechazadas recordándose, simplemente, el fácil perdón que habían alcanzado quienes habían vejado a un rector y muchas de las autoridades todavía allí presentes. Los sucesos de Mayo en Francia en ese año de 1968, y el éxito que la rebelión universitaria pareció haber alcanzado allí, estimuló a quienes hablaban de cambios de lo que, empezaban a llamar, estructuras. Se iniciaron las pintas, con leyendas en las paredes de las aulas y muros universitarios. Poco después, en los muros de la misma ciudad. Se empezó a hablar de autogestión y a reclamarla. En una ocasión se presentó, a mi Curso de Filosofía de la Historia, José Revueltas acompañado de algunos estudiantes, en las clases. Lo cual fue sencillo, pues esto era lo que siempre veníamos solicitado a nuestros estudiantes. Abandonando su timidez, los estudiantes de mi curso participaron, discutiendo sobre el sentido del curso, tanto conmigo, como con Revueltas y con quienes le acompañaban. No era esta demanda algo para preocupar a nadie que no temiese el diálogo y la crítica; que no se alarmase porque se expusiesen otros puntos de vista.

Lo que vino poco después, todos lo sabemos, a partir del encuentro de dos grupos de estudiantes en la Ciudadela, los días 23 y 2 de julio y la represión de que fueron objeto. A lo que se sumarían los sucesos del 26 de julio en el que dos manifestaciones, la que protestaba contra la represión policíaca y la que recordaba el Aniversario de la Revolución Cubana, al unirse fueron, también, brutalmente reprimidas. Luego el asalto y derrumbe, con un bazucazo, de la puerta de la Escuela Nacional Preparatoria, llenando de indignación a la comunidad universitaria, como lo había llenado a la del Politécnico, también asaltada por la policía. No llegábamos a comprender lo que pasaba. Al parecer se trataba de una provocación que pretendía lograr una agitación que iba creciendo, con todo y aquello que serían sus nefastas consecuencias. El Rector Javier Barros Sierra, como protesta, pondrá la bandera a media asta. Era la señal de duelo por la violencia hecha a la Universidad.

Un día antes, el 30 de ese mismo julio, un grupo de estudiantes, ya organizados, de distintas escuelas, me buscó en la Dirección de la Facultad de Filosofía y Letras para decirme que el día primero iban a manifestar junto con los del Politécnico y otras escuelas, unidos en sus protestas. Que marcharían hasta el Zócalo y que pedían, a las autoridades universitarias que los acompañasen. "¿Lo sabe el Rector?", les pregunté. No, y queremos que usted se lo diga ahora mismo. Llamé a la rectoría y hablé con el Rector Barros Sierra, exponiéndole lo que solicitaban los jóvenes. "¿Al Zócalo?" "¡Eso



será una locura!" Sí, le dije y me piden que los acompañemos y que si no, de cualquier manera lo harán sin nosotros". "Dígameles que luego les resuelvo". Allí quedó todo, pero a las dos de la mañana del 31, una llamada por teléfono a mi domicilio y la voz del rector diciéndome, "Doctor, lo espero mañana a las 9 horas, vamos a tratar de convencer a nuestros directores para que acompañen a los muchachos".

A las nueve estaban ya los directores con el Rector puntualmente; él había hablado, pocos minutos antes, conmigo. En la reunión me pidió les expusiese a los directores la solicitud de los estudiantes. Se los expuse y les dije también lo que con ello podría ocurrir conociendo ya las medidas represivas que se estaban tomando. Era menester, agregué, estar con los jóvenes y seguir su suerte, que podría ser la de las balas, o bien negarse y recibir la repulsa de éstos. El rector Barros Sierra intervino diciendo: "Lo que está diciendo el doctor Zea es que elijamos entre ser acribillados por las balas o ser lanzados por las ventanas por nuestros estudiantes". El director de la Facultad de Arquitectura, arquitecto Ramón Torres Marínez, intervino de inmediato, diciendo "Yo estoy con mis muchachos, y si me han de meter una bala que lo hagan, pero iré con ellos". El director de la Facultad de Ciencias Políticas, Enrique González Pedrero apoyó la decisión con energía, diciéndose acompañar a los estudiantes en la manifestación del 10 de agosto. El Rector, lo sabemos, encabezará la marcha. Se logró, sin embargo, que la misma sólo llegase hasta Félix Cuevas. Más allá, al fondo, estaban ya apostados tanques del ejército y tropas a la expectativa. Tomados de grandes cuerdas los estudiantes y profesores marcharon juntos sin permitir que se saliesen de las mismas para impedir cualquier provocación que hubiese adelantado la tragedia.

Lo que siguió es igualmente conocido. Una larga huelga es-

tudiantil, que se extendió a la casi totalidad de las Instituciones de altos estudios de la República apoyaba demandas que, en forma alguna, implicaban subversión ni cambio de estructuras; sólo se pedía el castigo a los represores y la libertad de presos políticos como Vallejo por varios años encarcelado y respeto a la autonomía universitaria. Luego más manifestaciones gigantescas, llenas de fervor, esta vez, sí, hasta el zócalo. Pero, también, por primera vez en nuestra historia insultos al Presidente, encaminados a provocarlo. Lo cual no iba a ser nada difícil. Y junto con estos insultos documentos supuestamente subversivos que nadie sabía de dónde salían. El descontento empezaba a ser manipulado para conducirlo hacia metas extrañas a quienes sólo protestaban por una represión que iba en aumento. El 10 de septiembre el Informe, y en la televisión un hombre, el presidente Gustavo Díaz Ordaz irritado y retador.

Los directores y muchos profesores, habíamos decidido acompañar a nuestros estudiantes, asistiendo a las escuelas aunque no hubiese clases, como yo lo hacía en la mía, mañana y tarde, durante la huelga que continuaba. Pero azuzando, echando leña y explosivos, estaban tanto fuerzas de la política nacional, como de la política extranjera. A veces llegaban alimentos a las huelguistas enviados no se sabe por quién, así como se escuchaban los reclamos de algún líder exigiendo los mismos. Y fuera, la prensa también azuzando. A quienes, como yo, consideraban que su lugar era en la Universidad, con huelgas o no, éramos señalados de complicidad, subversión y de estar manipulando a los estudiantes con fines extranacionales. Estos, los jóvenes, entendían nuestra presencia tratándonos siempre con el mayor respeto. A veces, estando en mi casa, recibía la llamada de alguno de ellos diciéndome que fuera, que las tropas iban a entrar a la Universidad. En efecto, las mismas estaban a poca distancia esperando la orden. El 18 de septiembre, en la noche, entrarían las tropas a la Universidad. Una media hora antes habíamos salido de Ciudad Universitaria, Villoro, yo y otros profesores, después de esperar, inútilmente la presencia de los comisionados estudiantiles en las pláticas que teníamos con el fin de dar una solución al problema. Al llegar a mi domicilio me enteraba de la toma de la Universidad. Los días que siguieron fueron de enfrentamientos violentos entre estudiantes y fuerzas públicas a lo largo de la ciudad. Desde la Cámara de Diputados se atacará e insultará al rector. ¿Se quiere su salida? nos preguntamos. El Rector presentará su renuncia el 23 de septiembre. Pero la comunidad universitaria se moviliza para que ni le sea aceptada y para que las tropas salgan de Ciudad Universitaria.

Se forma entonces una comisión de doce profesores, entre los que me encuentro, que pide audiencia al Presidente de la República, el cual nos recibe la tarde del día 24. Entramos en una sala de juntas de la presidencia, en la cabecera de la misma se sienta el licenciado Díaz Ordaz, yo quedo a un lado, a su derecha. Le exponemos la razón de nuestra presencia; no queremos, en primer lugar, que se acepte la renuncia del Rector y, queremos inmediata salida del ejército de Ciudad Universitaria. "Lo del rector —dijo el presidente— es cosa de ustedes los universitarios", "ustedes deben decidir si aceptan o no la renuncia. Él es un buen amigo mío, fuimos compañeros de Gabinete". Se le explica que se lo decimos a él, porque el Rector ha sido atacado en la Cámara de Diputados, lo que es un signo de que el gobierno quiere su salida. "De

ninguna manera dice con voz firme— y no hablo por boca de diputado alguno. Este es asunto de ellos, por mi parte no tengo interés en la renuncia del ingeniero Barros Sierra.” A continuación, más o menos las siguientes palabras: “No entiendo qué pasa con los universitarios. El día primero en mi Informe, les concedía lo que pedían. Esperaba verlos marchar por las calles, triunfantes, encabezados por Heberto Castillo, pero lejos de ello me siguen llenando de improperios”. Un largo silencio, que me atrevía a romper diciéndole. “Señor Presidente, es que no pareció que concediese usted nada, sino más bien, por el tono de su voz lo que los universitarios recibían era un regaño”. Se me quedó mirando un momento, que me pareció larguísimo. Mis compañeros me miraban, a su vez, acaso alarmados por mi impertinencia. Después de ese largo rato me contestó: “Doctor, tiene usted razón. Es mi tono de voz, comprendo que más que conceder pareció que regañaba”. Y de inmediato con palabras que me hicieron pensar que todo el problema iba a quedar allí resuelto, dice: “¿Dígame doctor, ¿qué me aconseja?” “Reciba a los jóvenes, le contesté, hable con ellos, conozco a muchos de ellos; son jóvenes que quieren a su país, como usted, como nosotros. Nada quieren que no queramos nosotros, “Recíbalos, estoy seguro que se podrán entender, pues lo que ellos quieren es diálogo”.

Pero la nueva respuesta me hizo sentir frío; sentí que todo se desbarataba. “¿Y si me faltan al respeto?” preguntó. “No le faltarán”, le aseguré. “Bueno, hagamos una cosa, agregó, los recibiré, pero primero entrarán en pláticas con una comisión”. “¿Qué les parece, dos maestros que quieran y se entiendan con los estudiantes? ¿Jesús Reyes Heróles universitario distinguido y Méndez Docurro, un distinguido politécnico”? A continuación ofreció que sería entregada la Universidad a sus autoridades. Terminada la reunión fuimos con el Rector Barros Sierra. Al otro día la Junta de Gobierno rechazaba la renuncia. El Rector acatará la decisión; y el día 30 de septiembre era entregada la Universidad al mismo. Mientras tanto los designados para entrar al diálogo que sería previo al que sostendrían los estudiantes con el Presidente, nombraban otra comisión, la cual estudiaría los detalles de las demandas y así preparar a la comisión que sería la antesala de las pláticas con el presidente de la República. El primero de octubre la violenta represión en Tlatelolco. Siempre me he preguntado, ¿Hubiera cambiado todo esto si las pláticas hubiesen empezado de inmediato con el presidente al único nivel posible? No lo sé, sólo sé que la represión creció a pesar de los Juegos Olímpicos. Las provocaciones no cesaron y, con ellas, los actos represivos. El dolor de cabeza del doctor Chávez se convertía en una terrible jaqueca para el gobierno y la nación. El gobierno había caído en la provocación, poniendo en marcha la maquinaria represiva. Algo semejante sucedería pronto a lo largo del Cono Sur de nuestra América. Era la desestabilización o manipulación del aparato estatal.

Después del 2 de octubre siguieron provocaciones de todo género y la prisión de muchos estudiantes y profesores. Después de que fuera aprehendido José Revueltas y antes Elí de Gortari, unos jóvenes me abordaron para decirme que pidiese asilo en alguna Embajada porque iba también a ser encarcelado. “No veo por qué, les dije, lo que he pensado sobre esta situación lo he escrito y firmado”. Sí, pero a usted lo acusan de participar en una conspiración contra la nación. En efecto, pasquines diversos hacían esta acusación contra varios de los profesores de la Universidad, contándome entre ellos.

Pasquines como *El Mondrigo*, cuyo autor aún cobra regalías. Lo extraño fue que en esos mismos días recibí una llamada de un amigo en la Universidad de California así como de otro de la Universidad de Pensilvania, ofreciéndome ayuda y trabajo pues sabían, no sé cómo, que iba a ser aprehendido. No pedí asilo ni me fui, ni sucedió nada.

En 1969, tanto Luis Villoro como yo, habíamos sido comisionados por la Universidad para hablar con uno de los miembros de la comisión que debía haber dialogado con los estudiantes antes del 10. de octubre de 68, con el buen amigo Jesús Reyes Heróles, para pedirle su ayuda en la liberación de los presos de 1968, entre los cuales, especialmente Elí de Gortari, que sabíamos se encontraba muy enfermo. Nos recibió amablemente en sus oficinas de Petróleos en la Avenida Juárez. Me saludó, nos conocíamos desde 1945 en Buenos Aires, juntos habíamos sido correteados por la Montada represiva que utilizó el gobierno que antecedería a Perón. “Le leo, me dijo. En su último artículo repite la palabra Tlatelolco siete veces”. “Sí, le dije, porque Tlatelolco está allí y no se puede evitar hablar de él”. “Lo comprendo muy bien”.

Le explicamos la razón de nuestra visita. Nos escuchó con todo interés y nos dijo que era el presidente Díaz Ordaz el más interesado en poner fin a esta dolorosa situación. “El presidente lucha con toda su energía contra presiones que se le hacen para que esta situación se mantenga y se agrande”. “Se quiere desatar una violenta cacería de brujas. Entre ellas está usted, me dijo, así como otros muchos universitarios”. Pero el presidente ha rechazado estas presiones. “En los próximos días el presidente Díaz Ordaz se encontrará con el presidente de los Estados Unidos, Lyndon B. Johnson. Y sobre esto se hablará con energía”. Poco después de la entrevista, y antes de que Johnson entregase el gobierno a su sucesor, presentaba su renuncia el Embajador de los Estados Unidos en México ¿Simple coincidencia? No se sabrá nunca, como no se sabe nada de lo que motivó la terrible tragedia del 2 de octubre. El presidente Díaz Ordaz, al asumir la responsabilidad de esos hechos cerraba la posibilidad de su aclaración, impedía hacer justicia. ¿Soberbia? Luzbel dice, se transformó en Lucifer por soberbia. Quizá esto explique ese afán de auto-satanización. Y recuerdo aquí, que varios meses en 1966, después de la caída del doctor Chávez, recibí una invitación de la Secretaría de la Presidencia para platicar con el Presidente Díaz Ordaz, tal y como lo había hecho antes con su antecesor con el presidente Adolfo López Mateos. Platicar, así era hablar con franqueza. Me recibió en Los Pinos diciendo, “Aquí tiene usted al hombre más malo de México”. “No es para tanto, señor presidente, le contesté”. Sí, contestó, porque se dice que yo hice caer al doctor Chávez; pero usted sabe que no tenía necesidad de hacer tal cosa”. Después he recordado estas palabras que mostraban el temor a verse irrespetado y, con ellas, las de asumir la totalidad de una culpa y la que se escuchó al ser designado Embajador de México en España. Siempre la misma conducta; una conducta que sería fácil de manipular, con cualquier provocación, como al parecer sucedió. Pero nada de esto cambia ya la historia. Lo sucedido hace diez años es ya historia, una historia que ha de ser asimilada para que no envenene ya la sangre de esta nuestra nación. Realizar lo que reclamaron los jóvenes y otros muchos mexicanos en esos días, deberá ser el mejor homenaje a su sacrificio. No olvidar que el rencor es tan malo como la soberbia.

Recuerdos de un destiempo

Cada vez es más completa la información accesible acerca de cómo sucedieron las cosas entre enero y diciembre de hace más de diez años. El movimiento estudiantil de 1968 es objeto de estudio. Participantes y especialistas lo analizan y comparan, lo clasifican y obtienen conclusiones. Las actividades de organización, protesta o represión son explicadas en etapas que presentan divisiones más nítidas y son integradas en secuencias lógicas. Ahora, la dinámica entera del movimiento estudiantil encaja fácilmente en varias concepciones de lo sucedido y sus aleccionadoras consecuencias.

El movimiento estudiantil de 1968 se inicia en 1966, cuando coinciden (en la UNAM) tres acontecimientos de diversa significación política interna:

- la renuncia del rector Ignacio Chávez (la forma y su mensaje) como indicador claro de la fragilidad y debilidad de la estructura de gobierno universitario;
- la participación activa y amplia de los estudiantes en los asuntos de la universidad. Transformación del sistema representativo (rígido y no democrático) de las sociedades de alumnos en comités de lucha, y
- la decisión del rector Javier Barros Sierra de asumir los deberes y derechos que la Ley Orgánica le otorga.

Así las cosas, 1967 se convierte en el espacio principal del movimiento estudiantil. Espacio lleno de problemas internos, donde las soluciones "tradicionales": división y corrupción como ejes de control político; o la falta de representatividad y apatía explicadas como ingredientes de la condición estudiantil de la época, se desvanecen ante la actividad de los líderes y el apoyo (cada vez más consciente) de los grupos de estudiantes.

El movimiento es en círculo simple: demanda-respuesta-demanda. En relación con otros momentos de la vida cotidiana universitaria*, la diferencia se encuentra

en la respuesta. El rector acepta: los estudiantes no lo creen. El rector acepta: los profesores observan. 1967 se transforma en un tiempo diferente, un destiempo en el contexto general de la ciudad. El espacio de la universidad (campus, auditorios) empieza a llenarse.

Hay movimiento. Conferencias. Mítnes. Camiones secuestrados como instrumento de presión para lograr indemnización por un atropello. Direcciones "tomadas" por múltiples razones, casi todas fundamentadas. Exceso comprensible. Clases aburridas. Laboratorio político. Curso silvestre de organización. Cafés administrados por los estudiantes. Profesores enojados, líderes contra líderes, reivindicación de la representatividad. Movimiento en círculo simple: de abajo-arriba, de arriba-abajo. 1968 (hasta julio) es el sitio consolidado del movimiento. El momento de coherencia. Los estudiantes saben de su importancia en la vida universitaria. Conocen las leyes y los fines de la institución. Imponen soluciones como la Preparatoria Popular. La pelea no es con el rector, sino con lo limitado de la realidad. El presupuesto. Los planes y programas de estudio. Los exámenes. El ingreso. Las salidas laterales. El mercado de trabajo.

En 1968 (hasta julio) el rector ha resuelto la crisis de 1966 y la universidad empieza a utilizar de manera diferente sus órganos de decisión. Consejo Universitario y Consejos internos representan más a estudiantes y profesores.

¿Qué hubiera pasado sin el período julio-octubre? O mejor, ¿la UNAM de 1968 era irreconciliable con la vida cotidiana nacional? Agosto y septiembre son para el movimiento estudiantil tiempos de búsqueda de un espacio más amplio. Del auditorio a la calle a la plaza, del director al rector al presidente. Y el movimiento es, también, en círculo simple: demanda-represión, represión-demanda. La ventaja es de los estudiantes: activos y capacitados, sorprenden a los guardianes de la ciudad, desconocen a las autoridades menores y obtienen la simpatía popular. Para sorpresa de muchos, los líderes (en su con-

* Como el problema de los camiones.

junto) no se venden, ni se asustan.

Pero la ventaja significa (para los estudiantes) únicamente la posibilidad de llamar la atención. Su preparación requiere la aceptación de la autoridad para lograr objetivos comunes. Agosto y septiembre de 1968 son para los órganos represivos del gobierno una escuela, improvisada, de represión. La "toma de la universidad" es un ejemplo interesante de la incapacidad de la inteligencia militar para aprehender a los líderes y el 2 de octubre es muestra trágica, grotesca y terrible del uso de la fuerza por la fuerza. Puede discutirse el sentido político del NO gubernamental, pero el peligro mortal de la instrumentación de la negati-

va cae fuera del terreno de la razón*.

En la calle, la alternativa del movimiento es volverse popular, pero para ello es necesario toda una estructura de organización.

El destiempo del movimiento de los estudiantes, excepcional en el espacio de las escuelas, es incomprensible en las calles. Quizás por ellos los grupos de izquierda —con experiencia en la lucha social— participaban en los acontecimientos más por solidaridad que por convicción en la estrategia.

Quizás también, por ello, la incertidumbre y el pánico desarticularon (en octubre) al movimiento, con más eficiencia que la cárcel o la persecución.

"Para sorpresa de muchos, en 68 los líderes, en su conjunto, ni se venden, ni se asustan..."

La represión en 1968 es un destiempo hacia el pasado y se lleva con su fuerza lo logrado desde 1966. Los estudiantes en la calle el 10 de junio de 1971. La renuncia del rector Pablo González Casanova (su forma y su mensaje) es, otra vez, indicador claro de la fragilidad y debilidad de la estructura de gobierno universitario...

Los auditorios se vacían. La policía entra a la universidad. El presupuesto se incrementa. La población estudiantil crece. Nueva Universidad. Las relaciones son en círculo simple: gobierno-universidad, universidad-gobierno.

Pero los profesores, observadores en 1966, simpatizantes en 1968, empiezan a organizarse...

Claro está que quedan dudas. Casi siempre subsisten, cuando uno se preocupa por el tema, interrogantes sobre las variables y su peso en el conjunto.

* Compárese la represión a los estudiantes en París o Japón.



Movimiento hacia el presente

—¿Cuál fue, a tu juicio, la acción de los partidos políticos en el movimiento estudiantil de 1968?

—Mira, una cosa que se debe observar es que la situación de la izquierda en la Universidad, en 1968, era de una atomización bastante profunda, producto histórico de una serie de escisiones que se habían dado en el Partido Comunista y de la formación de nuevos grupos que se habían desarrollado bajo la influencia de la Revolución cubana, china, etc. La cantidad de grupos políticos que existían en la Universidad aquella época era verdaderamente impresionante; grupos como el AIRE, el PC, el Partido Estudiantil Socialista de Economía, los posadistas —de tendencia trotskista, grupos políticos espartaquistas, distintos grupos maoístas, etc. En verdad, una profunda polarización de la izquierda; las juventudes comunistas eran las que tenían mayor fuerza, pero ésta había disminuído bastante antes de 1968 debido a la forma en que había sido resuelto el conflicto universitario de 1966. Te acordarás que las peticiones que hacía el Consejo Estudiantil Universitario eran peticiones de un programa muy amplio, cuya problemática se desvió con la toma de la Rectoría que encabezó Enrique Rojas Bernal, dirigente máximo de las juventudes comunistas, sin previa con-

sulta al CEU. El movimiento se desvió hacia la discusión de la salida del Rector y resultó muy claro que Rojas Bernal, aliado con el grupo sinaloense encabezado por Leopoldo Sánchez Duarte, había sido responsable de ello y por lo tanto, de alguna manera habían “transado” la huelga. La consecuencia de esto fue el debilitamiento de las juventudes comunistas a través de escisiones fuertes y de pérdida de influencia en la base. Días antes de que comenzara el movimiento del 68, el Nuevo Grupo, que era un organismo amplio de las juventudes comunistas de la Facultad de Ciencias había tenido una escisión en la que participamos Gilberto Guevara, Estrada Medina, yo, etc.; y esto ocurrió también en muchas escuelas. Los grupos políticos, en su programa, por otra parte declaraban ser los representantes de la clase obrera, el partido de la clase obrera. Si tú adviertes el significado de las siglas de cada organización, aparece claro que de alguna forma se estaban planteando su transforma-

“El movimiento estudiantil fue un movimiento espontáneo, pero sus dirigentes no lo fueron.”



ción en el partido de la clase obrera. Esto planteaba una política hacia afuera de la Universidad cuya consecuencia era la de desatender la política interna de ella. La contradicción que vivían estos grupos consiste en que asumían la bandera del proletariado y sin embargo se nutrían de estudiantes y profesores. Esta situación, consecuencia de la represión al movimiento obrero de fines de la década del 50, en que la clase obrera se encontró sujeta a los organismos charros estatales, llevó a que los problemas políticos fundamentales durante la década de los 60s, fueran planteados por sectores medios urbanos, específicamente por el sector estudiantil; los problemas políticos más importantes se presentaron en las universidades y se nutrían de estudiantes, por lo que esta contradicción, de alguna manera insalvable, condujo a que en 1968 un número bastante respetable de delegados al Consejo Nacional de Huelga, o no pertenecían a ningún partido político o habían sido expulsados recientemente de ellos; también había en el CNH representantes de los grupos recién escindidos del PC o de aquellos que se habían formado bajo la influencia de las revoluciones cubana y china. Ahora bien, la forma en que se dirimió el movimiento, manifestó con bastante claridad la ausencia de un



verdadero partido revolucionario en México, con arraigo en la clase. Pablo Gómez, en la polémica que recientemente tuve con él en la Casa del Lago, explicaba la situación que se dio después del 2 de octubre en términos de que fue el terror lo que imperó; lo dijo textualmente. Si tú recuerdas, yo le respondí diciendo que de ninguna manera se pueden explicar los fenómenos políticos sólo y simplemente por el terror; si el terror fue lo que imperó después del 2 de Octubre, fue precisamente por la ausencia de un partido de masas revolucionarias que pudiera enfrentarse programáticamente a la política de la clase burguesa, a la política del Estado mexicano que trató de implantar el terror; el terror fructificó porque no había una política que pudiera responder frente a la política del Estado. No había un auténtico partido comunista con arraigo en la clase obrera. El 68 manifestó de manera nítida la grave crisis por la que pasaba el Partido Comunista Mexicano. Mientras el movimien-

“Ningún grupo político pudo imponer sus intereses sobre la situación que estaba viviendo el país, porque las decisiones se tomaban en conjunto por el Consejo Nacional de Huelga...”

to estuvo en auge, las decisiones políticas se tomaban en el CNH colectiva y democráticamente y se llevaban a las bases para su aprobación; las relaciones entre la organización y la base eran de bastante comunicación desde el punto de vista político; eran relaciones con flexibilidad, dentro de lo que cabe, porque evidentemente el CNH, por la forma en que estaba constituido, implicaba poca flexibilidad para la toma de decisiones políticas, era una organización de masas que se construyó en el calor de la lucha; también el pliego petitorio surgió al calor de la lucha, aunque las demandas ya habían sido planteadas de manera aislada por el movimiento estudiantil; había presos políticos y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales estaba en una huelga de hambre indefinida que se había desarrollado a finales del semestre anterior y que se había levantado porque Díaz Ordaz le había ofrecido a Demetrio Vallejo su libertad a cambio de que éste suspendiera su propia huelga de hambre. Al empezar el segundo semestre académico del 68,

Ciencias Políticas se puso en huelga y continuaban en ella cuando el movimiento estalló.

Las demandas tienen explicación histórica aunque el pliego petitorio haya sido elaborado en el curso de la lucha. Desde este punto de vista, —por el hecho de que las demandas surgieron del movimiento y no al revés— el movimiento fue espontáneo.

—Había dirigentes y grupos ya formados antes del movimiento y de la elaboración del pliego petitorio. ¿qué papel les atribuyes en la conducción de la base y, por lo tanto, en la elaboración del pliego petitorio?

—Desde mi punto de vista, los grupos políticos jugaron un papel muy importante en la política universitaria anterior al 68. En 1966 la estructura universitaria era bastante represiva: el artículo 84 de la Ley Orgánica de la Universidad era de alguna forma equivalente al 145 del Código Penal a nivel nacional; daba facultad al Rector para explulsar a un estudiante prácticamente por lo que aquél quisiera. Por otro lado, en la Universidad había un cuerpo de vigilancia que era también equivalente al cuerpo de granaderos fuera de ella. Estoy tratando de mostrar funcionamientos. Una de las funciones fundamentales del cuerpo de vigilancia era reprimir a los estudiantes que queríamos en aquella época hacer mítines y garantizaba la no impugnación cada vez que el Presidente de la República iba a inaugurar los cursos de la Universidad. Los directores de escuelas de ninguna manera facilitaban los auditorios para asambleas estudiantiles, etc. Fue en la lucha por democratizar la Universidad en donde los grupos políticos jugaron un importante papel; en los planteamientos que hicieron a principios de la década de los 60, en su política perseverante, en su victoria sobre la derecha y el MURO para la representativa de las sociedades de alumnos. En este trabajo de hormiga de los grupos políticos se desarrolló el movimiento estudiantil. Desde mi punto de vista, el movimiento es a mi juicio fue un movimiento de grupos políticos. En este movimiento se logró la desaparición del cuerpo de vigilancia, la derogación del artículo 84, el reconocimiento de las organizaciones estudiantiles de izquierda y una nueva política educativa bastante limitada, si tú quieres. En 1966 se logró destruir a las FUSAS (Federaciones Universitarias de Sociedades de Alumnos) que eran organismos “charros” de control tanto de la Rectoría como de las mafias políticas nacionales, por ejemplo los alemanistas. Guardando todas las proporciones, la FUSA en la Universidad y la FNET en el Politécnico eran la CTM, la CNC y la CNOP del país.

El papel que los grupos políticos jugaron en este proceso ha sido subestimado y poco reconocido por algunos compañeros “antigrupúsculos” furibundos, que sólo critican la política del grupo político, pero no hacen un análisis histórico que muestre las cosas positivas que los grupos hicieron en la Universidad. Sin embargo, es evidente que los gru-



pos políticos han jugado un papel negativo, sobre todo en los años de 1968-1971, debido a que cada uno de ellos trata de imponer sus puntos de vista programáticos al programa del movimiento estudiantil. Desde mi punto de vista, el movimiento estudiantil no ha podido transformarse, de un movimiento de oposición en un movimiento revolucionario, digamos, sin subrayar la palabra, porque ha sido incapaz de tener una organización nacional democrática y un programa nacional para todos los estudiantes. Sería muy interesante saber si las características del sector estudiantil hacen esto posible, porque haciendo un análisis del sector estudiantil, quizás lleguemos a la conclusión de la imposibilidad de una organización permanente de él. ¿Por qué? Porque en primer lugar, no constituye una clase social, aunque se ha tipificado su ideología como pequeño-burguesa. Yo creo que esta definición, desde el punto de vista político, es correcta, sin embargo también es importante la contraposición entre los intereses del movimiento y los grupos políticos como factor que ha traído consecuencias negativas.

Volviendo a tu pregunta, en la reunión del 29 de junio de 1968 entre las coordinadoras del Politécnico y la Universidad, participaban estudiantes que pertenecían a partidos políticos y que tenían además una historia política...

—Desde luego, se establece una dialéctica entre un movimiento de masas y su organismo dirigente en la cual las masas se dirigen a personas a quienes ya conocen por su participación anterior y que entran en esquemas que involucran aparatos y organizaciones políticas. Quisiera que describas el funcionamiento de esa dialéctica durante el movimiento de 1968.

—Es correcto lo que señalas. El movimiento estudiantil fue un movimiento espontáneo, pero sus dirigentes no lo fueron. Ellos no se formaron en el movimiento, sino en otros anteriores —el movimiento médico de 1965, la huelga de la Universidad de 1966, la lucha contra el MURO durante el primer semestre de 1968, etc. —Eran estudiantes que militaban en grupos políticos y que se formaron haciendo política en ellos. Otra gran aportación que los grupos políticos hicieron al movimiento fue sus dirigentes, aquellos que entendieron que era negativo tratar de implementar un programa para el movimiento estudiantil imponiendo sus puntos programáticos y que lograron tener claridad de que las luchas estudiantiles deberían reflejar los intereses estudiantiles.

—Es decir, más que la acción de los partidos políticos en sí, es la de sus miembros con mayor claridad.

—Exactamente eso es lo que te trato de decir, Gentes como Raúl Alvarez y Gilberto Guevara, en 1968 no militaban en ningún partido, pero se habían formado en la juventud comunista. Ahora bien, en el momento en que el movimiento iba en



ascenso, digamos hasta el 27 de agosto, ningún grupo político pudo imponer sus intereses o sus apreciaciones sobre la situación que estaba viviendo el país, porque las decisiones se tomaban en conjunto por el Consejo Nacional de Huelga; pero después de la represión del 2 de octubre, son los dirigentes del CNH que militaban en las filas del Partido Comunista los que ante la represión, la detención de la mayoría de los dirigentes del CNH, lograron imponer los puntos de vista del Partido Comunista.

—¿Piensas que hubo una política premeditada de detención de los dirigentes que no militaban en el Partido Comunista?

—No. Eso puede llevar a ideas incorrectas, como pensar, por ejemplo, que el gobierno metió en la cárcel a los que no eran del Partido sabiendo que éste “transaría” con aquél. Eso es falso. Lo que digo es que ante la dispersión y el encarcelamiento de los compañeros que desde mi punto de vista tenían mayor claridad política sobre el momento que se estaba viviendo y ante el hecho de que entre los dirigentes que quedaron fuera, muy pocos tenían experiencia política anterior, —la mayoría de estos pertenecía al partido Comunista— los que militaban en esta agrupación tuvieron mayores posibilidades de imponer sus puntos de vista en el CNH puesto que eran los que, en última instancia, estaban apoyados por un aparato partidario amplio. El PC fue la única agrupación organizada que quedó libre, los otros grupos quedaron muy golpeados debido a su pequeñez y a su infraestructura, muy endeble. El caso más claro de los compañeros del PC con experiencia de masas que lograron imponer sus puntos de vista es el de Marcelino Perelló.

—¿De qué modo el 68 incidió en la creación de nuevos partidos y grupos de izquierda, y en sus programas?

—Evidentemente, 68 trajo consigo un desarrollo político del país, bastante más fuerte del que existía antes. A partir de esta fecha, grandes núcleos y sectores de la población están interesados en la política y en la participación organizada en ella, puesto que en última instancia, la experiencia del 68 también enseñó la necesidad de construir organizaciones sólidas de la clase obrera en este país, así como de las clases subalternas. Yo decía recientemente en la Casa del Lago que el 68 es el movimiento más importante en la historia moderna de nuestro país. ¿Porqué? 1) Porque fue un movimiento político que enfrentó al Estado autoritario mexicano; 2) Porque fue un movimiento de masas y 3) porque fue un movimiento dirigido por la izquierda, independientemente de las corporaciones políticas de control del Estado. El carácter político-social de masas del movimiento provocó la politización de grandes núcleos sociales: estudiantes, padres de familia, profesores y otros sectores medios urbanos; por otro lado, el movimiento formó dirigentes que anteriormente lo habían

sido de grupos políticos y que tuvieron una experiencia de cuatro meses en una lucha política nacional, en la cual se vieron obligados a estudiar más la realidad mexicana, a estudiar la situación política, económica y social de México. Para resumir, el 68 transformó a dirigentes estudiantiles en dirigentes nacionales. Algunos ejemplos: El P.M.T. de Heberto Castillo; él era dirigente del 68 pero no se formó en ese año, él ya era hombre político con anterioridad, pero el movimiento fue para él una experiencia política de primer orden; participó como dirigente de la Coalición de Profesores de la Universidad en un movimiento de Envergadura nacional. El P.R.T. indiscutiblemente es un partido del que encontramos sus antecedentes en una agrupación estudiantil llamada GRUPO COMUNISTA INTERNACIONALISTA; este grupo universitario se ha transformado en un partido. Dentro del P.S.T. está —como dirigente— Rafael Fernández, que era miembro del Consejo Nacio-

“68 trajo consigo un desarrollo político del país y enseñó la necesidad de construir organizaciones sólidas de la clase obrera y de las clases subalternas.”

nal de Huelga representando a la Universidad Iberoamericana; se formó en 68. Rafael Talamantes era anteriormente dirigente de C.N.E.D. (Central Nacional de Estudiantes Democráticos) y había estado preso por su participación en el movimiento de Michoacán de 1966; también proviene del sector estudiantil. La conclusión de todo esto consiste en que la formación de dirigentes del movimiento de 1968 conlleva la creación de los nuevos partidos políticos que se han formado en México. El caso de Demetrio Vallejo es diferente. Pero lo sustancial consiste en advertir cómo 1968 politizó a grandes núcleos de la población y formó dirigentes que aprendieron con la lucha la necesidad de organizarse en ese país.

—Ahora bien, desde el punto de vista programático ¿cómo piensas tú que sería posible recuperar o incorporar el pliego petitorio del movimiento estudiantil en los programas del P.M.T., del P.S.T. o del P.C.?

Mira, desde el punto de vista programático de los partidos políticos que se han formado desde 1968 a la fecha la enseñanza real es la necesidad de



la participación de la clase obrera en la política nacional. 68, mostró con bastante claridad que un movimiento político de sectores medios urbanos está destinado al fracaso si no tiene clara la necesidad de vincularse políticamente a las clases fundamentales de la sociedad.

—Es decir, la ausencia de la clase obrera en 68 enseñó la necesidad de vincularse a ella.

—Exactamente. Enseñar la necesidad de crear partidos formados fundamentalmente por la clase obrera.

—Entonces el movimiento estudiantil respalda la tesis anterior a él acerca de la necesidad de formar un partido de la clase obrera y, en ese sentido, hay una línea de continuidad histórica.

—68 mostró claramente lo que Marx había señalado muchísimos años antes: La clase histórica es la clase obrera.

—El programa político de un partido abarca una serie de tareas a realizar, a nivel nacional, desde el

“La realidad nacional era muy poco conocida, y prueba de ello es que nadie previó la represión del 2 de octubre...”

punto de vista de la política, de la economía, de las reivindicaciones inmediatas, etc. Al nivel del programa económico de los partidos creados después del 68 ¿el movimiento influyó de alguna manera?

Indiscutiblemente el Estado mexicano es autoritario, es un estado burgués; como tal, es un estado de compromiso entre las clases que constituyen el bloque en el poder. El 68 de alguna manera mostró también que estos compromisos políticos son más o menos sólidos, dependiendo de la posibilidad de desarrollo económico que obtenga cada una de las fracciones que constituyen ese bloque, es decir, entre las clases que detentan el poder político y económico. Los sectores marginales — el proletariado — participan muy limitadamente en estos compromisos y cuando lo hacen, es a través de organizaciones de control de la clase obrera y los campesinos, por ejemplo la C T M y la C N C. ¿Cómo te explicas tú que el pliego petitorio del movimiento haya podido arrastrar a la cantidad de gente que arrastró? ¿cómo te explicas que en manifestaciones como la del 27 de agosto, de más de medio millón de personas, grandes sectores populares estuvieran presentes? ¿O la gran aceptación de los brigadistas en los barrios populares?. La gran cantidad de dinero que ellos juntaron venía



del pueblo, de la gente que metía su peso y sus dos pesos a los botes. Todo esto mostró la gran inconformidad social que existe en el país y la necesidad de desarrollar una política — por los partidos de izquierda — para exigir una distribución de ingreso más equitativa, más justa. Los partidos que han nacido de 68 pelean por implantar en México el socialismo, por tener un estado que represente a la clase obrera, por abolir la propiedad privada; pero éste es un objetivo a largo plazo y para lograrlo, para que los partidos ganen adeptos e incidan en los sectores marginales de la población y en la clase obrera, deben contemplar en sus programas, objetivos inmediatos y mediatos; los objetivos inmediatos que le dan fuerza a un partido, son objetivos económicos, y objetivos políticos democráticos que en este país siguen siendo una demanda permanente en tanto es permanente la represión del Estado hacia obreros y campesinos; los partidos deben luchar también por mejoras salariales, en

“El primero de septiembre de 1968 Díaz Ordaz señaló que el conflicto era ‘educativo’ y que el estado replantearía una nueva política educativa.”

contra del charrismo sindical y, en general, por una distribución del ingreso más justa y más libertad. 68 acabó radicalmente con el mito de la justicia social que venía enarbolándose desde el régimen de López Mateos. El famoso lema de que “México es el país de la justicia social” que involucraba términos políticos y económicos se acabó.

— *Quisiera que hablaras un poco más del C N H en cuanto a su composición, estructura, capacidad de liderato, capacidad programática, etc., que hicieras un breve análisis de lo que era el C N H como organismo político dirigente*

— En primer lugar el C N H fue una organización de masas, es decir, estaba configurada por aquellos representantes elegidos en las asambleas de las escuelas en huelga; si la escuela no estaba en huelga, no podía tener representantes en el C N H. Los representantes debían llevar al Consejo las decisiones de la asamblea de su escuela y llevar a su escuela las decisiones del consejo. Luego se relajaron estas relaciones entre la dirección y la base, se impusieron las decisiones de los grupos políticos. Esta estructura amplia del Consejo Nacional de

Huelga, en donde las decisiones políticas tomadas debían ser aprobadas por la base, le daba muy poca flexibilidad y agilidad para tomar medidas políticas inmediatas; esto se trató de subsanar nombrando una comisión política que, de todos modos, sólo podía tomar decisiones sobre ciertos puntos y no podía tomar decisiones que implicaran redefiniciones o puntos de vista que no hubieran sido tocados en las asambleas generales, cuando hablas de capacidad de liderato...

— *Me refiero a la capacidad de dirección de masas hacia los objetivos que planteaba el pliego petitorio, incluyendo desde luego a los presos políticos que habían caído durante el proceso del movimiento; en otras palabras la capacidad del C N H para dar claridad a la gente acerca de los problemas concretos que aparecían en el movimiento.*

— Yo creo que el C N H demostró suficiente capacidad para explicar a las masas la importancia del movimiento y las dificultades que se presentaron en él. Había distintos puntos de vista en el análisis que se hacía de la situación completa. Por ejemplo, ciertas tendencias sostenían — inclusive cuando el movimiento estaba en auge — la imposibilidad de triunfar, argumentando que los presos políticos eran un resultado casi natural de una formación social capitalista; o bien que el cuerpo de granaderos era una necesidad estructural del sistema y por lo tanto utópico pensar que lo quitarían; argumentaban también que artículos como el 145 eran necesarios para la estructura política de México, etc. Había otras corrientes que, sin negar esto, sí veían posibilidad de triunfo. La falla de ambas tendencias en C N H es que nadie previó los niveles a que llegó la represión. Desde este punto de vista el C N H no demostró mucha capacidad pero creo que esto también se explica históricamente; no es un problema de generación, desde luego, pero el promedio de edad estaba entre los 20 o 21 años. La mayoría de los representantes eran compañeros muy nuevos, que no habían participado nunca en una lucha política de la envergadura del 68. Además, éramos estudiantes que vivimos una etapa histórica en la que no se discutía mucho sobre la realidad nacional; otra de las consecuencias del movimiento es que todos los grupos se meten de lleno a estudiar la realidad nacional y nuestra historia.

En 1968, un gran número de dirigentes estudiantiles sabían lo que había dicho Lenin, sabían algo de lo que decía Marx, pero de Mariano Otero ni el nombre sabían, y de Justo Sierra sólo de oídas y eso porque Barros Sierra estaba en la Rectoría. Compañeros que podían hacer un análisis de Paquistán o de la Revolución Cubana, venían a descubrir posteriormente que en México había una situación de miseria y antidemocracia similar a la de la Cuba de Batista o a la de la China de Chiang Kai-shek. La realidad nacional era muy poco conocida y prueba de ello es que nadie previó la represión del 2 de octubre, no obstante que Díaz Or-



daz, en su informe presidencial había dicho: "llegaremos hasta donde tengamos que llegar". Nadie se imaginó hasta dónde se iba a llegar.

—¿Cómo era la lucha de tendencias en el CNH durante el periodo de ascenso y el descenso del movimiento?

—A pesar de que en el CNH estaban presentes casi todos los grupos políticos de la Universidad y el Politécnico, como señala el compañero Guevara Niebla, se formaron dos grandes tendencias una, que Guevara denomina la tendencia democrática y otra a la que llama vanguardista.

Esta era una tendencia que estaba constituida por casi todas las escuelas del ala de Humanidades de la Universidad.

La democrática estaba formada por la Facultad de Ciencias y casi todas las escuelas del Politécnico. Entre ellas se presentaron las mayores pugnas y ellas aglutinaron a los distintos puntos de vista sobre la forma de dirigir al movimiento y las expectativas de solución al mismo.

Ahora bien, la tendencia vanguardista sostenía la tesis que anteriormente te señalaba en el sentido de que era una utopía pensar que el gobierno mexicano iba a resolver el pliego petitorio debido a que el

movimiento era independiente de las organizaciones corporativas de poder del Estado; planteaba la necesidad de ampliar el pliego petitorio vinculándolo con el sector obrero e incluso llegó a la proposición de llamar a una huelga nacional de la una a las dos de la tarde, que es la hora de la comida para los obreros.

Te lo digo en serio, es verdad. La tendencia "democrática", sin negar el carácter autoritario y represivo del Estado mexicano, veía la posibilidad del triunfo en la amplitud y la importancia política que había tomado el movimiento, y la cantidad de sectores sociales que había aglutinado. Estas dos tendencias fueron los polos de atracción a los distintos grupos políticos y entre ellas se dieron los enfrentamientos más importantes dentro del CNH.

—¿Piensas que los capitalistas privados y el gobierno tuvieron una política común en 1968?

—Sí, la tuvieron. Si se hace un análisis de las discusiones que se dieron en la Cámara de Diputados y de las posiciones que asumieron los distintos partidos oficiales, aparece de alguna forma la ingerencia que tenía el capital privado. Evidentemente cada partido representa intereses de distintas fac-

ciones de clase, pero el PRI organiza esas diferencias, dentro del mismo aparato; es el organismo en donde se dirimen los conflictos políticos que se presentan entre las clases dominantes que constituyen el bloque del poder en México, de esa forma el Estado mexicano hace que las discrepancias se diriman dentro de los organismos de control del mismo. Entre los que exigían la caída del Rector Barros Sierra encuentras a representantes de la alta burguesía financiera del grupo Monterrey firmando desplegados. Ahora bien, indiscutiblemente había discrepancias entre las facciones burguesas acerca del modo en que debería ser dirimido el conflicto de 1968; algunos grupos sostenían que la solución debía ser política y en cambio otros mantenían la tesis de la mano dura, entre ellos el grupo Monterrey. Entre los grupos que planteaban una solución política del conflicto estaban los Zuno, de Jalisco. Esto muestra de alguna manera, que las distintas facciones del capital privado manejaban líneas diferentes, ya la solución política, ya la mano dura, es decir, la solución negociada de una facción y la represión de la otra. Estos grupos tenían sus representantes en el estado y en él encontramos funcionarios de ambas tendencias. El problema consiste en saber qué podían negociar los



partidarios de la solución política negociada, porque quizá no hubiera sido aceptado por los estudiantes.

—*Sería interesante saber qué individuos eran cabeza de estos grupos.*

—Han salido cosas; hay muchas mentiras, pero uno se da cuenta qué tipo de funcionarios pugaban por una solución política del conflicto; el caso de los Zuno fue público; el de Palancares se supo hasta 10 años después.

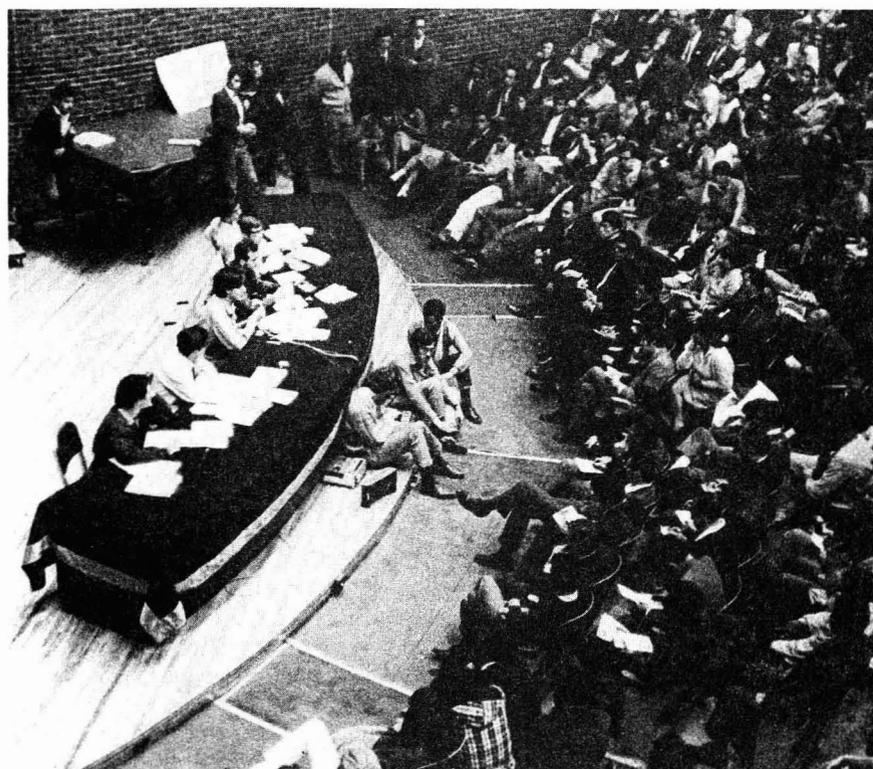
—*¿Cuál ha sido la política del estado con respecto al estudiantado y a los centros de enseñanza superior, después del 68?*

—El problema es interesante. EL 10. de septiembre de 1968 Díaz Ordaz señaló que el conflicto era un conflicto educativo y que el Estado replantearía una nueva política educativa. Esto nos explica de alguna manera porque, después del 68, los estudiantes plantearon problemas de tipo educativo; en el primer año de gobierno de Luis Echeverría, por ejemplo, se hablaba de que había que responder a la política educativa burguesa porque la amenaza había sido lanzada desde aquel famoso informe de Díaz Ordaz. Otro aspecto de la cuestión es que, hasta antes del 68, las políticas educativas eran impuestas por el Estado; posteriormente, los estudiantes también han propuesto políticas educativas alternativas a las del Estado. Ahora bien el aspecto más importante de la línea del Estado hacia la Universidad, es el que se refiere al presupuesto de ésta: después del 68 y especialmente en el periodo de Luis Echeverría, el Estado aumentó el presupuesto de los centros de educación superior. ¿Qué se buscaba con ello? Yo te decía hace un rato que los compromisos políticos deben estar sustentados en compromisos económicos.

Al canalizar recursos económicos hacia las universidades, se buscaba encontrar apoyo a la política del presidente; fue una forma en la que el Estado intentó reconquistar a la Universidad y a los intelectuales, un sector muy importante que se había pasado al bando de la izquierda, al bando que estaba pugnando por destruir al Estado burgués.

—*Y mayores subsidios significan mayores sueldos en la Universidad.*

—Claro, el aumento del subsidio garantizaba un sustancial aumento de salario a los profesores, de tal modo que con ésto se establecían condiciones materiales básicas para poder establecer compromisos políticos: por otro lado, este aumento garantizaba mayores posibilidades a los institutos de investigación y políticamente tendía al mismo fin. El aumento del presupuesto y su publicidad, trataba de mostrar que el nuevo gobierno se interesaba por llegar a un compromiso político con el sector estudiantil, que tres años antes había encabezado el movimiento político más importante del país. Esto es importante porque se debe tomar en cuenta que, antes del 68, las expectativas profesionales de los estudiantes se hallaban muy oscurecidas; el mercado de trabajo era muy restringido. El pro-



grama económico de Echeverría implicaba mayores inversiones extranjeras y mayor desarrollo industrial, lo que implicaba abrir fuentes de trabajo para una serie de estudiantes que habían terminado carreras y no podían ejercerlas. Por ejemplo, se abrió el Instituto de Investigaciones de Física en la Comisión Federal de Electricidad; se le dio más presupuesto al Instituto Mexicano del Petróleo y al centro nuclear de Salazar. Esto quiere decir que el Estado quería absorber a los sectores medio urbanos egresados de los centros de educación superior, que anteriormente tenían muy limitadas sus fuentes de trabajo; da empleo, mayores salarios, mayores posibilidades profesionales que, para los sectores medio urbanos, son goces fundamentales. Con esto se crea la base para establecer alianzas políticas.

Un nuevo gobierno, una nueva dirección del Estado que plantea nuevos proyectos económicos para el país, un nuevo modelo de acumulación, a la vez que se ofrecen posibilidades de desarrollo a los intelectuales y una política de acercamiento a ellos, fue la política que Echeverría decidió tomar para subsanar la grieta que se había abierto en 1968.

Esto de "grieta", "crisis de conciencia" y otras frases por el estilo que se dicen hoy, muestran que en este país la inconsistencia del lenguaje le da consistencia al sistema; es toda una retórica.

—O sea que el 68 influyó en la política económica del régimen.

—Claro que sí. La nueva política económica que Echeverría trató de implementar, contemplaba en su programa el dirigir el gasto público, en parte, hacia los sectores medio urbanos: ampliación de trabajo, de salarios, de servicios, etc.

Ahora bien, otro aspecto que debe verse en relación al problema educativo es el de la apertura de escuelas: se abren los colegios de Bachilleres, la Universidad Autónoma Metropolitana, los Colegios de Ciencias y Humanidades. Este último proyecto, particularmente, se les fue de las manos; no funcionó como el gobierno pensaba. A mi me parece que el proyecto del CCH no lo entendió la izquierda en un primer momento, así como tampoco el proyecto de la Universidad Abierta; esto se debe aceptar y autocriticarse, creo que es muy sano hacerlo. La UAM sí se pensó e instauró como una alternativa a la UNAM, debido a que ésta no garantizaba la formación del personal técnico adecuado para la industrialización del país y, además, se oponía ideológicamente al Estado.

Otra cosa importante que se desarrolló durante el periodo de Echeverría fueron los estudios superiores, es decir, las maestrías, doctorados, etc. El objetivo era construir una tecno-burocracia sólida para el Estado y elevar el nivel técnico que permitiera a la industria ciertos niveles de competitividad en el extranjero; de hecho, México exporta ahora calculadoras electrónicas para Suecia y otros produc-



tos manufacturados, en parte como producto de haber resuelto ciertos problemas técnicos de alta especialización, además, hay otros síntomas del cambio; anteriormente, la Facultad de Derecho era la fuente mágica que producía todos los funcionarios públicos. A partir de Echeverría se implementó una política muy seria para incorporar a la gente de Economía, de Ciencias Políticas, es decir, de las facultades que eran el núcleo de la política universitaria. Sería muy interesante hacer también un estudio de este problema.

—¿Podrías abundar un poco más acerca de la política económica del régimen? A mi juicio, has dicho cosas muy interesantes y valdría la pena redondearlas. —Mira, indiscutiblemente muchos de los proyectos planteados por Echeverría fracasaron, debido a la crisis internacional del capitalismo. Esta golpeó muy fuerte a la política económica que se quería imponer en México, porque aumentaron los costos de producción, no hubo posibilidades competitivas

“Hablar de grieta, crisis, y cosas por el estilo muestran que en este país la inconsistencia del lenguaje le da consistencia al sistema: es toda una retórica.”

en el extranjero, y todo eso llevó a la devaluación del peso. El proyecto quedó limitado, —no digo que fuera el gran proyecto, sino que representaba una alternativa frente al fracaso del famoso modelo de desarrollo estabilizador. La construcción del SELA, de la Naviera del Caribe, los famosos viajes de Echeverría a los países comunistas, etc., buscaban indudablemente mejores condiciones de negociación con el imperialismo. Se pensaba dar un fuerte desarrollo industrial a México y ya ves los resultados a los que se llegó. Otro aspecto importante del periodo de Echeverría fue la expectativa de los sectores rurales, la repartición de tierras y las movilizaciones campesinas en Sonora y Sinaloa, en las que los estudiantes jugaron un papel importante y también —hay que decirlo— un papel negativo, porque trataron de llevar el radicalismo universitario a los sectores campesinos, cosa que no se puede imponer; finalmente el movimiento campesino de Sinaloa fracasó y en última instancia quien lo asimiló fue el gobernador del Estado. Con todo, es im-

portante señalar la tendencia del movimiento estudiantil, después del 68, a vincularse con los sectores obreros y campesinos.

—Respecto al movimiento obrero y campesino, ¿tiene alguna relación su desarrollo durante el periodo de Echeverría con el movimiento del 68?

—Indiscutiblemente. El 68 demostró que se puede luchar contra el Estado mexicano; lo que falta es demostrar que se le puede ganar. Hasta ahora, los movimientos políticos más importantes que han ocurrido después del 68, el gobierno los ha asimilado o reprimido. Las primeras movilizaciones obreras, las que ocurrieron por el problema del SUTERM, tomaron al movimiento estudiantil capitalino en crisis y no fue posible instrumentar una solidaridad orgánica hacia ellas.

—¿Tú crees que hubiera sido decisiva?

—Es muy difícil especular en esa forma, pero es indudable que no se negocia igual con grupos estudiantiles aislados que con un movimiento estudiantil nacional organizado. Lo que quedó claro, es que Echeverría deseaba remodelar el aparato “charro” porque éste no servía para el nuevo proyecto económico, lo que provocó la amenaza de Fidel Velázquez de levantar a los obreros de la CTM incluso en armas. El propósito de la remodelación era el de garantizar una estabilidad social para las inversiones, que estaba amenazada por la lucha contra el charrismo y por la situación tan crítica en que había quedado el país después del 68. Los grandes capitalistas no invierten en países en donde hay una situación explosiva y era esencial mitigar las contradicciones para acelerar el desarrollo industrial y el incremento de empleos y salarios.

El fracaso de Echeverría en este propósito, demostró que los organismos de control charro no son organismos de papel, aunque la violenta crisis del capitalismo internacional, y el descenso del nivel de vida de la clase obrera hacen que este aparato se vea amenazado por el movimiento de masas que, a diferencia del 68, estaría ahora planteado por la clase obrera.

—¿Esa perspectiva la ves a corto plazo?

—Es difícil especular en ese terreno. Lo que yo te diría es que las condiciones se ponen cada vez más difíciles y que puede esperarse un movimiento fuerte en este país.

—Bien, ¿y con los intelectuales?

—Una cosa muy importante es la siguiente: en 1968, los intelectuales se definieron a favor del movimiento estudiantil, que, a mi juicio, se transformó después en un movimiento popular. Sin embargo, la apertura democrática de Echeverría logró conquistar a algunos intelectuales que ya estaban de este lado. Por ejemplo Carlos Fuentes, Fernando Benítez, incluso el maestro García Cantú. Muchos de ellos se han dado cuenta que la famosa apertura fue más un mecanismo ideológico que de política real.

Ahora bien, también es cierto que la izquierda



fue en un momento dado incapaz de retenerlos. Un ejemplo concreto: cuando ocurre la represión del 10 de junio, Echeverría inaugura de alguna forma su política de apertura democrática y el movimiento estudiantil define como su principal enemigo al reformismo; si la apertura llevaba el objetivo de reconquistar a sectores importantes de los intelectuales, la lucha contra el reformismo significa empujar a los intelectuales para que se vayan. El movimiento estudiantil no definió una política adecuada para conquistar a los intelectuales: más bien fue a la inversa. Hacer política —decía Lenin— es ganar voluntades; si no lo hace la consecuencia es el fortalecimiento del Estado, para el que los intelectuales juegan un importante papel.

—Yo encuentro que los intelectuales rusos, en buena parte, también estaban en contra de la política de Lenin.

—Sí, pero yo estoy hablando del movimiento estudiantil.

—Sin embargo, yo no diría que fue la lucha contra el reformismo en sí, lo que expulsó a los intelectuales, sino la forma en que estaba planteada, de un radicalismo mal entendido.

—Sí, a eso me refiero. Pero fíjate que ahora los intelectuales están regresando a nuestro campo. Me da gusto, en lo personal, como también a ciertos sectores de la izquierda, ver que compañeros intelectuales están asumiendo posiciones bastante claras en la política, dentro de lo que cabe. Ahora bien, no hay que meterlos a todos dentro del mismo saco; hay intelectuales que siempre han sido consecuentes. No es lo mismo hablar de Carlos Fuentes que de José Revueltas. Otro caso es el de Elena Poniatowska, que es una intelectual mexicana que nunca ha coqueteado con el Estado. De hecho, otros intelectuales han tenido un papel muy importante por medio de la prensa, de sus libros, etc. Ellos son importantes en las luchas legales que se dan en países como México; las declaraciones de un García Márquez tienen un peso internacional, así como las de un Benedetti. En última instancia, el proceso revolucionario es totalizador y se observa en distintas actividades culturales, sociales; en el cine, la literatura etc. Películas como *Canoa* o *El Apando* tienen una influencia indudable. En el caso de *El Apando*, la película no reflejó lo que Revueltas señalaba en su novela, en su ensayo, pues falsea el problema del tráfico de drogas; Revueltas planteaba el problema correctamente.

Yo creo que en 1968 los intelectuales jugaron un papel muy importante. En los manifiestos, en su participación en la Coalición de Profesores, etc. Como consecuencia de ello, a muchos se les persiguió y encarceló. Algunos de ellos están definitivamente en las filas de la izquierda; otros titubean. De todos modos, creo que es importante para las organizaciones de izquierda el acercamiento hacia los intelectuales porque, entre otras cosas, les proporciona un cierto tipo de protección política.

Impresiones de un fragmento de biografía

Todo acto social debiera tener la obligación de conservar, preservar y a veces hasta difundir las experiencias vividas para ir integrando la memoria social. Si no para todos cuando menos para sus nietos, o alumnos o amigos. Esta obligación debería de ser mayor, para quienes usufructuando parte de la plusvalía, hemos dedicado "nuestros años de estudio" a las Ciencias Sociales. Lo que además de convertirlo a uno en "testigo de la historia", lo obliga también a ser el que explique racional y "científicamente" lo que ha visto, obligación que por otra parte los sociólogos se han atribuido a sí mismos.

Casi todos hemos comenzado por escribir pequeños diarios íntimos, en donde recogemos emociones, en donde relatamos lo que más nos impresiona, lo que más se ha sentido al final de uno o varios días y que leído con el paso del tiempo, refleja los cambios de emociones, de sentimientos, las relaciones sentimentales, los amigos, y en un lejano panorama y a manera de escenografía el desarrollo histórico de los acontecimientos nacionales e internacionales.

Luego le parece a uno que todo eso es francamente muy elemental, si no es que hasta cursi, y que seguramente el hecho de que el día posterior a la manifestación silenciosa uno se peleó con la novia, carece de interés para cualquiera, excepto para la novia y uno. Es entonces el momento de elaborar un "marco teórico", de ir a la hemeroteca; de elaborar fichas con el desarrollo cronológico de los acontecimientos; de hacer un análisis de contenido de los editoriales publicados en esos momentos, de revisar exhaustivamente toda (o la que se encuentre al menos...) la bibliografía sobre el acontecimiento o de hacer entrevistas con los principales testigos, de elaborar (si se puede) una encuesta, de hacer correlaciones, sacar conclusiones y presentar una tesis de cualquier nivel, aprobarla y luego publicarla. Así habría cumplido con la doble función de testigo y científico y además se habría ganado un título.

Y eso fue lo que hice, salvo publicarla, pues en el

examen profesional me dijeron que sería conveniente corregir esto y lo otro, y luego pasó el tiempo y comencé a trabajar y descubrí que me gustaba más la tradición oral y he contado desde entonces a todos mis alumnos mi versión de 1968 semestre tras semestre.

Pero ya han pasado diez años y se han publicado varias cosas más, entre ellas una muy buena tesis de Sergio Zermeño, una espléndida novela de Luis González de Alba, conmovedores testimonios de Elena Poniatowska, deliciosas y agudas páginas de Carlos Monsiváis, imaginativas y profundas reflexiones de Octavio Paz y decenas de testimonios y análisis, entrevistas y artículos de miembros del Consejo Nacional de Huelga o de algunos que no fueron ni siquiera a una manifestación o brigada pero que hablan de "su participación y por supuesto, cientos de páginas de mentiras e invenciones de quienes escriben por comisión y que nunca han entendido nada ni les interesa comprender, y sólo desean condenar a todo aquél que pretenda el más mínimo cambio en la sociedad, descubriendo conjuras chinas, rusas, cubanas, de la CIA, de los echeverristas.

Los más grave es que han tenido que que pasar diez años para que los que participaron del lado estudiantil hablen y que seguramente deberán pasar otros diez años para que los funcionarios públicos responsables y actores en esos acontecimientos, si no se han muerto para entonces, se decidan a hablar y aún así correremos el riesgo de que se hable en términos tan vagos que no se entienda nada y se confundan más las cosas. Así que seguramente un joven sociólogo historiador hará su tesis sobre el cincuentenario del 68 y por fin comenzarán a entenderse las cosas.

Pero el problema fundamental es que lo que sucedió en 1968 fue producto de acontecimientos que comenzaron mucho antes y sus consecuencias ya en 1978 han comenzado a convertirse en parte de la historia moderna de México y que la cabal com-



presión de las determinaciones políticas que hoy están conformando el futuro de México, están estrechamente ligadas a esos acontecimientos. De ahí la necesidad de un análisis más riguroso y de que se sigan haciendo trabajos sobre ese y muchos otros temas de la historia reciente de México. Es muy significativo que diez años después, la mayoría de los dirigentes estudiantiles sigan sosteniendo que las banderas esenciales, aunque no explícitas, del movimiento de 68 siguen siendo válidas y que siguen luchando por ellas; y que incluso, los mismos columnistas políticos de aquella época, sigan repitiendo las mismas estupideces y mentiras de aquel entonces, sólo que ahora aprovechándolas para atacar uno de tantos productos indiscutiblemente consecuencia en gran parte de 68: la reforma política y el surgimiento de nuevas fuerzas políticas en el país.

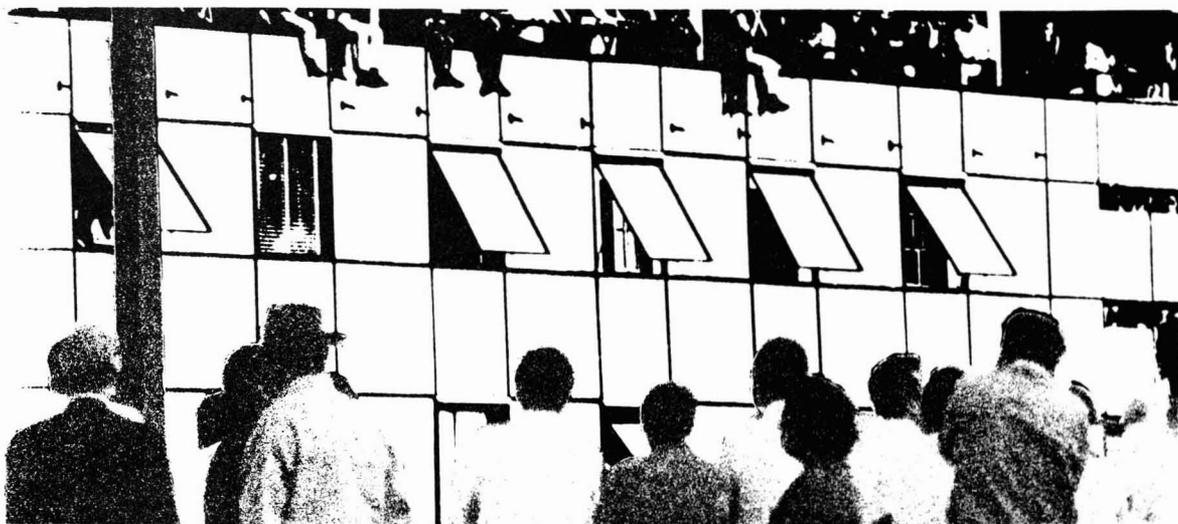
Todo esto no quiere decir que aquí se pretenda hacer la gran explicación de 68, ello será sin duda una tarea colectiva en la que habrán de seguir colaborando el talento y los testimonios de muchos más, algunos de los cuales ni siquiera han nacido aún. Pero sí tengo la necesidad de expresar lo que ahora siento sobre un acontecimiento que marcó mi biografía de una manera indeleble y que continúa siendo razón de preguntas de la gran mayoría de quienes lo vivieron. Por supuesto que hay el peligro de que el hecho de haber sido parte de un "pedazo de la historia", lo haga a uno sobrestimar su importancia para los demás y para la propia biografía; sin embargo creo que una experiencia como la del "2 de octubre de 68" no puede ser indiferente para nadie. No sólo por el costo político o militar, sino por el costo vital y social que implica tener que asesinar para preservar el orden social. Aquí me intereso más por añadir al anecdotario de 68 algunas de mis vivencias que por el análisis científico, que deberían sumarse a las de cientos o miles más.

El 26 de julio asistí, como desde que había entra-

do a Ciencias Políticas, a la manifestación que conmemoraba el inicio de la Revolución Cubana. Fue una manifestación poco numerosa y estaba a punto de terminar el mítin desarrollado en el Hemiciclo a Juárez, cuando alguien dijo que un grupo se dirigía al Zócalo y que los perseguían ya los granaderos. Alcancé a ver que estos últimos entraban a Madero y corrí en compañía de algunos amigos a intentar conocer o avisar a los estudiantes del Poli del peligro que corrían.

Obviamente era un esfuerzo inútil. Casi al llegar al Zócalo sobre Madero, había un montón de zapatos apilados en medio de la calle. En pleno Zócalo había escaramuzas de estudiantes y granaderos. Nos refugiamos en los Arcos, pero sentía una impotencia y una rabia incontenibles. Enfrente de mí había un camión de granaderos, tomé un pedazo de tabique y lo aventé. Mi mala puntería evitó que golpeará a un policía y la agilidad de Guillermo Boils me salvó de un macanazo que otro granadero me iba a dar por atrás. Corrimos hasta Bolívar y luego perdí a Guillermo. Seguí por Cinco de Mayo, les avisé a mis hermanas por teléfono lo que estaba sucediendo y les sugería que no asistieran esa noche al Palacio de Bellas Artes a ver a Paul Taylor. Un grupo de estudiantes venía corriendo por cinco de Mayo perseguidos por los granaderos, corrí con ellos y al llegar frente a la Alameda vi que otro grupo de jóvenes, rompía las vidrieras de algunos establecimientos comerciales. Al regresar más tarde por Av. Juárez, vi que se habían robado lo que había dentro. Encontré a otros amigos, me tomé una cerveza con ellos y me fui a dormir. Toda la noche estuve pensando si acontecimientos como los que había visto podían quedar impunes, pensé que algo iba a pasar, pero por supuesto nada de lo que pasó después.

El 27 en la noche estuvimos en los alrededores de la Preparatoria hasta las once de la noche, vimos los autobuses quemados y logramos entrar hasta la prepa, en donde los estudiantes se preparaban a re-





cibir una nueva embestida de la policía la que aparentemente se había retirado. En la madrugada me avisaron que habían destruido la puerta de la prepa con una bazuka y lo corroboré en la T V. Para entonces ya había reuniones en C U y se comenzaban a organizar los estudiantes.

En reuniones en un Salón de Filosofía el CNH nacía. Cuando se izaba la bandera en señal de luto por la violación de la autonomía y en la marcha encabezada por el Maestro Javier Barros Sierra, la que muchos radicales y/o estúpidos calificaban de mediatizadora, comprendí lo que quería decir *valor cívico*. Después creo que estuve en casi todo lo que pasó y por un azar siempre en lo más importante y con una suerte envidiable. Me convertí en el chofer del Comité de Lucha de Ciencias Políticas y en cada manifestación, mi Borgward gris encabezaba el contingente de Ciencias Políticas. Una vez le abrimos el paso a los autobuses que llevaban a los estudiantes a la manifestación en Antropología,

“Lo que sucedió en 68 fue producto de acontecimientos que comenzaron mucho antes, y sus consecuencias, ya en 1978, han comenzado a convertirse en parte de la historia de México...”

con banderas rojas y la mexicana de los exámenes profesionales de la Escuela. Los policías de tránsito

nos daban el paso y nos sentíamos dueños de la ciudad. Hicimos pintas, algunas todavía aparecen cuando se cae la pintura que les pusieron encima, repartimos volantes, trabajamos todo el día y aunque todo parecía en calma, creo que todos sabíamos que eso no podía durar mucho y que algo iba a pasar.

La familia sin entender mucho lo que pasaba, igual que todos, nunca creó obstáculos y al contrario, cuando todo se complicó, fue la clave de que me hubiera salvado de la cárcel. Después del dos de octubre, por ejemplo, ingenuamente enterraron en el patio de la casa un montón de volantes y carteles que coleccionaba. Seis meses después los desenterramos. Mi novia de aquel entonces tampoco entendía muy bien lo que pasaba y acabamos “tronando” un rato. En diciembre nos reconciliaríamos (previa llamada el 2 de octubre para saber que no había ido al mítin de Tlatelolco y por supuesto una novia del movimiento...)

Obviamente que no todo iba a seguir igual y el 27 de agosto después de la fantástica movilización, cuando iba hacia mi casa, cerca de las once, al pasar por el cuartel de Guardias Presidenciales en la Calzada de Tlalpan, vimos que salía un convoy militar con rumbo al centro. Di vuelta en el viaducto y decidimos seguirlo, se estacionaron atrás del Palacio. Cuando entramos al Zócalo, estaban exigiendo por el sonido del informe, la salida, al mismo tiempo que por 20 de Noviembre entraban las patrullas muy ordenaditas. Subieron en mi coche unas mantas y unos palos y salimos al mismo paso de todos, hasta Bucareli en donde me estacioné. Unos periodistas de El Universal nos gritaron “alborotadores” y les contestamos “vendidos”, un grupo se enfrentaba con un tanque y un camión del ejército, ante la mirada impávida de Cristóbal Colón.

El día del desagravio, regresaba de dejar a S. en la Cuahtémoc y decidí ir al Zócalo. Dejé el coche en Pino Suárez; un hombre herido estaba en una



zapatería, la gente corría y se escucharon balazos. Las cosas habían cambiado. La ciudad había dejado de pertenecer a sus dueños originales y volvía al "orden".

La participación en ese momento era muy activa: las asambleas en la escuela se llenaban y los profesores participaban mucho. El esfuerzo mayor era por racionalizar las demandas haciendo posible el diálogo. Entonces sólo participaba como brigadista, la representación de la Facultad estaba en la Presidencia de la Asociación de Alumnos, que yo había perdido en la elección interna de la alianza de grupos de "izquierda" de la Escuela. Pero como Becario del Centro de Estudios Latinoamericanos tenía derecho a asistir a las reuniones de los profesores y platicaba mucho con algunos de ellos. Esto me permitía tener una visión más amplia de la situación. Comprendía que la demanda del diálogo público era inaceptable para el gobierno, pero estaba convencido de la justeza de las demandas de los estudiantes. La moral cristiana y las clases de civismo que habían formado mi conciencia, me hacían pensar que todo abuso de poder debía ser castigado, más cuando era tan obvio que la fuerza estaba de parte del Estado y la debilidad de los estudiantes. La violencia que había visto me asustaba y sabía que no podía prolongarse por mucho tiempo esa situación de aparente dominio estudiantil, pero ante las proporciones del CNH, de intensificar la actividad de las brigadas y nuevas manifestaciones, tampoco veía yo que a mí o a otros se les ocurriera algo mejor. Me desesperaba la ignorancia y la inconciencia de muchos de los estudiantes que no sabían ni siquiera quiénes eran los funcionarios del gobierno que tenían que ver con el asunto y no parecían percatarse de que a medida que pasaba el tiempo, las cosas no iban a favorecerles. Algunos idiotas inútiles pensaban que sería bueno que entrara el ejército a la C U para que la "pequeña burguesía" advirtiera el carácter represivo del Estado. Ya se sabe que fueron complacidos.

El día que entró el ejército a C U, hubo un mitin en una colonia aledaña, luego me fui a casa, llegando ahí Julio Labastida, me avisó que el ejército estaba en C U. Nos pasamos toda la noche en casa de Margarita Suzan, pensando qué podíamos hacer. No hicimos nada.

De ahí en adelante participé mucho más activamente y junto con otros compañeros pasamos a representar a la Escuela en el CNH, porque el Presidente de la Asociación de Alumnos, Romeo González, había sido apresado. Saldría años más tarde.

Al día siguiente en la noche, fui con M S al Casco de Sto. Tomás. Pasamos sin percatarnos en medio de una balacera; había policías tirados en el suelo disparando hacia las escuelas. Algunos jóvenes de colonias vecinas, juntaban gasolina, trapos y botellas para hacer bombas molotov para apoyar a los estudiantes cercados. Nos conmovió su solidaridad espontánea, ninguno de ellos era estudiante. Nos reuníamos en Casa del Lago, junto con las autoridades y me tocó entrar con el Director de la Escuela el día que la entregó el Ejército. Ciertamente las instalaciones no estaban en condiciones óptimas cuando estaban en manos de los estudiantes. Un cuadro que estaba en la Dirección había sido pintarrajeado por uno de los más famosos líderes del Movimiento; pero los destrozos que hizo el Ejército en Ciencias Políticas, fueron brutales. Todos los expedientes de los estudiantes estaban regados por el suelo, lo mismo que los archivos de la Facultad. Varios cubículos, los cuales jamás habían sido abiertos por los estudiantes, tenían las puertas arrancadas.

El 2 de octubre asistí con mi hermano y M S al mitin. Estacionamos el coche frente a la vocacional. Fuimos a buscar a un compañero de la Escuela que era orador en el mitin. Subimos con él al tercer piso del edificio Chihuahua. La asistencia no era muy numerosa y estuvimos ahí un buen rato. Luego nos dijo que nos bajáramos porque había muchos guaruras. Lo hicimos y nos quedamos en el





ángulo norte de la plaza, en las orillas. De repente vimos el helicóptero y las luces. Oímos disparos y comenzamos a correr. Nuestro compañero corrió detrás del edificio, nosotros, agarrados de la mano, hacia Manuel González, nos encontramos con soldados que con la bayoneta preparada parecían tan asustados como nosotros; nos dejaron pasar, pero más atrás había otra fila que ya no dejaba salir. Nos metimos a un edificio y comenzamos a tocar puertas. Para entonces éramos ya varios. Una puerta se abrió pero ya no pudimos entrar. Finalmente una mujer, cuyo nombre y dirección lamentamos toda la vida no recordar para agradecerle su generosidad, nos abrió. Eramos como diez personas. Escuchábamos el ruido de las ametralladoras, pero no podíamos ver nada. Llamamos a nuestras casas, prometiendo llegar a la brevedad. Nos ofrecieron pan para el susto y a las ocho, después de deshacernos de todo lo que nos identificara como estudiante, (insignias del movimiento, botones con el retrato del Che, etc.) y con una bolsa para el pan, salimos los tres. Caminamos con miedo hasta Manuel González, había una fila de tanques, seguimos hasta la glorieta y nos subimos al primer camión que pasaba. Aparentemente el resto de la ciudad seguía su vida normal. Llegamos al Zócalo que está lleno de agentes de la secreta. Nos tomamos un café con un amigo que tenía un negocio por ahí y me recordó que ya me había advertido lo que iba a suceder. Fuimos a nuestras casas; nos pusimos a ver en la T V. lo que había pasado. Una película impresionante nos lo mostró. Siempre me he quedado con la sensación de que algo deberíamos haber hecho esa noche. Romper vidrios de Bancos, gritar en la calle algo, pero la impresión nos paralizó.

Al día siguiente me corté el pelo, me vestí de traje y sin decirle nada a mis padres me lancé a recuperar mi auto. Con MS y mi hermano nos presentamos en Tlatelolco. Mi cédula de Hacienda me identificaba como empleado del mismo negocio a nombre del cual estaba registrado el coche. De esta manera

me hice pasar como agente de ventas que había sido sorprendido por los acontecimientos y que se había visto obligado a dejar un auto que no era suyo ahí. El coche tenía dos llantas pinchadas y estaba rayado con una bayoneta. Habían puesto "pinches estudiantes, el ejército es su padre" e "hijos de puta" o algo así. Me condujeron con un oficial que estaba en un edificio. Me pidió los papeles, los revisó y dijo que podía llevármelo, nada más que lo catearan. Cuando abrí el coche, metí la mano en la cajuelita y saqué unos cigarros junto con unos retratos del Che. Casualmente el día anterior mi hermana había limpiado el coche y había sacado toda la propaganda que solía traer en él. Le cambiamos las llantas y cuando salíamos nos volvieron a llevar con el oficial, el soldado que nos había estado vigilando todo el tiempo, le dijo que el coche tenía pegada una calcomanía del movimiento. Le dije al Gral. o lo que fuera, que estaba por fuera y que seguramente habían sido los estudiantes. Me dejó ir, cuando subí al coche me dijo el soldado que la calcomanía estaba pegada por dentro, le dije que gracias y nos fuimos. Llegando a la casa se la despegué, después de haber sido regañado por mi osadía. Creo que tenían razón.

A los dos días nos fuimos a Acapulco a un departamento de un tío de MS. Eramos cinco. Llovió todo el tiempo. A los tres días, MS, Javier Molina y yo decidimos regresar a México. Los otros compañeros se fueron al sureste. Estaban y se sentían más comprometidos que nosotros y tenían miedo de ser detenidos.

Al día siguiente nos integramos a la Escuela y por ser los únicos del Comité de Lucha que quedábamos, asumimos la representación de la Escuela. Nos ratificó una asamblea minúscula de treinta o cuarenta gentes. Los de Economía nos invitaron a asistir a una reunión con los representantes gubernamentales en casa de Andrés Caso. Se trataba de reiniciar las pláticas. Las reuniones del CNH eran en el Poli casi siempre y eran larguísimas. Nos ins-



cribimos en la comisión que buscaba dar apoyo a los compañeros presos y obtener su libertad. En tal calidad asistíamos a las reuniones con Caso y De la Vega. De la discusión sobre las demandas se pasó rápidamente a una serie de reuniones que básicamente tendían a garantizar que no íbamos a interrumpir la buena marcha de la Olimpiada y a convencernos de que la única manera de lograr la libertad de los compañeros, era que regresáramos a clases. Advertí como otros compañeros, que los marcos de negociación que tenían los emisarios presidenciales eran muy estrechos y que se movían con tan mala información como nosotros. Sólo que a veces de signo contrario. Muchas veces advertí sobre todo al final de noviembre su desesperación y su deseo de comprender lo que había pasado, aunque fuera para juzgarlo desde perspectiva. En todo caso ni ellos ni nosotros parecíamos poder hacer nada para cambiar acontecimientos que ya habían pasado y sólo tratábamos todos de evitar que se volvieran más trágicos y definitivos. A diez años de distancia, creo, y estoy seguro que ello lo comparten muchos amigos que lo vivieron, esas pláticas no fueron inútiles. Abrieron la posibilidad de un arreglo que no estuviera en manos de la violencia y que salvaguardó la libertad de muchos jóvenes, y quizás sus vidas, pues el asesinato de un joven que pintaba una pared a manos de un policía, evidenciaba el clima que otros buscaban. Lamentablemente no pudimos hacer mucho por los que estaban en la cárcel y sólo se liberó a un número muy pequeño que más tarde sería compensado con nuevas detenciones en 1969.

En esas negociaciones se comprometió a veces el prestigio porque nos vimos obligados a aceptar a hablar con los Procuradores. Una vez, en una reunión que se suponía privada entre la Comisión Prolibertad de los detenidos y el Procurador General nos sorprendieron la prensa y la T.V., delante de la cual, a través mía, los estudiantes fuimos amonestados y regañados en un discurso chantajista hipó-

crita y demagógico por el procurador. Luego fui regañado y amonestado por mis compañeros.

Por esos días, en el grupo de Ciencias Políticas, después de largas discusiones con otros compañeros, decidimos llevar al CNH, la proposición del regreso a clases. Para entonces ya las brigadas casi no funcionaban, las escuelas estaban vacías y durante las Olimpiadas, que yo aborrecía sobre todo cuando la gente coreaba "México, México", grito que meses atrás había identificado al Movimiento (aparte de todo nunca me han gustado los deportes), a veces las reuniones del CNH se terminaban rápidamente porque "va a jugar México"...))

El regreso a clases en ese momento lo concebíamos algunos como una posibilidad de preservar la organización de los estudiantes que había producido el movimiento. Esperanza que rápidamente se esfumó, pues a los tres días que se regresó a clases comenzó una cacería de brujas y por ejemplo, bajo la acusación de haber representado espuriamente a la Escuela en el CNH, fui expulsado del Comité de Lucha por una serie de compañeros que a partir del 18 de septiembre jamás había yo visto.

La primera vez que se iba a votar el regreso a clases en el CNH, llegó una comisión de madres de estudiantes encarcelados que nos exigían seguir en la lucha. Por supuesto perdimos la votación. Más tarde la ganamos junto con la proposición de elaborar el manifiesto dos de octubre, que redactamos en casa de MS, luego de interminables discusiones, mientras parte de la comisión veía la T.V.

Después, sólo seguí participando en la Comisión por la Liberación. Recuerdo que el 26 de diciembre nos citó el Subprocurador Franco Rodríguez, no encontré a nadie de la Comisión y fui solo. Me dijo que ya no habría más liberaciones, me preguntó que qué había pasado y me contó de su "amistad" con Elí de Gortari. Salí de ahí, el Zócalo estaba vacío, intenté invitar a una amiga a salir. No le dieron permiso. Creo que me dormí hasta el 1o. de enero de 1969.



Sergio Zermeño: La utopía castigada

A diez años de distancia, el análisis del Movimiento estudiantil de 1968 ya no puede aceptar la parcialidad, el anecdotismo o las mistificaciones que lo han rodeado y enviciado; entre la salvaje represión gubernamental al movimiento popular más vigoroso de los últimos veinte años y hoy, median los desesperados intentos del gobierno por incorporar a su maquinaria institucional el lenguaje y los miembros destacados de la lucha, hay el torpe afán de domesticarla definiéndola como "crisis de conciencia", hay una distancia cronológica, una montaña de testimonios y textos ya clásicos que evidencian el juego de ineptitudes por ambos bandos para lograr algún triunfo claro. Del aprovechamiento que de todo eso se haga dependerá la validez de los estudios emprendidos sobre el tema. Sergio Zermeño lo usó de la mejor manera y logró uno de los pocos libros realmente indispensables en torno al Movimiento.

Zermeño se refiere a un capítulo histórico que ya puede ubicarse socio-políticamente: "Hay que tomar un poco más de distancia para no quedarnos con la idea de un movimiento estudiantil juvenil anarquizante, ni con la de una protesta de sectores democratizantes, liberales, institucionalizantes... (p. 46). Una vez que se tiene una perspectiva respecto a los acontecimientos... una vez que los efectos de un movimiento sobre la organización social y política de un país pueden ser en cierta forma evaluados... se vuelve posible tender líneas que exceden con mucho al momento mismo de la coyuntura..." (p. 55). Sin perder de vista la cronología de los hechos, echando mano de todos los documentos de entonces, abarcando a todos los partícipes y los actos paralelos significativos (como la ayuda estudiantil a Topilejo o el efecto desvinculador de la Olimpiada), el autor devuelve al Movimiento su contradictoria condición: un Estado fuerte, piramidal y antidemocrático pero sostenido por los mitos y el léxico de la revolución, un Estado al que sus propias leyes estorban ya, es criticado representativamente por uno de sus sectores (la inteligencia universitaria) tradicionalmente mediatizados. Para Zermeño, lo fundamental en su trabajo es "... explicar por qué hacia junio de 1968 una parte de la sociedad mexicana se encuentra en condiciones favorables para



responder *en forma unificada* a un acto de prepotencia del gobierno; un acto como tantos otros había habido y habrá, sin una respuesta semejante" (p. 24).

Ya se suponía desde el principio: el Movimiento no nace exclusivamente de una reacción espontánea del estudiantado contra la represión policiaca; su enorme vigor y representatividad corresponden a condiciones generales críticas, que Zermeño distingue en cuatro apartados: "a) Inadecuación del sistema institucional o político para incorporar y representar las exigencias entre la Universidad de nuevos sectores sociales b) Deterioro de las relaciones entre la Universidad y el Estado c) Debilitamiento del modelo cultural o ideología dominante y del nacionalismo como su componente central d) Desplazamiento del Estado hacia una función directamente favorable a un sector de las clases altas, como imagen percibida por ciertas capas medias altamente sensibilizadas a este respecto" (p. 55). De ello resultaría, sin embargo, un movimiento social heterogéneo, previsiblemente difuso en su ideología (en la medida en que sólo tenía claro a su adversario común), muy coherente pero igualmente discontinuo en su capacidad de acción (p. 45), a tal grado que la ocupación de la Universidad por el ejército o las treguas para negociar o la Olimpiada era capaces de ponerlo en serios aprietos.

El Movimiento como resultado de toda una condición histórica nacional; ya no hay lugar para los mitos: ni banquete de Huichilobos ni martirologio revolucionario, sino un juego de incomprensiones entre dos sectores inexpertos en el juego de abrir posibilidades a la democracia, que era vista por los miembros del Movimiento como una utopía a realizar y hacer

cumplir y por el gobierno como una amenaza que había que eliminar de raíz; la democracia utópica como delito contra la seguridad del Estado. De ese modo, "La condena a la infame matanza del 2 de octubre ha de ser hecha en el plano global del carácter del Estado y de la intransigencia y la imprevención de nuestro sistema social, de nuestra sociedad civil y política, para acoplarse a formas democráticas en su sentido más profundo" (p. 183).

¿Qué reproche se puede hacer a una investigación tan exhaustiva, a un análisis sociológico tan serio como el de este libro? Sólo algunos menores, que parten, paradójicamente, de la misma exigencia de meticulosidad que se exigió el autor, quien al negarse a los valores entendidos incurre en explicaciones demasiado elaboradas, no inútiles pero muy prolongadas, como en el resumen de la historia del México revolucionario del capítulo V y varios apartados de la tercera parte; todo eso, más que precisar características, llega a distraer y repetir puntos ya comentados.

El libro de Sergio Zermeño cierra una etapa del estudio del movimiento, la del testimonio como exégesis, para abrir otra de reflexión sobre la lucha en el ambiente nacional; es la primera gran obra de evaluación científica de una herida abierta y dolorosa, que demuestra que el apasionamiento y el rigor analítico no están forzosamente reñidos.

Gustavo García

¹ Zermeño, Sergio, *México: una democracia utópica* (el movimiento estudiantil del 68) Siglo veintiuno editores, 1978.

La noche de un día difícil

Plural y heteróclita *La noche de Tlatelolco* se cuele con testimonios sensibleros, otros analíticos, algunos poemas, canciones, coros en las manifestaciones, consignas, volantes..., para convertirse en el best-seller que prueba la ceguera de un régimen que pensó desterrar los efectos, identificándolos como Males del Mundo.

El día difícil "comenzó" (Perogrullo dice que la generación espontánea no la hace, por eso requiere de las comillas), se-

gún dato que ya es leyenda, un 22 de julio de 1968. "Los ciudadelos" y "los arañes" tomaron como escenario para sus desmanes la Preparatoria Isaac Ochoterena, ocasionando con esto la represión policiaca sobre estudiantes de la Vocacional 6.

De ahí en adelante los acontecimientos se precipitan, generando lo que algunos analistas consideran la primera crisis general de la sociedad mexicana desde que la Revolución había consolidado regímenes nacionalistas que, a partir de 1940, buscaron la industrialización del país a toda costa.

La estabilidad del país se fincaba, paradójicamente, en posturas similares a las que la Revolución intentó destruir: Paz, Orden y Progreso. Naturalmente, cuando surgían intentos por sacudirse el férreo control de las organizaciones obreras oficialistas, o intentos de asociaciones en el campo, la violencia institucionalizada los abortaba.

*Yo no soy el mismo;
todos somos otros.*

El libro de Elena Poniatowska nos advierte desde sus páginas que el día difícil no ha concluido, pero la vitalidad de las voces que aún impactan de tan viscerales, está aquí: en las piedras y en las marchas, las corretizas y los mítines relámpagos, el ansia de liberar y la tosudez represora de los organismos policiacos.

Dividida en dos partes ("Ganar la calle" y "La noche de Tlatelolco"), el libro tampoco admite, como la *Rayuela* de Cortázar, un lector hembra: podemos comenzar desde la cronología, pasar por la aciaga noche para, posteriormente, ganar la calle: "Al marchar por las calles como lo hicimos, en cierta forma vengábamos a todos los estudiantes de la provincia que fueron reprimidos antes que nos tocara a nosotros; a los estudiantes de Puebla, de Tabasco, de Sinaloa, de Guerrero, de Sonora, y,

en cierto modo, los atropellos cometidos en Morelia, en Hermosillo, en Monterrey".

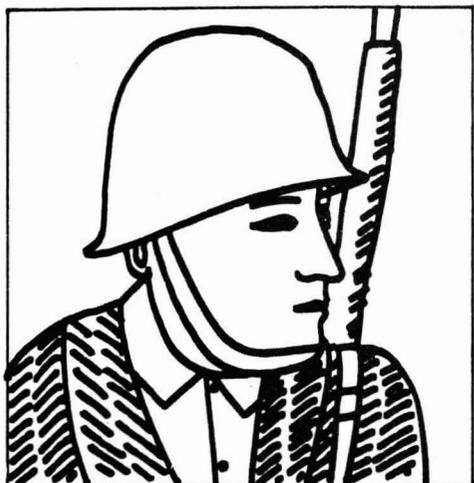
¡Basta ya de porquería!

grita uno de los entrevistados y la Poniatowska, a lo largo de todo el libro, hace suya la exclamación y también venga, cual ágil Jinete Justiciero, a todos aquellos que enfrentaron la oscuridad, que vieron a sus familiares o amigos morir en la Plaza de las Tres Culturas, que escaparon a las purgas diazordacistas, que siguen enfrentándose hasta la fecha a las prácticas de control vertical de las organizaciones de masas y a la represión de toda expresión política independiente del Estado; al escuchar en cada una de sus páginas de voz de los participantes en aquellas jornadas: la labor de las brigadas de información, de las niñas bien que desafiaban el tedio de su pequeñoburguesa vida yendo a repartir volantes o efectuando pintas en mercados *sintiendo* al pópulo, del policía que en público desgarró su uniforme para así recuperar un tanto de su condición humana, de las amas de casa quejumbrosas por las incomodidades que el virtual estado de sitio les imponía; de los dirigentes estudiantiles detallando desde la cárcel el cauce de los acontecimientos, a los indiferentes que les valegorro lo que pase, la Poniatowska le da al pueblo —lástima que la palabra esté tan devaluada— la oportunidad de escucharse a sí mismo, de mantener despierta la memoria hacia su historia inmediata.

La tranquilidad de la vida de afuera

Varios de los entrevistados coinciden en que ya no son lo mismo después de Tlatelolco. ¿Cómo podría ser así, si el libro insiste en recordarnos que el día difícil tuvo sus momentos gratos, el desafío individual correspondía a los requerimientos generales, las voces individualizadas se explayan hasta convertirse en el mural estereofónico de todos aquellos que no pueden participar activamente en la construcción de un país más a la medida del hombre, así, tan genérico como suena? ¿Cómo ser los mismos de antes si por fin la mordaza que tantos nos señalaba cayó para dar paso a la alegría de una juventud que se contraponía de cualquier manera a todo lo que significara solemnidad, rectitud, buenos modales? ¿Volver a la piel anquilosada siendo que la herida aun está fresca?

La parcialidad, el coraje y las buenas in-



tenciones (que coinciden con los buenos resultados) de una periodista como la Poniatowska, otorgan al lector verdaderos testimonios de historia oral. Ya vendrán (ya están aquí) los sesudos análisis sociopolíticos, las autocríticas, los frutos de aquellas marchas y huelgas, persecuciones, vejaciones, torturas, muertes, traiciones: por lo pronto y en el principio dicen que fue el verbo y así quedó.

La labor de Elena Poniatowska ayuda a concentrar y mantener viva la llama que organizaciones sindicales independientes, intelectuales, grupos estudiantiles más conscientes, campesinos que desafían a terratenientes buscando llevar a la práctica demandas traicionadas, resguardan aún a costa de encarcelamientos y secuestros, tácticas intimidatorias e incluso asesinatos: por ejemplo, los mineros de La Caridad, los obreros de Spicer, los telefonistas y electricistas del SMN, Sidena, Campamento 2 de octubre y etcétera,

Crónica vital planteada desde sus inicios por la autora: “¿No que México era triste? Yo lo veo alegre, qué loca alegría; suben por Cinco de Mayo, Juárez, cuántos aplausos, la Reforma, se les unen trescientos mil personas que nadie acarrea, Melchor Ocampo, Las Lomas, se remontan a la sierra, los bosques, las montañas, Mé-xi-co, Li-ber-tad, Mé-xi-co, Li-ber-tad...”; necrológica: “Son cuerpos, señor”. Crónica de la simpatía, también, que el pueblo sentía por los estudiantes y de lo reacios que se mostraban los obreros (no habían casi sindicatos independientes) para unirse a la lucha: “¿Para qué andarnos con cosas? ¿Por qué no decir sinceramente que fracasamos con los obreros?”

Emiliano Pérez Cruz.

Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco*, Ed. Era, México 19...

José Revueltas: soñar en la revolución como poeta.

México 1968: Juventud y Revolución reúne los textos que José Revueltas escribió sobre y durante el movimiento y aquéllos que redactó en Lecumberri, donde fue encarcelado de noviembre de 68 a diciembre de 71.

A la recopilación —fluida y acertada— y las notas —que señalan las circunstancias

de elaboración de cada escrito y los sucesos claves de julio a diciembre de 68, lo que convierte al libro en un diario político del Movimiento y, a la vez nos permite juzgar hasta qué punto el pensamiento del autor infirió en la realidad— de Andrea Revueltas y Philippe Cheron, habrá que añadir el reconocimiento a otras labores no menos arduas: recuperar documentos dispersos y el atento cuidado que en general ostenta la edición de este volumen (no. 15 de Obras Completas de José Revueltas, Editorial Era. 347 pp.) dividido, *grosso modo*, en tres partes: a) sobre el Movimiento; b) sobre la autogestión y c) escritos en la cárcel.

Vocación de escritor y militancia política se relacionan íntimamente en la vida de Revueltas: “Mi vocación de escritor creo que viene de antes. Desde muy joven, en el Partido siempre me comisionaron para ingresos y propaganda. En esas ocupaciones “se me soltó la mano” como dice Alfonso Reyes, y poco a poco me fui atreviendo a más”¹



En el prólogo del libro que nos ocupa, Roberto Escudero enfatiza certeramente esta cualidad al caracterizar a Revueltas como “lo que Gramsci llamaría un intelectual orgánico del proletariado, un escritor libre y conscientemente comunista, enemigo de todo dogma e impostura”. (p.17)

Alerta, interesado desde muy joven en las luchas sociales, Revueltas discute (en julio de 68) con estudiantes y maestros de la Facultad de Filosofía y Letras el mayo francés. Así se integra al Movimiento estudiantil mexicano desde antes de que éste surgiera como tal. En la carta a los revolucionarios franceses que abre el libro es posible rastrear claramente una de las ideas centrales del pensamiento político del autor, la crítica del Partido, expuesta en “El proletariado sin cabeza” (1962) O véanse, si no, la siguiente cita de “Prohibido prohibir la revolución”, la mencionada carta: “Los marxistas que hemos comprobado en nuestros propios países —como es el caso de México— la quiebra histórica de los partidos comunistas, a causa de la inexistencia de estos en tanto que partidos de la clase obrera, cuyo nombre usurpan, saludamos con júbilo la extraordinaria conquista práctica y teórica del proletariado y del pueblo francés, al demostrar en la forma más rotunda, que los partidos comunistas no son ni pueden ser los timoneles del proceso histórico, mientras dentro de sus propios marcos resulta imposible su renovación y su regeneración.” (p. 27).

Otro antecedente de la obra política revueltiana que interviene en estos textos sobre 68 es la caracterización de la democracia mexicana: “Al mistificar su ejercicio del poder (que de tal suerte sería un poder social y económico ‘para las reformas’) y el contenido del Estado (que no sería un Estado-Burgués), la democracia de 1917, en su *negación relativa* del Porfirismo, conserva, no obstante, la *relación positiva* con la que el propio Porfirismo mantuvo su sistema de dominación: la dictadura. Así, no opone al México Bárbaro de Porfirio Díaz, la democracia *real, racional e histórica*, sino la *democracia bárbara* que impera en nuestro país desde que fue promulgada la Constitución de Querétaro”.² (Subrayado de JR).

Revueltas, pues, llega al Movimiento con un bagaje crítico que le permite, desde un principio, dar un marco teórico (autogestión) a las nuevas formas de expresión democrática (brigadas, activismo, comités de lucha, Consejo Nacional de Huelga, etc.) surgidas en forma “espontánea” durante el

desarrollo de la lucha: así como propone y polemiza sobre la Universidad como elemento crítico, de impugnación, que actúa sobre la realidad transformandola.

La importancia que concedía al concepto de autogestión (del que en México, antes de Revueltas, casi nadie hablaba) es, en este sentido, capital, axial: "Aunque el concepto de *autogestión* no fue explícitamente desplegado como tal por el Movimiento de la generación de 68, la *autogestión*, constituye, no obstante, su conquista teórica esencial y uno de los más grandes logros obtenidos. Le *autogestión*, fue, de hecho y sin duda alguna, la práctica misma del Movimiento, su *forma existencial de ser*, en concordancia con su propia realidad concreta y su contenido como cuestionamiento del régimen". (Subrayado de JR) (p.137)

Es necesario señalar la grandeza de concepción y la coherencia interna de su pensamiento político, antes de referirnos al Revueltas contradictorio, poseído de esa desesperación admirable de alta estirpe espiritual — "Hay que disponerse a una lucha llena de sacrificios, sufrimientos y fatigas, pero debemos asumir con entereza, valentía y dignidad" (p.48)— que lo llevaba a, como atinadamente propone Eduardo Lizalde, "soñar en la revolución como poeta"³: "Esto es sólo el comienzo de la autogestión, si se quiere, de una *autogestión espontánea*, pero profunda y poderosa. De lo que ahora se trata es de que este proceso sea consciente; que sea asumido por una conciencia colectiva en ejercicio continuo, lúcido, racional, dentro de las aulas y fuera de las aulas, dentro de los centros de educación superior y en la vida del país." (p.98)... y: "La autogestión social, económica, política, será la forma estructural que adopte la implantación del socialismo en México dentro de la libertad y democracia más amplias e irrestrictas". (p.311).

Pero no es posible juzgar moralmente la conducta de Revueltas, ni pretender balance de aciertos y errores tácticos, lo que, por otra parte, sería un espejismo: Revueltas nunca tuvo influencia real en la dirección del Movimiento... Basta indicar que la riqueza de sus aportaciones no acceden, desde luego, a superficiales y pretendidamente compendiosas aproximaciones como la presente. Sin embargo es pertinente añadir que los textos de este libro, escritos en ocasiones bajo la presión de la urgencia, frente al peligro y al borde del agobio; las interpretaciones políticas al

filo de los hechos, volantes agitativos, cartas, manifiestos, esquemas, notas de lectura, esbozos autobiográficos, recados familiares, referencias, en clave, etc., participan: a) de una misma coherencia en la concepción del tema, donde el poder de síntesis revueltiano nos ofrece, al decir de Marco Antonio Campos, "Obras maestras de la miniatura política"⁴ b) de la *difícil sencillez* de su prosa política, realizada para explicar, esclarecer y apasionar, c) de diversos géneros y denominaciones. Así, junto al rigor del pensamiento que analiza los acontecimientos para inferir la táctica y la estrategia a seguir en la lucha, se encuentran expresiones del más alto vuelo poético: "Amargo el encuentro del mal, de su gente, de su espacio. Evidentemente uno nació para otra cosa, fuera de tiempo y sin sentido. Uno hubiese querido amar, sollozar, bailar, en otro tiempo y otro planeta (aunque se hubiese tratado de este mismo). Pero todo te está prohibido, el cielo, la tie-



rra. No quieren que seamos habitantes. Somos sospechosos de ser intrusos en el planeta. Nos persiguen por eso; por ir, por amar, por desplazarnos sin órdenes ni cadenas. Quieren capturar nuestras voces, que no quede nada de nuestras manos, de los besos, de todo lo que nuestro cuerpo ama. Está prohibido que nos vean. Ellos persiguen toda dicha. Ellos están muertos y nos matan. Nos matan los muertos. Por eso viviremos."

Necesariamente desigual aunque igualmente deslumbrante, esta colección de artículos, que Revueltas tituló aunque no logró conformar, ("la juventud no son los jóvenes sino los cambios que en la sociedad propugnan los jóvenes") se encuentra inscrita, para decirlo con palabras de Revueltas, "dentro de una temática que, por su propia naturaleza, estará siempre abierta, y que, además, no deberá cerrarse nunca".

Ignacio R. Hernández

Notas

1. *Revistas de revistas*, no. 201, abril de 1976.
2. Revueltas José, *México: democracia bárbara*, Edit. Posada, 2a edición p. 9.
3. *Vuelta*, no. 26, enero de 1979.
4. *Proceso*, no. 112, diciembre de 1978.

José Revueltas: Juventud y Revolución

José Revueltas fue (es), sin duda, uno de los más hermosos hombres y escritores que ha tenido México en lo que va de este siglo. Recientemente, editorial ERA ha puesto en marcha el proyecto de publicar sus Obras Completas. Deben agradecerse dos cosas: una, que dicho proyecto no se lleve a cabo como "monumento" que, como todos sabemos, termina siendo, casi siempre, un mausoleo de las ideas o, en el mejor de los casos, convirtiendo a su autor en leyenda (cosa al parecer inevitable en lo que se refiere a Revueltas). En vez de ello, se ha decidido publicar una colección, al parecer de más de veinte tomos, que harán más cómoda y accesible su lectura.

Dos, la intensa labor de recopilación y anotación que llevan a cabo Andrea Revueltas y Philippe Cheron. Su esfuerzo es encomiable; esperamos con entusiasmo la aparición de nuevos volúmenes.

"1968 es el inicio, por la juventud de México, del proceso desenajenante que dará al

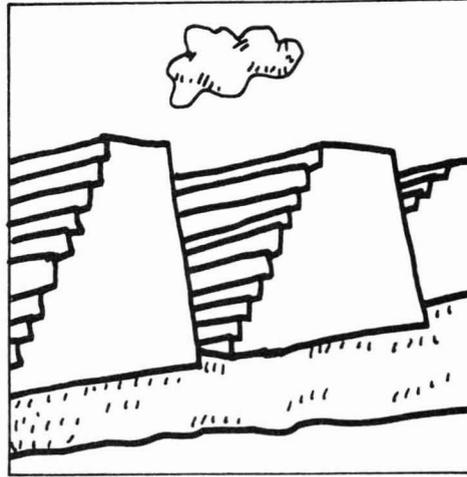
país una historia real por primera vez. Porque no tenemos esa historia. Se ha falseado esa historia, como historia escrita y como historia política y social.”

He aquí la importancia que José Revueltas concedía al movimiento estudiantil de 1968, y también la razón por la cual su participación en este, —que habría de llevarlo a la cárcel— se dio en términos de profunda comprensión y compromiso (la verdadera comprensión implica siempre un compromiso).

Como muy pocos, —porque en nuestro país, desgraciadamente, no abundan los intelectuales de su talla— Revueltas percibió, desde un principio, lo que el movimiento estudiantil significaba en la historia de México y del mundo. Así, no tardó en colocarse a la cabeza del movimiento, no como un líder (que lo fue, en más de un sentido), sino como uno de sus más importantes teóricos y pensadores.

México 68: juventud y revolución,* recoge los documentos, apuntes, notas, cartas y páginas del diario que Revueltas escribió entre mayo de 1968, durante la revuelta popular en París, y mayo de 1971, casi al final de su encarcelamiento. Como Gramsci, Revueltas jamás tuvo oportunidad de organizar sus notas para desarrollar una teorización de los problemas que le importaban, pero, como en Gramsci también, sus notas guardan una coherencia interna, más allá de la ordenación, que nos permite descubrir el verdadero rostro de la historia, de esa historia por la que debemos luchar y hacer que nos pertenezca.

Es chocante la frecuencia con que oímos decir que nuestro país carece de grandes pensadores, de teóricos marxistas que entienden a la realidad cabalmente, fuera de los esquemas del dogmatismo, cuando tenemos el ejemplo claro y patente de José Revueltas. En él encontramos la esencia del verdadero político (y artista): la visión, la claridad y el proyecto. No en balde Revueltas insiste una y otra vez en que nos demos cuenta que el conocimiento sólo puede considerarse como tal cuando conlleva la impugnación y la transformación. Pero México se ha caracterizado por empeñarse en desoír a sus mejores voces (o en hacerlas callar), de manera que, un hombre que trabaja con la intención de lograr el país que desea, es algo inusitado para un medio en el que todo se reduce a dudas, apatía, falsos cuestionamientos o, en los mejores casos, a simples sueños. Ese hombre generalmente es reducido al aislamiento (en vida, Revueltas fue condenado —salvo pocas y honrosas excepciones—



por tirios y troyanos; lo mismo por el aparato represivo que por los comunistas, e incluso por sus camaradas de oficio: en septiembre de 1968, el Comité de Intelectuales, Escritores y Artistas, desconoció a José Revueltas como su representante, alegando razones de “supuestos puntos de vista reaccionarios”. Fue un acto de evidente cobardía e ignorancia. No se trata aquí de hacer acusaciones ni crear mártires —nadie tan lejano al martirologio como Revueltas, él, tan amigo de la auto-crítica— sino de señalar ese desconocimiento, esa incomprensión que ahogan a nuestras mejores inteligencias).

En *México 68...*, Revueltas demuestra una capacidad de análisis y comprensión de la realidad verdaderamente asombrosa. Si ya en sus novelas y cuentos (Revueltas fue el creador, como a él mismo le gustaba llamarlo, del “realismo crítico”) esa capacidad había quedado comprobada, en 1968 su imaginación y visión política llegaron a un nivel altísimo en su esfuerzo por comprender los hechos y su desarrollo. En 1971, antes de que el movimiento estudiantil se convirtiera en un ente vago y atomizado, Revueltas previó los cambios que el movimiento provocaría (no es exagerado afirmar que la Reforma Política y la Ley de Amnistía, por reducidos que sean sus alcances, son algunas de sus consecuencias), así como también preveía y temía su mediatización a partir de la “actitud inteligente” que asumía el gobierno.

Y sin embargo, *México 68...* no es tanto un análisis “sistemático”, como la visión, la recreación de la vida de un movimiento político, desde su gestación hasta su reflujo. Como lectores es imposible no *participar* en el libro, cuya escritura más que nada es una proposición que parece aguardar respuesta. El libro está lleno de emoti-

vidad, pero eso no desgasta ni pierde su fuerza. Como artista, Revueltas creó, en *México 68...*, una obra literaria (veáanse sobre todo las páginas 79 a la 84) que provoca en nosotros todo tipo de estados de ánimo. Pero hay que insistir: se trata también de una obra de contenidos teóricos de alto nivel, creada por un pensamiento afilado en el estudio y la militancia política, en la crítica y la convicción, en la lucha y la desesperanza (una de las obsesiones caras a Revueltas). El lector no puede menos que preguntarse por qué el movimiento estudiantil no logró realizar, poco después del 68, algunas de las más importantes aportaciones del pensamiento de Revueltas; si la autogestión académica se hubiera llevado a la práctica, una vez que cesó la agitación, tal vez la Universidad sería actualmente una cosa bien distinta.

Pero sobre todo, *México 68: juventud y revolución*, ilustra una necesidad: que el movimiento estudiantil resurja apoyado en los logros y experiencias adquiridas y no considerar al movimiento de 68 como un fracaso o un momento agotado, si de hecho, después de 68, se puede hablar de una división en la historia del país, es necesario tener presente, con Revueltas, que “somos historia, una historia que no terminará, porque otros la seguirán escribiendo.”

Rafael Vargas

*José Revueltas, *México 68: juventud y revolución*. Editorial ERA, México, 1978. 346pp.

Barros Sierra: legalidad contra autoritarismo

De los textos surgidos directa e inmediatamente del movimiento estudiantil de 1968, el formado por el diálogo entre el doctor José Barros Sierra y Gastón García Cantú* adquiere, en cada relectura, una dimensión mayor, no sólo porque el primero en su calidad de rector y el segundo como director de Difusión Cultural en ese año desempeñaran sus cargos con una brillantez singular en una Universidad que se reestructuraba penosamente, sino por la

calidad moral, la medida, el talento y la asombrosa precisión con que afrontaron (para explicarla después) la crisis más grave del enfrentamiento entre Universidad y gobierno desde la campaña presidencial de Vasconcelos.

El doctor Barros Sierra recibió el cargo de rector en 1966, cuando la UNAM sufría, entre otros problemas, la sobrepoblación originada con la apertura de nuevas preparatorias, unos planes de estudio anacrónicos, subsidio federal insuficiente, un "cuerpo de vigilancia" establecido por el rector Ignacio Chávez que resultó un útil grupo represor, el predominio de la corrupta Federación Universitaria de Sociedades de Alumnos (al servicio del PRI), una burocratización y una corrupción crecientes en los métodos de selección de alumnos, etcétera. Todo eso dentro de un Estado que no era más que la imagen fiel de (y se reflejaba en) la Universidad.

El rector Chávez había sido destituido

del cargo por los propios estudiantes, que exigían modificaciones sustanciales a la situación; Barros Sierra inició, pues, una larga serie de cambios para aliviar las demandas estudiantiles, iniciando la separación cabal de fines y medios entre Universidad y gobierno.

En la introducción del libro, García Cantú define al movimiento estudiantil como "...un rechazo de la sociedad burguesa, de sus valores efímeros... Si no era explícito lo que los jóvenes deseaban para su país, sí lo era lo que les repugnaba" (p. 16). Bajo el rectorado de Barros Sierra se orquestaron caminos para la discusión y la acción democráticas, incluso para la impugnación "...abierta y sistemática contra las autoridades universitarias, si tal es el deseo y la convicción de los jóvenes" (p. 37), según apunta el propio rector; la diferencia abismal que ya esto señalaba con respecto al gobierno federal era comprendida así por él: "La tendencia oficial

ha sido hacia un no mal disimulado dogmatismo... y justamente la Universidad, las universidades, por decirlo en general, representan esencialmente el antidogmatismo" (p.47).

La realidad de una universidad democrática en un Estado autoritario era una contradicción que estalló ante la desmedida agresión a los estudiantes preparatorios tras la pelea de pandillas en la Ciudad el 22 de julio de 1968; de pronto, el gobierno se enfrentaba a un enemigo desconocido y sorprendente, que reaccionaba a los golpes. García Cantú apunta que "...el gobierno mexicano tiene fórmulas para resolver los problemas de los campesinos, de los obreros, de los militares... (y) el clero... pero no ha sabido, en lo que va del siglo, resolver el problema de los universitarios ni cómo tratar a la Universidad" (p. 25).

La contrarrespuesta a la reacción estudiantil, en forma de universitarios encarcelados y masacrados y una Universidad tomada por el ejército repercutió lógicamente en el rector, quien se vio considerado repentinamente, por algunos miembros del gobierno y del Movimiento, como el líder natural (aunque él insistió siempre en distinguir entre la Universidad y el Consejo Nacional de Huelga y su única responsabilidad para con la primera), obligado a defender una legalidad atacada por el propio gobierno, conminado por ambos bandos para que "...la Universidad se adhiera como un apéndice al Movimiento... (o) que la Universidad repudiara al Movimiento estudiantil. La única actitud posible era atenerse fielmente, no sólo al texto y al espíritu de la Ley Orgánica del Estatuto de la Universidad, sino también a las mejores tradiciones de nuestra casa de estudios, en cuanto a la lucha por las libertades de reunión, de expresión y de pensamiento" (p. 61).

El valor de estos testimonios se apoya, es fácil verlo, en que ofrecen información obtenida en la más ardua experiencia, en que los juicios nunca pierden su justeza aunque sean apasionados. La actitud heroica de Barros Sierra (y de los otros universitarios) por defender la inteligencia contra la barbarie institucional, su posición destacada en los acontecimientos, le permitieron tener un panorama más amplio y preciso de los acontecimientos, aunque no dejó de asombrarse y sentirse ultrajado por los ataques a planteles y alumnos y la matanza final del 2 de octubre. Explica (no justifica) esos actos recordan-



do que "...la policía, en este caso por extensión se aplica a toda la gente de armas, interviene cuando la política ha fallado" (p. 157).

1968... es un libro tan indispensable para comprender a la Universidad y al Movimiento estudiantil como *La noche de Tlatelolco, El movimiento estudiantil de México* de Ramón Ramírez o *México: una democracia utópica* de Zermeño, pero el de Barros Sierra y García Cantú añade, al retrato de una de las acciones populares más vigorosas y nobles de las últimas décadas y de una generación y una Universidad que descubrieron su verdadero lugar en el país, la figura de un rector valiente, responsable y honesto, que en su individualidad fue uno de los grandes apoyos a la democratización de un Estado en rápidas vías de hundimiento en la dictadura.

Gustavo García

Javier Barros Sierra, 1968/*Conversaciones con Gastón García Cantú*, México, 1972, Siglo XXI, 214 pp.

El movimiento estudiantil de México, de Ramón Ramírez

El trabajo de Ramón Ramírez tiene mérito no sólo por haber sido uno de los primeros textos que se escribieron en relación al movimiento estudiantil de 1968, sino también porque al representar una labor seria de reflexión y de recopilación de documentos e información, se ha convertido en libro de consulta obligada para toda investigación posterior. Unos datos que pueden ayudar a comprender el esfuerzo realizado por el autor son los siguientes: el libro fue redactado durante los meses comprendidos entre noviembre y diciembre de 1968 y enero y febrero de 1969; su publicación requirió de dos tomos y en el primero, además de una exposición teórica, hay una cronología que reseña los sucesos más importantes ocurridos día a día, desde el 22 de julio, cuando hubo enfrentamientos aparentemente intrascendentes entre estudiantes de la vocacionales 2 y 5 con alumnos de la preparatoria "Isaac Ochoterena", hasta el 6 de diciembre, fecha en que se declaró oficialmente disuelto el Consejo Nacional de Huelga; en el segundo tomo se reproducen

los documentos publicados en volantes, carteles y periódicos durante los días mencionados.

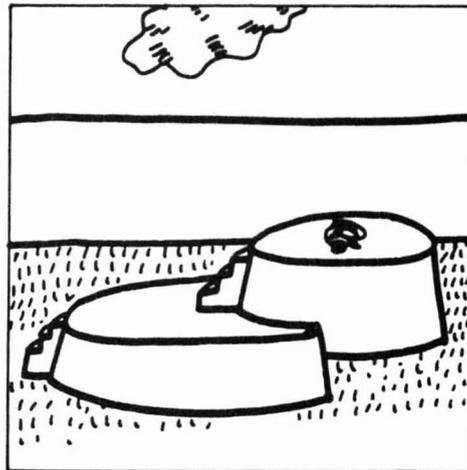
Con intención, de ubicar los acontecimientos del 68 en un contexto más amplio, Ramírez señala que la mayoría de los movimientos estudiantiles surgidos en países como Alemania Federal, Uruguay, Francia, Brasil y Estados Unidos, se iniciaron por la consecución de demandas estrictamente académicas. La respuesta que dieron las autoridades gubernamentales o universitarias a los planteamientos estudiantiles fue de condena, en un principio, y luego de abierta represión. La protesta escolar propició, en algunos casos, que otros sectores sociales participaran en las movilizaciones con reivindicaciones propias, logrando con ello la superación de los propósitos originales. Tal fue el caso de la Revolución de Mayo en Francia, cuyos antecedentes se encuentran en la lucha estudiantil por la transformación de anacró-

nicos planes de estudio, pero luego, ante la represión de que ésta fue objeto, sobrepasó sus propios límites y el movimiento se extendió a los sindicatos obreros, cuya participación permitió que hubiera nuevas perspectivas políticas.

Ramírez afirma que las rebeliones estudiantiles de la segunda década de los años sesenta, tuvieron ciertas características comunes que se encadenaban entre sí: a) fueron movimientos progresistas y democráticos; b) en su protesta había un repudio a la política imperialista de Estados Unidos, en especial por la guerra de Vietnam; c) algunos intentaron convertirse en la vanguardia revolucionaria al considerar que la clase trabajadora estaba sujeta a controles gubernamentales o burocráticos; d) había en ellos una heterogeneidad ideológica y una manifiesta espontaneidad; e) el malestar estudiantil fue propiciado, en parte, por la explosión demográfica en las universidades que devino en falta de empleo para los egresados de las mismas; f) la conciencia de que la sociedad capitalista enajena a los profesionistas. No obstante, cualquiera que hayan sido las causas o peticiones iniciales, estos movimientos significaron una crítica radical a las estructuras antidemocráticas del capitalismo. Y para el autor, las movilizaciones estudiantiles en México no escaparon a las anteriores generalizaciones.

Ramírez concibe el 68 como un movimiento que con sus planteamientos retomó problemas nacionales que hasta ahora no han sido resueltos por el sistema político vigente, ya que la eventual solución a los seis puntos del pliego petitorio (que en sí mismos no representaban una alteración o un peligro para el Estado), implicaba la manifestación de una costumbre democrática desconocida en el país. Sin embargo, ¿porqué no se intentó al menos la discusión de las peticiones, en lugar de recurrir a la represión absoluta como única alternativa política? La respuesta a esta interrogante requiere de una extensa explicación acerca de la realidad nacional, que para el autor se resume en las siguientes consideraciones:

1. El Poder Ejecutivo controla a los sindicatos, al partido oficial, a los partidos de oposición (PPS, PAN, PARM), a los poderes legislativos y judicial, a los gobiernos estatales, a los medios de comunicación, etc. Hay, pues, una excesiva concentración de poder que impide, aun al propio gobierno, adoptar actitudes flexibles y de diálogo, sobre todo en aquellas circunstancias



políticas que no están bajo su control.

2. Como la burguesía mexicana está aliada con el capitalismo norteamericano, se encuentra sujeta a presiones por parte de grupos que buscan conservar los privilegios que tienen en una economía dependiente.

3. La prensa en su conjunto, y salvo excepciones, no es un medio de información y democratización, pues está ligada a grupos económicos con intereses específicos, o bien depende totalmente del Estado.

Estos factores explican por qué la interpretación política que el gobierno hizo del movimiento estudiantil, fue el calificarlo simplemente como producto de una conspiración del exterior, encabezada por agitadores profesionales que pretendían desestabilizar al régimen. Para los estudiantes, en cambio, su lucha significaba la vigencia de una democracia mexicana, es decir, la posibilidad de que el pueblo pudiera intervenir en la actividad política del país, al margen de los partidos y sindicatos oficiales.

Lo que caracterizó al movimiento en México, fue que desde los primeros días de agosto ya existía una dirección reconocida (el CNH, que estaba integrado por representantes de las escuelas en huelga) y había establecido un programa mínimo expresado en el pliego petitorio. Así, a pesar de que en el CNH participaban delegados que sostenían diversas posiciones políticas, unificaba sus criterios en función del programa previamente aprobado por las bases estudiantiles. Este respeto a las decisiones emanadas por las asambleas escolares fue, indudablemente, la muestra de un ejercicio democrático poco común.

El autor contempla el movimiento de 68 como una continuidad y la huelga en las escuelas representaba una forma de lucha, por lo que expresa su desacuerdo con la disolución del CNH y el retorno a clases, sin haberse propuesto previamente un programa mínimo que definiera las ulteriores etapas, cuando el paro indefinido dejó de ser operante.

Ramón Ramírez, al igual que José Revueltas, afirma que una consecuencia derivada de la lucha estudiantil debería ser la transformación de la universidad. Esto es, propiciar cambios en la relación entre profesores y alumnos, que desaparezca la sujeción tradicional del que aprende hacia el que enseña, buscando una identificación crítica respecto a los temas de estudio o de investigación; sustituir el interminable y repetitivo monólogo por el diálogo y

la discusión. Igualmente se debería intentar la modificación en los sistemas de exámenes que son, en algunos casos, irracionales. Esta reforma, propuesta por Ramírez, no debería limitarse a propósitos exclusivamente didácticos, sino ampliarse para modificar las estructuras políticas y administrativas de la universidad. De esta manera, el concepto de autonomía no debería expresarse únicamente como la defensa del derecho a la libertad de cátedra, investigación y difusión de la cultura, sino concretarla en alguna forma de cogobierno en el que participaran todos los sectores de la comunidad.

Para el autor, los principales logros del movimiento de 68 fueron: a) El haber creado en el país una nueva conciencia democrática; b) el propiciar en sectores obreros la búsqueda de una organización en sindicatos independientes; c) que el estudiante haya emergido en México como una fuerza política; d) que el movimiento lograra la

adhesión y la solidaridad de sus compañeros de otros países.

Bernardo Lima

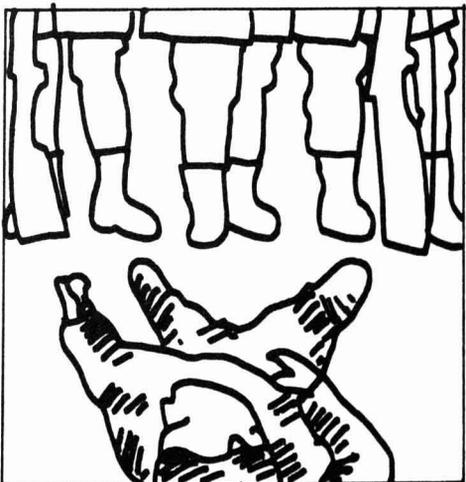
Ramírez, Ramón, *El Movimiento estudiantil de México*. Editorial ERA, 1969. 2 Tomos.

Los días, los años, la cicatriz

Aunque el movimiento Estudiantil de 1968 ha dejado de ser "preocupación nacional" desde el remate sufrido en junio de 1971, la cantidad de libros publicados y vendidos que se refieren a los sucesos de la lucha estudiantil le confiere a ésta una relevancia que la mordaza del olvido institucional no ha silenciado. La exitosa venta del libro de Elena Poniatowska, *La noche de Tlatelolco* (Ed. Era), hace evidente la resonancia no sólo del interés vigente sino también del punto de vista que miles de lectores distinguen si no es que comparten.

El sentido que puede tener el comentario del libro de Luis González de Alba, *Los días y los años** a diez años de los días y a siete de su publicación, no es solamente el desempolvamiento en el aniversario, sino también la necesidad de valorar uno de los libros que deben quedar para releerse a la distancia.

Si en septiembre y octubre de 1968, cuando las aulas se habían vaciado a las calles, se acreditó por amplio margen aquello de que la realidad no espera a la teoría y el posible esclarecimiento de lo que estaba sucediendo no provendría de la exégesis sino de la participación, la bibliografía que se refiere al Movimiento surgió en estos diez años, parece seguir —al sentir de muchos— a la zaga de los acontecimientos sin alumbrar aún el libro que venga a dar fin a la incertidumbre y al azoro que se encienden todavía en la retrospectiva. No han faltado trabajos que se postulen como develadores del misterio. Tampoco han sido los mejores, pero muestran una tendencia que está latente: la intención de descubrir (o fingir descubrir) la verdad, si no absoluta, confiable por lo menos. En este tono, la primera edición *Tlatelolco 68*, de Juan Miguel de Mora (Editores Asociados, 1973), que reza en su portada un suprimible "¡Por fin toda la



verdad!" que prejuicia la lectura; o el libro sensacionalista y pontificador de Roberto Blanco Moheno, infame historia de una infamia, que en su dedicatoria se cura en salud: "Desde niño tuve un ansia dolorosa de verdad", *Tlatelolco, historia de una infamia* (Ed. Diana, 1969). Citar estos casos es pertinente en cuanto a la repercusión que sus posiciones causan en la opinión de los lectores de estos libros, que no son pocos.

La pretensión de una verdad a imponer no contamina a obras como *La noche de Tlatelolco* que con sólo mostrar demuestra.

Los días y los años tiene la virtud de no ser por designación propia otra cosa que un testimonio personal que, sin embargo, alcanza la representatividad que otros se adjudican y traicionan. El ensayo, la novela y el testimonio se entremezclan en esta obra que —a diferencia de los escritos de los espectadores o enterados que se precipitan a la interpretación— irrumpe en la vida misma del Movimiento y conviene con él hasta la cárcel. La derrota no se interpreta aunque se discute, pero, sobre todo, se evoca.

Los días son el pasado, las reuniones del CNH, la habitación de la ciudad Universitaria, las movilizaciones, la organización del trabajo, la cronología, la intensidad del líder, los mítines, las amistades, la ocupación militar de la Universidad, las negociaciones: son los días del Movimiento. Los años son el presente, el aletargamiento de la cárcel, el testimonio, la vista hacia atrás, la disolución de la lucha en discusiones de celda, el distanciamiento de los hechos.

La novela se inicia con la represión de la huelga de hambre de los presos políticos de Lecumberri. La evocación de los días de la lucha se va reconstruyendo a través de fragmentos de conversaciones con Gilberto Guevara, Pablo Gómez, Félix Gamundi, Roberto Escudero y otros compañeros de lucha y vecinos de celda. El recuerdo se desdobra y se conforma en un prisma de retrospectivas a través de discusiones y remembranzas. De Alba pule el recuento y el recuerdo, y añade su punto de vista, a veces condimentado por la justificación de las propias acciones, a veces intentando una explicación —que nunca será exhaustiva— a las circunstancias que habrían de desembocar en derrota.

Los días y los años tiene la cualidad de ser el testimonio de un dirigente político a la vez que el de un estudiante. Si bien gran parte del libro está escrita desde el punto

de vista de un miembro del CNH, la perspectiva no se cierra absolutamente sobre el liderazgo, sino que logra a través de la participación un registro cercano a la base estudiantil. No sería del todo acertado ver en lo anterior un punto a favor de la democracia en el Movimiento (es decir: el líder que es vocero fiel de la base); en todo caso, la división en el seno del CNH hacia septiembre y hasta el final puede ser muestra de las dificultades de una democratización al interior mismo del Movimiento.

Como el propio González de Alba dice: "En la Universidad ha sido prácticamente imposible cohesionar una dirección estudiantil auténtica y única porque esta tarea trae consigo dos problemas, uno organizativo y otro ideológico", (p. 83).

El autor se conduce de la intimidad a la vida pública con una actitud única: ya todo es cicatriz que ha quedado. Tanto la narración testimonial como el relato personal están poseídos por la pasión de lo vivido. Así, De Alba recuerda la acusación de los diputados Octavio A. Hernández y Luis M. Farías en contra del rector Barros Sierra como "culpable del conflicto estudiantil", asegurando que el procedimiento de buscar una cabeza que cortar mereció el descrédito general del pueblo de México, con una seguridad sustentada en lo emocional; "Para toda la población era evidente que se habían tardado un poco en indignarse y el método seguido de ninguna manera era nuevo", (p. 139).

Aunque el autor sigue con cierto orden el desarrollo de los acontecimientos recordados, lo rompe bruscamente al final cuando adelante, en el penúltimo capítulo, la agonía de noviembre-diciembre, la división ante la política de vuelta a clases del Partido Comunista y la disolución del CNH, para concluir con el dos de octubre en el último. La intención del autor de desembocar a través de la novela en Tlatelolco, cumple dos funciones: desde una visión integral de la novela, Tlatelolco une los días con los años pues el autor es aprehendido y encarcelado, transportado del habitat de la calle al habitat del penal, los años serán cicatrización del Movimiento, pero especialmente de Tlatelolco; desde otro punto de vista, busca centrar la relevancia de su testimonio en ese punto. Ante la desintegración del Movimiento por incapacidades propias y ante la represión, salta a consideración la pregunta de si el Movimiento Estudiantil fue asesinado. El repliegue de las fuerzas estudiantiles, tanto físico como ideológico, suscitado a partir

del asesinato masivo no provocó el declive del Movimiento, ya mermado a esas alturas. A Tlatelolco, De Alba le adscribe su especificidad: el terror, arma de la represión que aparecerá entonces como nunca en el conflicto. El gobierno no quiso tolerar más agobios a unos días de su "cita con el mundo", de la que habría de salir con la imagen de una fiesta popular en las calles, terrible contraste con la Manifestación del Silencio. ¿Valían la pena unos muertos?

Jaime Moreno Villarreal

*González de Alba, Luis, *Los días y los años*, México, Ed. Era, 1971, 207 pp.

De los orígenes de la represión al simplismo de la proposición

Para explicar un fenómeno tan complicado como la insurrección estudiantil del año olímpico, que involucró a los tres poderes legales de la nación y a los ochocientos ilegales que agobian al país (entre los que se cuentan los empresarios, la CIA, el Batallón Olimpia, los halcones y los cronistas de fútbol), resulta demasiado estrecha y rígida la proposición que Salvador Hernández hace en *El PRI y el Movimiento Estudiantil de 1968*, para ayudar a desentrañar esa enredada madeja que tantos cabos tiene aún por amarrar.

Ahora sí que "como el título lo indica", Hernández supone que la aplanadora priista es la única culpable de los sucesos que culminaron en la Plaza de las Tres Culturas, y por lo tanto se da a la tarea de "analizar la estrategia de la organización estudiantil del Consejo Nacional de Huelga y del Partido Revolucionario Institucional (PRI), con objeto de comprender el porqué de la violenta represión por parte del gobierno para suprimir al grupo estudiantil".

Para encontrar "el por qué de la violenta represión", el autor utiliza esa esquemática metodología tan cara a los estudiantes de Ciencias Sociales que consiste en: a) una imprescindible ubicación histórica del problema en la que se menciona lo tontos que eran Villa y Zapata para pensar políti-

camente y lo listo que eran primero Obregón y luego Calles, para concluir diciendo que con Lázaro Cárdenas terminó la etapa revolucionaria mexicana del siglo; b) explicar el desarrollo de un sistema monopartidista a partir de 1923, que sólo sirve para perpetuar los intereses de la burguesía; c) iluminar al lector sacando los trapitos al sol del PRI a través de frases que quieren ser demolidoras y contundentes, pero que resultan más sobadas que una quinceañera al terminar el noveno vals de la fiesta: "El Partido Revolucionario Institucional es la pirámide política. La estructura de esta pirámide es compleja, casi podríamos decir problemática" (¡nooo!), para luego elaborar un esquema donde se demuestra gráficamente "la complejidad" del PRI y acabar así el capítulo correspondiente: "Nuestra argumentación nos ha llevado a concluir que en los sectores y en la dirección del partido, el control del gobierno va de arriba hacia abajo, en

una forma unidireccional, con muy poca o ninguna influencia de los trabajadores, los campesinos o los pequeños empresarios".

El investigador continúa su "argumentación" con afirmaciones como a) los estudiantes lo único que perseguían era el diálogo público, lo cual intenta comprobarse mediante una cita de alguno de los dirigentes del CNH; b) se afirma que a las autoridades les interesaba únicamente mantener el principio de autoridad y para corroborarlo cítese al margen a algún comentarista político prestigiado; c) se hacen comentarios a lo que lo científicamente personal no les quita lo fallido: a Hernández le parece "extraño" que Cárdenas intentara centralizar —que no controlar autoritariamente como lo hacen hoy las centrales obreras— a las masas trabajadoras para sacar adelante su proyecto nacionalista, o bien al investigador le parece que a los políticos mexicanos les ha interesado "en los últimos veinticinco años", 1) au-

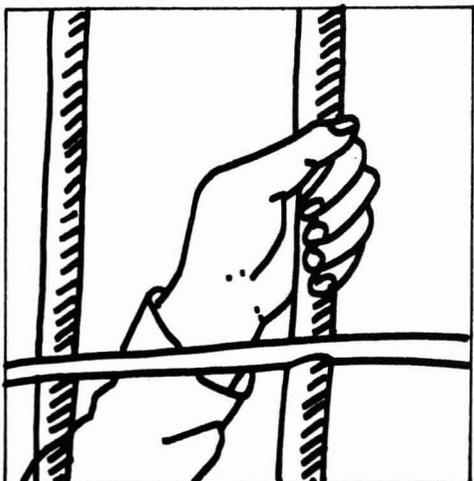
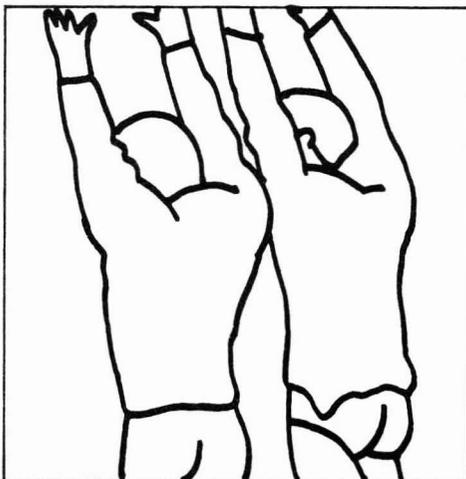
mentar el nivel de vida de la población y 2) lograr la independencia económica nacional de nuestro país". ¿Qué te parece Miguel Alemán?

¿Cómo echarle la culpa al PRI y nada más que al PRI de los heridos, torturados y muertos que en esa etapa hubieron? ¿Cómo analizar un problema que surge de una realidad profundamente contradictoria desde inmemoriales tiempos históricos, con un punto de vista incapaz de desviarse siquiera una cuadra? El análisis en términos "científicos" requiere de un punto de vista dialéctico que posibilite avanzar más allá de los planteamientos iniciales, aún cuando esto lleve, incluso, al investigador a contradecir sus propias hipótesis. La investigación no triunfa cuando se limitan sus hipótesis, sino cuando las comprueba a través de la argumentación, o las desdice: el gobierno influye en el PRI pero el gobierno no es el PRI (pregúntele a las organizaciones empresariales); los estudiantes querían el diálogo público, pero no sólo los estudiantes participaron en el movimiento; el gobierno quería mantener el principio de autoridad, pero también quería evitar la concientización de las masas.

Las evidentes contradicciones de la sociedad mexicana no permiten que quienes entablan una lucha por el poder caminen por una alegre veredita recta. La realidad transita por más de un solo sendero y si como dice Hernández, la represión cayó sólo sobre "un grupo" de estudiantes, ¿porqué hoy se habla tanto de fractura histórica? ¿porqué los liberales quieren conciliar violencias internas mediante la reforma política? Sesenta y ocho fue algo más que una pugna entre el CNH y el PRI: se trataba de transformar el sistema político, de demostrar que existen los aparatos de control obrero y campesino, se trataba de aniquilar a la mayoría silenciosa y posibilitar una mayoría popular, participante y decisiva. Los estudiantes y quienes participaron en el movimiento, querían hacer saber al país que la realidad no se puede tapar con un verbo gubernamental. Había que decirle a todo el mundo que algo andaba mal y que muchos se habían dado cuenta de las mentiras del país, de su autoritarismo y su engañoso orden.

José Buil

Salvador Hernández. *El PRI y el movimiento estudiantil de 1968*. Ed. El Caballito, 1971, 126 pp.



difusión cultural

UNAM

LOS UNIVERSITARIOS

**LOS INDOCUMENTADOS: ¿PROBLEMA DE DESEMPLEO?
¿SUBSIDIO A LA ECONOMIA NORTEAMERICANA?**
por Jorge Bustamante.

EL CASO DE LA ANGOSTURA por Ricardo María Garibay.

EL CAMPO EN TLAXCALA, un ensayo fotográfico
de Héctor García.

RESEÑA DE TEATRO, CINE Y LIBROS

PUBLICACIONES Adolfo Prieto 133 México 12, D.F. Tel. 523-26-33

DIALOGOS

Artes / Letras / Ciencias humanas

Volumen 14 / Número 5 (83)
Septiembre-October 1978

Contenido:

Epígrafe ● Rubén Bonifaz Nuño: *El heliotropo* ● Sherban Cantacuzino: *Arquetipo y contexto* ● José Luis Cano: *Tres poemas* ● Ivan Illich: *El derecho al desempleo creador* ● Lilia Osorio: *Palimpsesto* ● Ruth R. Troeller: *La nueva situación petrolera, cinco años después* ● Fernando Salmerón: *Noticia sobre Arturo Rosenblueth* ● Andrés Sánchez Robayna: *Dos Poemas* ● Margarita Peña: *Tres aspectos de la obra de Gertrudis de Avellaneda* *El eterno retorno* ● Artes: Mireya Folch ● *Lecturas*: Ramón Xirau, Janet E. Dudley ● *Colaboradores* ● *Ilustraciones*: Héctor Xavier
Suscríbese a DIALOGOS antes del 1o. de diciembre y aproveche los precios que se mantendrán hasta esa fecha.

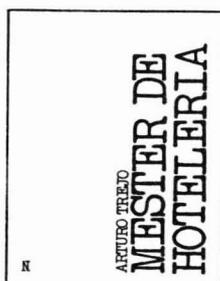
Suscripción anual

México: \$ 130.00 / Extranjero: US \$ 7.20

Pedidos, ventas y suscripciones:

EL COLEGIO DE MEXICO
Departamento de Publicaciones
Camino al Ajusco 20, México 20, D. F.
Tel. 568.60.33 Exts. 364, 367, 368

nuevos títulos de
la máquina
eléctrica editorial



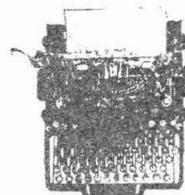
La
Máquina
Eléctrica



Editorial

una editorial de poetas para poetas
Apartado Postal 11-576 México 11, D.F.

La Máquina de Escribir



TITULOS PUBLICADOS

1. Jorge Aguilar Mora: *U.S. Postage Air Mail Special Delivery.*
2. David Huerta: *Huellas del civilizado.*
3. Evodio Escalante: *Dominación de Nefertiti.*
4. Esther Seligson: *Tránsito del cuerpo.*
5. Adolfo Castañón: *Fuera del aire.*
6. Federico Campbell: *Pretexta.*
7. Ma. Luisa Erreguerena: *Un día dios se metió en mi cama.*
8. Coral Bracho: *Peces de piel fugaz.*
9. Ricardo Yáñez: *Escritura sumaria.*
10. Mariano Flores Castro: *Desierto atestado.*
11. Juan Villoro: *El mariscal de campo.*
12. Carlos Chimal: *Una bomba para Doménica.*
13. Javier Molina: *Para hacer plástica.*
14. Rosario Fervé: *La caja de cristal.*
15. José Ma. Espinasa: *Son de cartón.*
16. Eduardo Hurtado: *Ludibrios y nostalgias.*
17. Luis César Rivera: *Latas.*
18. Alberto Blanco: *Pequeñas historias de misterio ilustradas.*
19. Rogelio Carvajal: *Para hablar con los muertos.*

Apartado Postal 21-998
México 21, D. F.

revista de la

universidad de méxico

En su próximo número, la revista de la universidad publicará:

- Censura y libertad: una entrevista con Ernesto Sábato
- Poemas de Carlos Illescas
- Un ensayo de José Miguel Oviedo sobre Bioy Casares
- En el centenario de Einstein:
Arturo Azuela: Universo y presencia de Einstein
- De Freud a Lacán, un ensayo de Juan Carlos Plá
- Juan Larrea: Carta a Picasso
y El Guernica de Picasso

Adquiérala en las principales librerías
o en la planta principal de la Torre de la Rectoría



Información sistemática

Panorama Internacional
México en el panorama internacional
México en el panorama económico
México en el panorama político-social
México en el panorama campesino
México en el panorama laboral
México en el panorama urbano-popular
México en el panorama educativo-cultural

Información Sistemática posibilita recuperar la información de prensa, de tres maneras:

- 1) Mediante los índices que remiten al texto de la revista.
- 2) Mediante las notas que remiten al banco de datos de Información Sistemática, A. C. (Recortes de prensa numerados.)
- 3) Mediante la cita de la fuente utilizada (diario con fecha y página), lo que remite directamente a los diarios procesados

Revista mensual sobre la realidad económico-política nacional en su contexto internacional.

Información Sistemática PROCESA en cada número tres mil piezas informativas, procedentes de ocho diarios de la Capital del país, indicando las fuentes de información.

Información Sistemática contiene INDICES de personas, instituciones, lugares, temas y grupos sociales.

Información Sistemática ACUMULA DATOS ORGANIZADAMENTE en ocho panoramas:

Esto convierte a Información Sistemática en un banco de datos siempre a la mano.

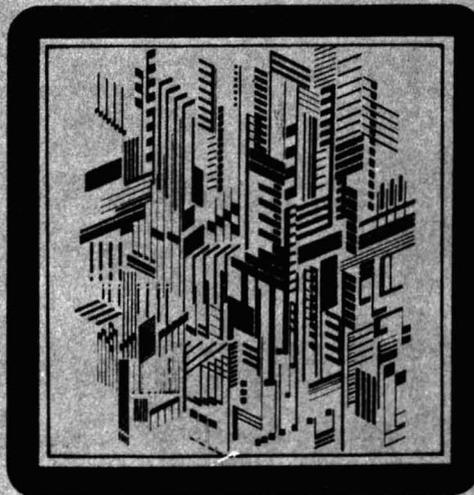
DESLINDE

CUADERNOS DE CULTURA POLITICA UNIVERSITARIA

JUNIO DE 1978 **102** PRECIO \$ 3.00

**EL LIBRO Y LA FORMACION
MATERIAL Y ESPIRITUAL
DEL MEXICANO**

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR



CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD UNAM
COORDINACION DE HUMANIDADES



EDICIONES ERA

Tres nuevos escritores mexicanos:

Ensayo

Evodio Escalante

José Revueltas

Una literatura del "lado moridor"

Novela

Agustín Ramos

Al Cielo por asalto

Textos

Samuel Walter Medina

Sastrerías

Ediciones Era

Avenida 102, México 13, D.F. ■ 581 77 44



siglo veintiuno editores

presenta

La consagración de la primavera



la mas reciente novela de **Alejo Carpentier**

UNAM

difusión cultural



DE VENTA EN Librerías Universitarias, El Juglar, El Agora, Gandhi, Minipuestos C.U., Piso Principal de la Torre de Rectoría, Palacio de Minería Casa del Lago, Discoteca Augusto Novaro, Departamento de Publicaciones (Adolfo Prieto 133, México 12, D.F.).

1968

en esa época teníamos entre
diez y dieciséis años y nos
emocionaban las olimpiadas.

Nosotros
los que no estuvimos
los que no sabíamos
los que olvidamos entonces
podemos decir muy poco
— las fotografías hablan más claramente

Las cicatrices habrían de marcarnos más tarde
al final del sueño al despertar
como un eco de aquellas voces de aquellos días
cuando nos comenzó a invadir el vértigo
cuando constatamos la contigüidad de los huesos
de vivos y muertos
en el nacimiento de nuevas palabras

Hoy la ciudad parece haber olvidado
no recordar a nadie ninguna promesa
haberlo reducido todo a fechas
Pero hay huellas profundas
memoria de unos días que podríamos volver a vivir

Nosotros...
Sería falso decir en un mundo de muertos
“lloramos por nuestros muertos”
Más justo es reconocer que el llanto es nuestro
y por nosotros
un llanto seco en silencio
el llanto de las pequeñas penas que se confunden
con la historia
el llanto de los que apenas nacen a la vida
— aunque el llanto también lo sabemos
es inútil.

Rafael Vargas

